



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXIX

Septiembre 2006

n.º 9

## SUMARIO

### La Voz del Prelado

- Saúdo do Sr. Bispo o inicio dunha nova etapa da revista diocesana "Comunidade" ..... 1004  
 ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO ..... 1006

### IGLESIA DIOCESANA

- Secretaría General.* Nombramientos ..... 1008

### IGLESIA EN ESPAÑA

- C.E.E. CCIII reunión de la Comisión permanente de la C.E.E. .... 1009  
 El nuevo sistema de asignación tributaria en favor de la Iglesia Católica ..... 1013  
 Comunicado final del encuentro de delegados para la Pastoral de Migraciones de Europa .... 1016  
 IX Encuentro de Santuarios de España. .... 1018

### IGLESIA UNIVERSAL

- SANTO PADRE. Ángelus ..... 1022  
 Audiencias Generales ..... 1026  
 Cartas. Mensaje del Santo Padre con ocasión del XX aniversario del encuentro interreligioso  
 de oración por la paz ..... 1031  
 Carta de Su Santidad, Benedicto XVI, al cardenal Ángelo Sodano con ocasión  
 de la ceremonia de despedida del cargo de Secretario de Estado ..... 1036  
 Carta del Santo Padre, Benedicto XVI, al Cardenal Edmund Casimir Szoka ..... 1038  
 Discursos de Su Santidad Benedicto XVI ..... 1039  
 Viaje apostólico a Munich, Altötting y Ratisbona (9-14 de septiembre de 2006) ..... 1055  
 Saludo del Santo Padre ante la Mariensäule - Columna de María ..... 1057  
 Oración del Papa al renovar el acto de consagración de Baviera a la Virgen María ..... 1059  
 Homilías del Santo Padre ..... 1060  
 Ángelus ..... 1064  
 Mensaje del Santo Padre, Benedicto XVI, para la Jornada Mundial de las Misiones ..... 1098  
 SANTA SEDE. Palabras de saludo del Card. Tarcisio Bertone, S.D.B. al Santo Padre,  
 Benedicto XVI, con ocasión de su nombramiento como Secretario de Estado ..... 1101  
 Declaración del Cardenal Tarcisio Bertone S. D. B., Secretario De Estado ..... 1103  
 Mensaje del Cardenal Tarcisio Bertone a los participantes en el encuentro continental  
 de pastoral mariana ..... 1105  
 Mensaje del cardenal secretario de Estado, en nombre de Benedicto XVI, para el Meeting  
 por la Amistad entre los Pueblos, promovido por Comunión y Liberación ..... 1106  
 Saludo del arzobispo Celestino Migliore y mensaje del Papa, Benedicto XVI, en la  
 inauguración de la LXI Asamblea General de la ONU ..... 1108  
 IG. UNIVERSAL. Quinto Centenario del nacimiento de San Francisco Javier ..... 1110

- CRÓNICA DIOCESANA** Septiembre ..... 1121

## A VOZ DO PRELADO

### SAÚDO DO SR. BISPO Ó INICIO DUNHA NOVA ETAPA DA REVISTA DIOCESANA “COMUNIDADE”

Queridos diocesanos:

Son moitos os comezos que nos trae o mes de outubro: un novo curso escolar para nenos e mozos, a volta ó traballo para os que gozaban aínda das vacacións... en calquera caso, regresamos ó cotián, algo que debe ser motivo tamén de ledicia, pois é no día a día onde debemos atopa-lo noso lugar.

Comunidade inicia neste mes de outubro unha nova andadura ó servizo de tódolos membros da nosa Diocese. Un aspecto renovado e diferentes contidos caracterizan a esta publicación que chega hoxe ás súas mans coa mesma ilusión dos últimos doce anos.

Son xa máis de 150 os números da revista Comunidade que nos achegou o latexar da Diocese de Ourense. Diferentes informacións, reflexións, fotografías e entrevistas seguirán amosando a través de Comunidade a unha Diocese comprometida, alegre, variada e unida, que celebra o amor de Cristo en comunidade.

Iniciamos agora un novo camiño coa ilusión e as dificultade de tódolos comezos, aínda que tamén coa satisfacción de saber que será un camiño a percorrer todos xuntos, porque Comunidade somos todos nós. Tódolos que formamos parte da Diocese de Ourense aportamos algo do noso a esta revista que fai que nos sintamos máis preto que nunca.

Non fai moito tivemos nos Milagres a Programación Diocesana de Pastoral, gozando duns días de reflexión e diálogo para prepara-lo novo curso. O noso lema para os próximos catro anos, «Igrexa, ¡Acolle a Eucaristía como Fonte e Cumio da túa Vida e Misión!» ten que estar moi presente no día a día de tódolos fieis da Diocese de Ourense. Xesús agárdanos sempre na Eucaristía, e non podemos deixar de acudir a esta cita.

O mes de outubro, no que iniciamos xuntos esta nova andadura, é o mes misionero na Igrexa. É unha ocasión para volta-la nosa ollada á misión, unha ollada que non debemos afastar nunca de quen nos precisa. Ollamos ademais á Virxe, baixo a advocación do Rosario, festa que celebramos tamén neste mes. Ela axudaranos a percorre-lo noso camiño con maior seguridade, sempre collidos da súa man.

Non me quero despedir sen ter unhas palabras de ánimo para todos aqueles que se viron afectados durante este verán polos numerosos incendios rexistrados en toda Galicia. Tamén un feito tan triste devólvenos un reflexo de esperanza cando vemos a amigos, veciños e descoñecidos envorcarse ofrecendo a súa axuda e apoio nos momentos máis duros.

Por último, e de forma moi especial, quero agradece-lo traballo, o esforzo e os desvelos de todos aqueles que fixeron posible que durante máis de doce anos Comunidade medrase ata atopa-lo seu lugar en tantos dos nosos fogares. Na nova etapa que agora iniciamos, a colaboración de todos permitirá que esta publicación continúe comunicando e unindo a tódolos que formámo-la gran familia da Diocese de Ourense.

Un afectuoso saúdo,

**+Luís Quinteiro Fiuza**  
Bispo de Ourense

## LA VOZ DEL PRELADO

### SALUDO DEL SR. OBISPO AL INICIO DE UNA NUEVA ETAPA DE LA REVISTA DIOCESANA “COMUNIDADE”

Queridos diocesanos:

Son muchos los comienzos que nos trae el mes de octubre: un nuevo curso escolar para niños y jóvenes, la vuelta al trabajo para quienes disfrutaban aún de las vacaciones... en cualquier caso, regresamos a lo cotidiano, algo que debe ser motivo también de alegría, pues es en el día a día donde debemos encontrar nuestro lugar.

Comunidade inicia en este mes de octubre una nueva andadura al servicio de todos los miembros de nuestra Diócesis. Un aspecto renovado y diferentes contenidos caracterizan a esta publicación que llega hoy a sus manos con la misma ilusión de los últimos doce años.

Son ya más de 150 los números de la revista Comunidade que nos ha acercado el latir de la Diócesis de Ourense. Diferentes informaciones, reflexiones, fotografías y entrevistas seguirán mostrando a través de Comunidade a una Diócesis comprometida, alegre, variada y unida, que celebra el amor de Cristo en comunidad.

Iniciamos ahora un nuevo camino con la ilusión y las dificultades de todos los comienzos, aunque también con la satisfacción de saber que será un camino a recorrer todos juntos, porque Comunidade somos todos nosotros. Todos los que formamos parte de la Diócesis de Ourense aportamos algo de lo nuestro a esta revista que hace que nos sintamos más cerca que nunca.

No hace mucho tuvimos en los Milagros la Programación Diocesana de Pastoral, disfrutando de unos días de reflexión y diálogo para preparar el nuevo curso. Nuestro lema para los próximos cuatro años, “Iglesia, ¡Acoge la Eucaristía como Fuente y Cumbre de Tu Vida y Misión!” ha de estar muy presente en el día a día de todos los fieles de la Diócesis de Ourense. Jesús nos espera siempre en la Eucaristía, y no podemos dejar de acudir a esta cita.

El mes de octubre, en que iniciamos juntos esta nueva andadura, es el mes misionero en la Iglesia. Es una ocasión para volver nuestra mirada a la misión, una mirada que no debemos apartar nunca de quien nos necesita. Miramos además a la Virgen, bajo la advocación del Rosario, cuya festividad celebramos también en este mes. Ella nos ayudará a recorrer nuestro camino con mayor seguridad, siempre cogidos de su mano.

No quisiera despedirme sin tener unas palabras de ánimo para todos aquellos que se han visto afectados durante este verano por los numerosos incendios registrados en toda Galicia. También un hecho tan triste nos devuelve un reflejo de esperanza cuando vemos a amigos, vecinos y desconocidos volcarse ofreciendo su ayuda y apoyo en los momentos más duros.

Por último, y de forma muy especial, quiero agradecer el trabajo, el esfuerzo y los desvelos de todos aquellos que han hecho posible que durante más de doce años Comunidade haya crecido hasta encontrar su lugar en tantos de nuestros hogares. En la nueva etapa que ahora iniciamos, la colaboración de todos permitirá que esta publicación continúe comunicando y uniendo a todos los que formamos la gran familia de la Diócesis de Ourense.

Un afectuoso saludo,

**+Luis Quinteiro Fiuza**  
Obispo de Ourense

**ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO****SEPTIEMBRE**

---

- Día 1:** Preside la Celebración Eucarística de Clausura de Ejercicios Espirituales a sacerdotes en la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 2:** Preside la Celebración Eucarística a los jóvenes que peregrinaron durante la noche al Santuario de la Virgen de los Milagros.
- Día 3:** Preside la Celebración Eucarística en los Milagros con motivo de la Novena a la Virgen de los Milagros.
- Día 4:** Preside la Celebración Eucarística en la Capilla de los Remedios de la ciudad con motivo de la Novena a la Virgen.
- Día 5:** Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 7:** Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de Villamaior con motivo de la Novena a la Virgen de los Remedios
- Día 8:** Procesión y Celebración Eucarística en la iglesia de Santo Domingo de Ribadavia con motivo de la fiesta de la Virgen del Portal.
- Día 9:** Preside el acto de Toma de Posesión del nuevo rector del Santuario de los Milagros.
- Día 10:** Asiste a la Ordenación Episcopal del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Ignacio Munilla Aguirre como nuevo Obispo de la Diócesis de Palencia.
- Día 11-13:** Asiste a la “XIV Semana da Formación Permanente dos cregos de Galicia” en el Monasterio e Poio.
- Día 14:** Reunión del Patronato del Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Carballiño.
- Día 15:** Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de Vilanova dos Infantes con motivo de la fiesta a la Virgen del Cristal.

- Día 17:** Preside la Celebración Eucarística en la parroquia de Santo Tomé de Moreiras con motivo de la fiesta de la Virgen de los Dolores y de la restauración de dos retablos.  
Preside la Celebración Eucarística en el campo de la Virgen de la parroquia de Mirallos con motivo de la fiesta de la Virgen de la Salud.
- Día 18:** Preside la Celebración Eucarística en la Capilla del Santo Cristo de la Catedral en memoria del Rvdo. D. Jesús Álvarez Rodríguez fallecido en el mes pasado.
- Día 19:** Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 22:** Preside la Celebración Eucarística en el Centro Penitenciario de Pereiro de Aguiar con motivo de la fiesta de la Virgen de la Merced, Patrona de las Instituciones Penitenciarias.
- Día 25:** Asamblea conjunta de Obispos y Superiores/as Mayores de Galicia en el Monasterio de Poio.

## IGLESIA DIOCESANA

### *Secretaría General*

#### NOMBRAMIENTOS:

Con fecha **1 de septiembre de 2006**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, ha realizado el siguiente nombramiento:

- **Rvdo. Sr. D. Martín Rodríguez Morgade**,  
*Administrador Parroquial de: Porqueira, Sta. María la Real; Porqueira, S. Martiño; Abeleda, S. Lorenzo.*
- **P. José Alonso Martínez, C. M.**  
*Párroco de Ourense-Cruz Alta, La Milagrosa.*
- **P. César Maside Novoa, C. M.,**  
*Vicario Parroquial de Ourense-Cruz Alta, La Milagrosa.*
- **P. José Manuel Villar Suárez, C. M.**  
*Rector del Santuario de Nuestra Señora de Los Milagros.*
- **Rvdo. Sr. D. José González Martínez**,  
*Vicario Parroquial de Celanova, San Rosendo.*

Con fecha **27 de septiembre de 2006**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, ha realizado los siguientes nombramientos:

Confirmar por cuatro años a los miembros del Tribunal Eclesiástico de la Diócesis de Ourense:

- **Ilmo. Sr. D. Modesto Alonso Touza**, *Vicario Judicial.*
- **Muy Iltre. Sr. D. Francisco Vizcaya González**, *Vicario Judicial Adjunto y Juez Eclesiástico.*
- **Rvdo. D. Tomás Cougil Gil**, *Juez Eclesiástico.*
- **Rvdo. D. Berardo Sobrino Vila**, *Juez Eclesiástico.*

Nombrar al **Rvdo. D. Camilo Salgado Vázquez**, *Juez Eclesiástico.*

Confirmar al **Muy Iltre. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias**, como *Defensor del Vínculo y Promotor de Justicia*, por cuatro años.

Confirmar a **Dña. María Dolores Sánchez Abundancia** como *Notario Actuario del Tribunal Eclesiástico.*

Con fecha **28 de septiembre de 2006**, nombrar, por un período de tres años, al

#### **Rvdo. D. Jorge Juan Pérez Gallego**

Secretario general de Instituto Teológico “Divino Maestro” afiliado a la Universidad Pontificia de Salamanca.

Consiliario de la Asociación Privada de Fieles “Legión de las Almas Pequeñas”.

## IGLESIA EN ESPAÑA

### *Conferencia Episcopal Española*

### **CCIII REUNIÓN DE LA COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA**

*Madrid, 26-27 de septiembre de 2006*

### *Nota de Prensa final de la CCIII Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española*

Los obispos miembros de la Comisión Permanente han celebrado en Madrid los días 26 y 27 de septiembre su CCIII reunión. El encuentro comenzó con el rezo de la Hora Intermedia, a las 11 de la mañana del martes día 26, y concluyó a última hora de la tarde de ayer, miércoles 27 de septiembre.

### ***CARTA DE ADHESIÓN Y AGRADECIMIENTO A BENEDICTO XVI***

El Presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE), Mons. D. Ricardo Blázquez Pérez, y el Secretario General, P. Juan Antonio Martínez Camino, han remitido una carta de adhesión y agradecimiento a Su Santidad el Papa Benedicto XVI. El texto, que ha sido enviado en nombre de todos los obispos de la Comisión Permanente, se hace “eco del sentir de los obispos y fieles de la Iglesia en España”. En la carta, los obispos se suman a las numerosas manifestaciones de apoyo al Papa que han sido realizadas en los últimos días y le expresan “su adhesión más firme y el testimonio de su comunión afectuosa e inquebrantable”. Asimismo señalan que le han acompañado espiritualmente - y algunos, también físicamente- en el viaje que ha realizado este mes a su tierra alemana de Baviera. “Hemos escuchado y meditado con gratitud -escriben los preladados- vuestras enseñanzas de esos días entrañables, y, en particular, la lección dictada en la Universidad de Ratisbona. Lamentamos ciertas reacciones inmerecidas por unas palabras que invitan al diálogo franco y constructivo”.

### ***PROYECTO DE LEY DE INVESTIGACIÓN BIOMÉDICA***

La Comisión Permanente ha conocido el Proyecto de Ley de Investigación Biomédica aprobado por el Consejo de Ministros del pasado día 15 de septiembre y se ha felicitado de que se regulen estos ámbitos punteros de la actividad investigadora. Sin embargo, lamenta que el derecho fundamental de todos a la vida y los derechos de la familia no sean protegidos adecuadamente por esta norma. Si es aprobada por el Parlamento, al amparo de esta Ley se introducirá en España la

práctica de la clonación de seres humanos. La ciencia puede y debe avanzar por otros caminos. Los obispos remiten, por el momento, a las *Orientaciones sobre la ilicitud de la reproducción humana artificial y sobre las prácticas injustas autorizadas por la Ley que la regulará en España*, aprobadas por la Asamblea Plenaria del pasado mes de marzo, en especial, a su último epígrafe sobre la clonación.

### **EL FENÓMENO DE LA INMIGRACIÓN**

La Comisión Permanente ha dialogado sobre el fenómeno de la inmigración y desea agradecer, una vez más, el trabajo de las delegaciones diocesanas de Migraciones, de Cáritas Española y de las numerosas instituciones eclesiales que a diario se ocupan de la acogida e integración de los inmigrantes, especialmente en las diócesis más afectadas.

Los obispos lamentan esta situación que proviene de unas legislaciones insuficientes para afrontar un fenómeno que hunde sus raíces en los desequilibrios internacionales, que hacen sufrir a muchas personas y que, a menudo, son aprovechados por los traficantes de seres humanos. Los obispos manifiestan su interés por seguir impulsando, desde los ámbitos de su competencia, las condiciones adecuadas para una integración armónica capaz de construir un futuro común en una sociedad más justa y solidaria.

### **GRUPO DE PONENTES DE LA INSTRUCCIÓN PASTORAL**

La Comisión Permanente ha confirmado la propuesta del Comité Ejecutivo para la Ponencia que se encargará de preparar la Instrucción Pastoral, cuya elaboración fue aprobada por la Asamblea Plenaria Extraordinaria celebrada el pasado mes de junio. El grupo de ponentes estará compuesto por los mismos tres obispos que, junto con el Secretario General de la CEE, elaboraron el esquema que sirvió como base para la reflexión en la citada Asamblea Plenaria Extraordinaria: Mons. D. Fernando Sebastián, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela; Mons. D. Adolfo González Montes, Obispo de Almería; Mons. D. Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid, y el P. Juan Antonio Martínez Camino.

La Instrucción Pastoral, según se acordó en la LXXXVII Asamblea Plenaria (Extraordinaria), analizará “la misión de la Iglesia en nuestra situación cultural de hoy, las repercusiones pastorales que de ahí se derivan y el discernimiento moral de las grandes cuestiones que suscitan particular preocupación en este tiempo”.

### **ASUNTOS ECONÓMICOS**

La Comisión Permanente ha aprobado también algunos temas que pasarán al estudio de la Asamblea que tendrá lugar del 20 al 24 de noviembre. En esta Plenaria, como es habitual, los obispos aprobarán los balances correspondientes al año 2005, los criterios de constitución y distribución del Fondo Común Interdiocesano y los presupuestos de la CEE y de sus instituciones y organismos para el año 2007, datos que han conocido estos días los miembros de la Permanente. El Vicesecretario para



Asuntos Económicos, D. Fernando Giménez Barriocanal, ha informado también a los obispos de las conversaciones mantenidas con el Gobierno sobre la asignación tributaria a favor de la Iglesia Católica. (Se adjunta un dossier que incluye documentos sobre los pasos de la negociación mantenida con el Gobierno, el nuevo texto incluido en el Proyecto de Ley de Presupuestos de 2007, y una breve explicación de dicho texto y de los puntos de acuerdo).

La Permanente ha valorado positivamente el nuevo sistema, que se espera que permita mantener en términos semejantes a los actuales la aportación de los contribuyentes al sostenimiento de la Iglesia mediante su asignación voluntaria. Por otro lado, los obispos desean recordar a los fieles que su generosidad en el apoyo directo a las diócesis, parroquias, etc., seguirá siendo imprescindible, ya que constituye la parte fundamental del sostenimiento de la Iglesia.

### **TEMAS PARA LA PRÓXIMA PLENARIA**

También ha pasado al orden del día de la próxima Plenaria el estudio del Catecismo *Jesús es el Señor. Primer catecismo de infancia* tras la presentación que ha realizado el Presidente de la Subcomisión Episcopal de Catequesis y Obispo de Tortosa, Mons. Javier Salinas Viñals. El Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia y Obispo de León, Mons. Julián López Martín, ha expuesto una breve reflexión sobre la celebración de la Eucaristía en España con el fin de tomar conciencia de los aspectos que deben mejorarse y en línea con las acciones que se proponen en el *Plan Pastoral* de la CEE para el 2006-2010. También ha presentado, para su estudio, la versión española de la III edición del *Missale Romanum*. Ambos temas han pasado a la Plenaria.

### **INFORMACIONES VARIAS**

El Presidente y el Secretario General de la Conferencia Episcopal Española (CEE) han informado sobre distintos temas de actualidad que afectan a la vida de la Conferencia Episcopal y de la Iglesia Católica en España, así como del cumplimiento de los acuerdos tomados en la última reunión de la Comisión Permanente. Algunos obispos Presidentes de Comisiones Episcopales han informado también sobre las distintas actividades de las Comisiones y, en particular, sobre lo relativo al cumplimiento del Plan Pastoral.

### **NOMBRAMIENTOS**

**Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Ángel Rubio Castro**, Obispo auxiliar de Toledo, como Consiliario del Secretariado Nacional de “Cursillos de Cristiandad”.

**D<sup>a</sup> Mercedes Gascue Uranga**, miembro de las “Auxiliares del Buen Pastor-Villa Teresita”, residente en la Archidiócesis de Madrid, como Directora General de dicha asociación.

**D<sup>a</sup> Virginia Burgos Venero**, laica de la Archidiócesis de Burgos, como Presidenta General del “Movimiento de Jóvenes de Acción Católica (MJAC)”.

**D. Juan Bautista Andrés Vellón**, sacerdote de la Diócesis de Tortosa, como Consiliario General del “Movimiento de Jóvenes de la Acción Católica (MJAC)”.

**D. Tomás Alonso Abad**, laico de la Archidiócesis de Burgos, como Presidente General del Movimiento “Juventud Obrera Cristiana (JOC)”.

**Rvdo. D. José Manuel Marhuenda Salazar**, sacerdote de la Archidiócesis de Valencia, como Consiliario General del Movimiento “Acción Católica General de Adultos (ACGA)”

**D. Eduardo Penabad Ramos**, laico de la Archidiócesis de Santiago de Compostela, como Delegado Xeral de la Asociación “Scouts de Galicia”.

**Rvdo. D. Manuel Antonio Cruceiro Cachaldora**, sacerdote de la Archidiócesis de Santiago de Compostela, como Consiliario Xeral de la Asociación “Scouts de Galicia”.

**D. Enrique J. Alonso Hernández y D<sup>a</sup> Teresa Guardia Carrillo**, laicos de la Archidiócesis de Granada, reelegidos como Presidentes Nacionales del “Movimiento Familiar Cristiano (MFC)”.

**Rvdo. D. Anastasio Gil García**, sacerdote de la Archidiócesis de Madrid, actualmente Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, como Director del “Fondo Nueva Evangelización”.

**Rvdo. D. José Gascó Casesnoves**, sacerdote de la Archidiócesis Valencia y colaborador de la Secretaría General, como Director de EDICE.

## **EL NUEVO SISTEMA DE ASIGNACIÓN TRIBUTARIA EN FAVOR DE LA IGLESIA CATÓLICA**

*Vicesecretaría para Asuntos Económicos*

### **LOS PASOS DE LA NEGOCIACIÓN TEXTO INCLUIDO EN EL PROYECTO DE LEY DE PRESUPUESTOS 2007**

*Breve explicación del texto y del acuerdo*

#### *Los Pasos de la negociación*

En septiembre de 2005, el Gobierno indica que es su propósito estudiar un nuevo sistema de asignación tributaria, para lo cual se deberá comenzar a trabajar de inmediato en un nivel técnico sobre la situación actual y las posibles fórmulas de mejora. Los representantes de la Iglesia se ponen a disposición para comenzar esos trabajos tan pronto como sean convocados para ello.

A finales de febrero se produce el primer contacto informal del Vicesecretario para Asuntos Económicos con la Directora de Asuntos Religiosos y la Jefe de Gabinete del Secretario de Estado de Hacienda. Se informa a la Iglesia que la negociación se realizará en dos niveles: uno de carácter técnico y otro de alto nivel.

El 27 de marzo se produce la primera reunión de la Comisión Técnica. Los representantes de la Iglesia llevan un documento sobre los asuntos para dialogar y se acuerda que la Conferencia elabore una propuesta concreta de reforma del sistema de asignación.

El 24 de abril se produce una segunda reunión de la Comisión Técnica, donde la Iglesia entrega su propuesta de reforma con los cálculos estadísticos correspondientes. Por su parte, los representantes del Gobierno facilitan a la Iglesia el dictamen de la Comisión europea sobre el IVA. Se acuerda que los representantes del Gobierno estudiarían la respuesta y darían una contestación.

A finales de julio se informa a la Conferencia Episcopal que tras haber analizado la situación y los cálculos correspondientes, el Gobierno está en disposición de plantear una contrapropuesta. Se acuerda que a principios de septiembre tendrá lugar una reunión de la Comisión técnica para exponer la misma con la presencia del Secretario de Estado de Hacienda y el Secretario General de la Conferencia.

El 20 de septiembre se tiene la primera reunión con el Secretario de Estado de Hacienda, la Directora General de Asuntos Religiosos y técnicos de ambos departamentos. Por parte de la Conferencia Episcopal acuden D. Juan Antonio Martínez Camino, D. Fernando Giménez y D. Félix de Luis. En esta reunión y de manera verbal, D. Carlos Ocaña traslada la propuesta del Gobierno. La Iglesia se compromete a estudiar la oferta y responder a la mayor brevedad.

Al día siguiente, se tiene una segunda reunión con los mismos interlocutores, en la que la Iglesia presenta su opinión sobre la propuesta del Gobierno, así como los cálculos correspondientes. Se produce un acercamiento de posturas. A alto nivel se

discute el asunto y se llega a los puntos de acuerdo, que aprueba el Consejo de Ministros y que son comunicados por la Vicepresidenta el viernes 22. Durante el viernes 22 se trabaja en la redacción concreta de la disposición que debía figurar en el Proyecto de Ley de Presupuestos. Una vez conocido el texto, la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal anuncia los puntos acordados.

### ***Texto incluido en el proyecto de la ley de presupuestos de 2007***

#### *Disposición adicional.-Revisión del sistema de asignación tributaria a la Iglesia Católica*

- Uno.** Con vigencia desde 1 de enero de 2007 y con carácter indefinido, en desarrollo de lo previsto en el artículo II del Acuerdo entre el Estado Español y la Santa Sede sobre Asuntos Económicos, de 3 de enero de 1979, el Estado destinará al sostenimiento de la Iglesia Católica el 0,7 por 100 de la cuota íntegra del Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas correspondiente a los contribuyentes que manifiesten expresamente su voluntad en tal sentido.
- Dos.** A estos efectos, se entenderá por cuota íntegra del impuesto la formada por la suma de cuota íntegra estatal y de la cuota íntegra autonómica o complementaria en los términos previstos en la ley reguladora del Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas.
- Tres.** Durante el año 2007 el Estado entregará, mensualmente, a la Iglesia Católica 12.501.051,76 euros, a cuenta de la cantidad que deba asignar a la iglesia por aplicación de lo dispuesto en el apartado Uno anterior. Antes del 30 de noviembre de 2008, se efectuará una liquidación provisional de la asignación correspondiente a 2007, practicándose la liquidación definitiva antes del 30 de abril de 2009. En ambas liquidaciones, una vez efectuadas, se procederá por las dos partes a regularizar, en un sentido o en otro, el saldo existente.
- Cuatro.** Se elevan a definitivas las cantidades entregadas a cuenta en 2006.

#### ***Breve explicación del texto***

##### **1.- Elevación, con carácter indefinido del porcentaje de asignación tributaria que pasa del 0,5239 al 0,7%.**

No se establece un periodo concreto de vigencia del sistema para evitar el que cada año tenga que regularse el porcentaje, que será del 0,7% salvo que se establezca lo contrario

##### **2.- Desaparición del carácter mínimo de los pagos a cuenta.**

Desde el 1 de enero la Iglesia percibirá únicamente, para su sostenimiento la cantidad que resulte de la asignación tributaria.

Desaparece el complemento presupuestario, es decir, la Iglesia deja de percibir cantidades con cargo a los presupuestos Generales del Estado para su sostenimiento básico

**3.- Operativamente, el sistema entra en vigor en la renta de 2007, cuya declaración se hará en 2008.**

La próxima declaración de renta, a realizar en 2007, como corresponde al ejercicio 2006 se realizará con el sistema antiguo.

La primera declaración en la que los contribuyentes podrán asignar el 0,7% se realizará en 2008

**4.- El importe a cuenta a recibir durante el año 2007 se eleva en un 4%, con relación a 2006.**

Se ha pactado un incremento pequeño de los pagos a cuenta con criterios de prudencia.

**5.- El dinero recibido a cuenta en 2007 se liquidará en noviembre del 2008, cuando se tengan los datos de la declaración efectuada meses antes.**

Los contribuyentes harán la declaración de 2007 en la primavera de 2008 y antes del 30 de noviembre se efectuará una liquidación provisional que podrá ser en un sentido u otro.

**6.- Se elevan a definitivas las cantidades recibidas en 2006.**

Dado que en 2006 se había fijado el importe máximo a percibir, que coincidía con el mínimo según la redacción de la ley de presupuestos del año 2000, parecía lógico dejar como definitivo el importe de los pagos a cuenta.

**7.- Hay un compromiso de mejora de la memoria justificativa que ya venía entregando la Iglesia cada año.**

Se trataría de entregar una información más sencilla y útil sobre el destino de los fondos obtenidos por la asignación tributaria.

**8.- Renuncia a la exención por IVA en la adquisición de bienes inmuebles y a la no sujeción en la adquisición de objetos destinados al culto.**

Dicha renuncia se tendrá que establecer mediante el instrumento legal correspondiente

*Comisión Episcopal de Migraciones***COMUNICADO FINAL DEL ENCUENTRO DE DELEGADOS PARA LA PASTORAL DE MIGRACIONES DE EUROPA****“MIGRACIONES Y JUVENTUD. UNA OPORTUNIDAD PARA LA SOCIEDAD Y LA IGLESIA EN EUROPA”.**

*Sigüenza, 24 de Septiembre de 2006*

Del 21 al 24 de Septiembre de 2006, se reunieron en Sigüenza (Guadalajara), invitados por Mons. José Sánchez, Obispo de la Diócesis de Sigüenza-Guadalajara, los directores nacionales y obispos promotores de la pastoral de las migraciones, representantes de 25 Conferencias episcopales de Europa.

El encuentro organizado por el Consejo de Conferencias episcopales de Europa (CCEE), con la asistencia de su Secretario General, Mons. Aldo Giordano, ha estado presidido por Mons. Louis Pelâtre, Vicario Apostólico de Estambul (Turquía) y Presidente de la Comisión de Migraciones del CCEE.

El tema “*Migración y Juventud: una oportunidad para la Iglesia y la Sociedad en Europa*” ha sido analizado a la luz de aportaciones sociológicas, teológicas y pastorales de expertos y ha sido profundizado a la luz de la experiencia de los participantes. Representantes de organizaciones católicas internacionales y de la Santa Sede han estado también presentes en esta reflexión.

Los jóvenes migrantes constituyen una realidad ineludible de nuestras sociedades. Son diversos por sus orígenes culturales, étnicos y religiosos; por su historia migratoria o por la de sus familiares. Algunos son hijos de inmigrantes, conocidos como “de la segunda o tercera generación”, nacidos en los países de acogida; otros llegan de manera regular para hacer aquí los estudios, trabajar o unirse a sus familias; y otros llegan de manera irregular o son solicitantes de asilo para escapar de la pobreza o de la violencia generalizada de sus países; Hay también niños, chicas jóvenes o muchachos que han caído en la red de traficantes de seres humanos.

Por el hecho de encontrarse en la confluencia de culturas y de historias humanas diversas, los jóvenes juegan un papel capital en el proceso de cohesión y de integración sociales: ellos son puentes entre culturas, artesanos de un pueblo nuevo.

No obstante, sus identidades complejas, sus múltiples pertenencias –entre las cuales está la pertenencia religiosa o sus orígenes alejados de las raíces europeas– sirven a menudo de pretexto para considerar a un número importante de ellos como elementos marginales o extraños a nuestras sociedades e Iglesias.

Los jóvenes migrantes –nacidos en los países de acogida o recién llegados– cuando quieren participar de manera activa en la vida de la sociedad, se enfrentan

a menudo a numerosas dificultades: discriminación, actitudes racistas, exclusión del mercado de trabajo y de la vida política, formación escolar y profesional insuficientes, falta de protección, etc.

Sin embargo, estos jóvenes representan para las sociedades de Europa y para las Iglesias el desafío de superar el miedo de la diferencia, de la novedad. Ellos son, en efecto, signos y actores de un pueblo nuevo siempre en proceso de construcción. Son los sujetos de sus vidas.

Los jóvenes cristianos son, por su parte, signos y actores de una Iglesia testigo de la novedad del Señor que, por su muerte y resurrección, ha engendrado una fraternidad universal. Son nuestro presente, el presente de la Iglesia y de la sociedad.

En este sentido, los participantes se han interrogado sobre la manera en la que nuestras Iglesias pueden asumir la oportunidad de responder a las aspiraciones e interrogantes de los jóvenes migrantes. Al final del encuentro y conscientes de sus responsabilidades al servicio de la misión de la Iglesia, proponen las **recomendaciones pastorales siguientes**:

1. Las Iglesias de los países de acogida, de tránsito y de salida de los jóvenes migrantes están llamadas a responder, en un espíritu de diálogo y de colaboración, a los gritos de desamparo social y espiritual de estos jóvenes, de manera particular de los que están en situación irregular o son víctimas de los traficantes, buscando con los diversos responsables civiles y políticos las soluciones más humanas.
2. Los jóvenes migrantes piden que se creen “espacios de fraternidad” donde puedan recuperar la autoestima, volver a tomar conciencia de su identidad, crecer en la fe, alimentarse espiritualmente y encontrar su lugar en la sociedad y en la Iglesia.
3. Es importante y necesario valorar, en estos “espacios fraternos”, las cualidades y dinamismos humanos y espirituales de estos jóvenes y reconocer en ellos como nuevas tareas las de asumir responsabilidades eclesiales y sociales.

*CONSILIUM CONFERENTIARUM  
EPISCOPORUM EUROPAE (CCEE)*

## *Comisión Episcopal de Pastoral*

*Departamento de Pastoral de Turismo, Santuarios y Peregrinaciones.*

### **IX ENCUENTRO DE SANTUARIOS DE ESPAÑA.**

Organizado por el Departamento de Turismo, Santuarios y Peregrinaciones de la Comisión Episcopal de Pastoral de la Conferencia Episcopal Española, ha tenido lugar en el Santuario de Ntra. Sra. de Montserrat (Barcelona) los días 26, 27 y 28 de septiembre de 2006 el IX Encuentro de Santuarios de España bajo el lema “**¿Qué buscan, qué esperan los peregrinos? Los santuarios, sacramento de consuelo y signo de esperanza**”.

En el Acto de inauguración de este IX Encuentro han intervenido **Mons. Carles Soler**, Obispo de Girona y Obispo Promotor del Departamento; **Josep M<sup>a</sup> Soler**, Abad de Montserrat; **Sebastià Taltavull**, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral; **Jaume Berdoy**, Vicario General de la Diócesis de Sant Feliu y **Josep-Enric Parellada**, Rector del Santuario de Montserrat y Director del Departamento de Pastoral de Turismo, Santuarios y Peregrinaciones. Además del saludo, la acogida y la presentación de los trabajos del Encuentro, se ha puesto de relieve el sentido de esta experiencia compartida por los *casi ochenta participantes*, entre rectores de santuarios y seglares que trabajan en ellos, como signo de lo que han de ser realmente nuestros santuarios: *sacramento de consuelo y signo de esperanza y, junto con la familia, espacios de confianza y amor*.

El trabajo, denso y muy bien organizado, ha contado con cuatro ponencias, intercambio en grupo y momentos de oración, entre los cuales hay que destacar la participación en los Oficios y la Eucaristía conventual junto a la comunidad benedictina y a los pies de la Virgen de Montserrat. También se ha contado con una tarde de visita al Monasterio de Pedralbes, en Barcelona, donde todo el grupo fue recibido por la Abadesa y la Directora del Museo. En este mismo sentido, la celebración de la Eucaristía en la Catedral de San Lorenzo de Sant Feliu, presidida por el Obispo de la Diócesis, **Mons. Agustí Cortés**. Ha sido en esta Iglesia Madre de la Diócesis, a la que pertenece el Santuario de Montserrat, donde el Obispo Agustí ha tenido palabras muy afectuosas de acogida y de alegría al mismo tiempo que ha hecho una invitación a ser “auténticos santuarios” reflejo de la presencia de Dios entre nosotros. También el Alcalde de la ciudad junto con el Concejal del Cultura, después de la celebración eucarística y en el Palau Falguera han recibido a los participantes del IX Encuentro y han dirigido unas palabras de saludo y reconocimiento. En nombre del grupo, los obispos **Soler** y **Cortés** han agradecido su acogida.

#### *Los contenidos del IX Encuentro de Santuarios*

El desarrollo del Encuentro en Montserrat ha contado con cuatro importantes aportaciones que han ayudado a contemplar la realidad de nuestros Santuarios desde



la pluralidad de manifestaciones religiosas que en ellos se dan, desde la diversidad de fieles que a ellos peregrinan y desde la afluencia de visitantes y turistas que han de ser acogidos y atendidos.

El Catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona, **Dr. Joan Estruch**, ha presentado la *primera conferencia* “*Los hombres y mujeres que visitan nuestros santuarios: perfil antropológico y sociológico*”. En ella ha acentuado los rasgos más característicos de las personas que visitan los santuarios, sus situaciones personales y perfiles y analizando, a la vez, lo que ellos buscan y lo que los santuarios ofrecen. El profesor Estruch percibe en su análisis que no todos los que acuden a hoy a los santuarios son conscientes de su búsqueda religiosa: alguien acude buscando sobretodo “certezas”, otros “consuelo”, otros lo hacen por expresar una tradición familiar. Sin embargo, detrás de muchos está el ansia de una experiencia espiritual no formulada. Puede haber incluso quien busque el “espectáculo”. Todo debe ser acogido y con paciente pedagogía ser reforzado con la conciencia de una *mayor pertenencia a la comunidad eclesial*. Ciertamente se hace necesaria una acogida de la diversidad y saber estar en ella superando la tentación de “monopolio religioso”, terreno abonado para fundamentalismos. Por ello, optar por una profundización de ayuda hacia una religiosidad más auténtica y una fe cristiana más adulta. En medio de una multitud de creencias, nos damos cuenta como aparece también la credulidad e incluso la idolatría. Desde la perspectiva sociológica, estamos ante un buen planteamiento objetivo que puede ayudar a profundizar en las respuestas pastorales que hay que dar, siempre renovadas y atentas al anuncio de la persona de Jesucristo y su evangelio, y a los signos de los tiempos.

La *segunda conferencia* “*Consolad, consolad a mi pueblo. Los santuarios, sacramento del consuelo*” a cargo de **Rudesindo Delgado** ha sido una bella exposición sobre la necesidad de consuelo y la capacidad de consolar, alternada con música de Haendel, que ha incidido en algo muy propio de la misión de los santuarios en cuanto sacramentos del consuelo de Dios y lugares privilegiados de encuentro con él. Su experiencia de estar directamente presente en el mundo del dolor ha dicho: “Mi santuario es de otro tipo: es el santuario de un centro hospitalario” y con una imagen de la Virgen María que lleva por título y advocación “*Ntra. Sra. de la esperanza y del consuelo*”. Citando a Pablo VI, quien llamaba a los santuarios “clínicas del Espíritu”, ha señalado la posibilidad de llevar a término un programa que muy bien podría estar presente en nuestros santuarios: “*Ven a ser sanado, si no sanado curado, si no curado al menos consolado*” (Dr. A. Mussi). Profundizando en Dios como fuente de todo consuelo, en Cristo como sacramento del consuelo de Dios, en la Iglesia como sacramento del consuelo a través del Espíritu y en María como consoladora de los afligidos, ha presentado algunas sugerencias prácticas. La llamada a los rectores y a los que sirven en los santuarios se orienta, por lo tanto, a “cultivar la experiencia del Dios consolador” y a “sabernos enviados por ese mismo Dios que nos hace sensibles al dolor humano”. Los que sirven en los santuarios son “sacramentos del consuelo”, signos vivos del Dios que ama y consuela. Por ello, “estar cercanos, ofrecer

confianza, escuchar, comprender, respetar los ritmos de cada persona, hablarles al corazón, compartir el testimonio personal, preparar el encuentro con el Señor...”.

La **tercera conferencia** la ha pronunciado el P. Abad de Montserrat, **Josep M<sup>a</sup> Soler**. Un tema muy sugerente como es la experiencia peregrinante: “*La peregrinación fuente de esperanza*”, muy unido al lema del Año jubilar que se está celebrando en Montserrat y que habla de “*María, madre de consuelo y de esperanza*”. Desde su vivencia monástica de acoger a miles de peregrinos a lo largo del año, se ha referido a la peregrinación como expresión del hombre que se desplaza de su medio habitual para llegar a un lugar en el que busca, de forma conciente o no, una experiencia trascendente. Así, los santuarios, invitando al encuentro con el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y abrirse a su palabra y a su misericordia, han de reflejar la realidad de un espacio “epifánico” y ser “lugar protegido”, un recinto donde se protege la ecología del espíritu. De ahí, el clima de silencio y oración, de acogida constante y de vivencia comunitaria de la fe. Entonces, “¿es posible hoy la esperanza? La peregrinación a los santuarios debe suscitarla. “Si somos personas de esperanza, seremos instrumentos de ella para los demás”. Por ello, “hay que interiorizar y vivir para ser testigos y pasa suscitar atracción hacia las realidades más profundas” y “contribuir a educar la mirada de fe para vivir esperanzadamente”.

Por último, **Sebastià Taltavull**, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral de la CEE, ha pronunciado la **cuarta conferencia**, titulada “*Santuario y familia, espacios de confianza y amor*”. La reflexión ha partido de la experiencia pastoral y de una contemplación del santuario y la familia como elementos positivos, proféticos y hasta provocadores para la cultura actual. “*Dos iconos* -ha dicho- que nuestra sociedad reconoce y valora, que se complementan y convergen porque ambos son expresión de una *Presencia* en la que se crece y se vive de la “confianza” y del “amor”. En ambos casos, muchos buscan a “Alguien” dentro de “algo”, experiencia que se da en el corazón de nuestra sociedad secular y síntoma de una búsqueda sincera que necesita ser acompañada y discernida. Ello evoca que existe una enorme sed de confianza y de compañía amable en muchas familias y que aparece también como demanda en nuestros santuarios. Es una llamada que nos viene de parte de Dios y que hemos de saber leer en los gestos, en las palabras y en los ojos de muchas personas. La respuesta es la *caridad pastoral* -como la del Buen Pastor, Jesús- que llama al “amor en su forma más radical” tal como lo expone Benedicto XVI en *Deus caritas est*. Hay que saber discernir, porque se puede “ir por la vida como turista o como peregrino”, lo cual implica un aprendizaje de la confianza y una voluntad de hacerse “próximo” a las personas como Jesús con los discípulos de Emaús (*Lc 24,13-35*) o como cualquiera de nosotros siendo “Buen samaritano” (*Lc 10,25-37*) practicando la proximidad. Lo que el Papa Benedicto ha dicho en Valencia y la manera como lo ha dicho nos abre muchas perspectivas y anima nuestro trabajo pastoral con muchos *argumentos de confianza*: estamos ante una nueva e insistente llamada a “evangelizar desde la confianza y el amor”. Por esta razón, santuario y familia pueden y han de caminar juntos porque en cada uno de ellos se puede vivir el gozo de la iniciación

cristiana y de la educación de la fe, y escuchar a Jesús que nos dice “*Permaneced en mi amor*” (Jn 15,9).

### ***Las comunicaciones, respuestas a muchas preguntas***

Las **comunicaciones**, en las que ha actuado de moderador **Luis Antonio Gracia**, canónigo responsable del culto del Pilar, han querido responder a las siguientes preguntas:

¿*Qué espera una laica de un santuario?* ha respondido **Gemma Manzanera** diciendo que “un peregrino puede ser tocado por la gracia” ya que “el santuario es la montaña de la Transfiguración”.

¿*Qué esperan de un responsable de pastoral juvenil?* **Gregorio Roldán**, delegado de la archidiócesis de Madrid, ha puesto el acento en el encuentro con Jesucristo y ha insistido en estar atentos a la necesidad de búsqueda que experimentan los jóvenes.

¿*Qué espera de un santuario un enfermo?* **Lourdes Cuní**, discapacitada, natural de Barcelona, ha dicho que el mejor santuario es el corazón del hombre y que en el santuario ha aprendido a escuchar a Dios, el Dios que les ha dado una silla de ruedas...

¿*Qué ofrece un santuario urbano?* El rector del Santuario de Ntra. Sra. de los Desamparados de Valencia, **Juan Bautista Antón**, acentuando la complementariedad con las parroquias, ve el santuario como un lugar abierto a todos en medio de la soledad urbana y ofrece la celebración de la Eucaristía, una predicación cuidada, adoración eucarística y oración comunitaria.

¿*Qué ofrece un santuario con una comunidad religiosa?* Ha sido **Luís Domingo Gaya**, ofm, rector del Santuario de Santo Toribio de Liébana (Cantabria) quien se ha referido al acompañamiento de los peregrinos para que puedan recibir el don de Dios junto con el voluntariado juvenil, y que quiere conducir a las celebraciones de los sacramentos y a la oración ante la Cruz.

¿*Qué ofrece una asociación?* Por ser una asociación cristiana de fieles, la intervención responsable de los laicos en la gestión y misión del santuario, unido a un trabajo de catequesis con niños y adultos con tal de favorecer el trabajo del arciprestazgo, ha respondido **Maria Luisa Cabria**, vicepresidenta de la Asociación Ntra. Sra. de la vega de Pedrosa de Valdelucio (Burgos)

Los participantes en este IX Encuentro de Santuarios de España han coincidido en valorar muy positivamente esta *experiencia pastoral* porque lo que ha querido ser propuesta a transmitir en los santuarios ha podido ya vivirse estos días. El clima de participación y de oración ha sido favorecido en todo momento gracias al marco entrañable del Santuario de Ntra. Sra. de Montserrat y a la acogida del P. Abad, del Rector del Santuario y de toda la comunidad monástica, como también de todos los laicos y laicas que han servido de forma discreta y eficaz la preparación y la realización del encuentro.

## IGLESIA UNIVERSAL

### SANTO PADRE, PP. BENEDICTO XVI

#### ÁNGELUS

*Domingo, 3 de septiembre de 2006*

*Queridos hermanos y hermanas:*

El calendario romano recuerda hoy, 3 de septiembre, a san Gregorio Magno, Papa y doctor de la Iglesia (540-604). Su figura singular, diría casi única, es un ejemplo tanto para los pastores de la Iglesia como para los administradores públicos: en efecto, fue primero prefecto y después Obispo de Roma. Como funcionario imperial se distinguió por su capacidad administrativa y su integridad moral, de modo que cuando tenía sólo treinta años desempeñó el cargo civil más alto: *praefectus urbis*. En su interior, sin embargo, maduraba la vocación a la vida monástica, que abrazó en el año 574, a la muerte de su padre. Desde entonces, la Regla benedictina se transformó en un elemento fundamental de su existencia. También cuando el Papa lo envió como representante suyo al emperador de Oriente, en Constantinopla, conservó un estilo de vida monástico, sencillo y pobre.

Llamado a Roma, aunque vivía en un monasterio, fue estrecho colaborador del Papa Pelagio II y, cuando este murió, víctima de una epidemia de peste, Gregorio fue aclamado por todos como su sucesor. Por todos los medios trató de rechazar ese nombramiento, pero al final tuvo que rendirse y, dejando muy a su pesar el claustro, se dedicó a la comunidad, consciente de cumplir un deber y de ser un simple “siervo de los siervos de Dios”. “No es realmente humilde —escribe— quien comprende que por voluntad divina debe estar al frente de los demás y a pesar de ello rechaza el nombramiento. En cambio, si acepta la voluntad de Dios, evitando el vicio de la obstinación, y está dotado de los dones con los que puede ayudar a los demás, cuando le viene impuesta la máxima dignidad del gobierno de las almas, en su corazón debe huir de ella, pero muy a su pesar debe obedecer” (*Regla pastoral* I, 6). Es como un diálogo que entabla el Papa consigo mismo en ese momento.

Con profética clarividencia, san Gregorio intuyó que estaba naciendo una nueva civilización del encuentro entre la herencia romana y los pueblos llamados “bárbaros”, gracias a la fuerza de cohesión y de elevación moral del cristianismo. El monaquismo se revelaba una riqueza no sólo para la Iglesia sino para toda la sociedad.

De salud débil pero de fuerte temple moral, san Gregorio Magno llevó a cabo una intensa acción pastoral y civil. Dejó un vasto epistolario, admirables homilías, un célebre comentario al libro de Job y los escritos sobre la vida de san Benito, además

de numerosos textos litúrgicos, famosos por la reforma del canto, que por su nombre se llama “gregoriano”. Pero la obra más celebre es, sin duda alguna, la *Regla pastoral*, que ha tenido para el clero la misma importancia que tuvo la Regla de san Benito para los monjes de la Edad Media. La vida del pastor de almas debe ser una síntesis equilibrada de contemplación y acción, animada por el amor que “alcanza cimas altísimas cuando se inclina misericordiosamente ante los males profundos de los demás. La capacidad de inclinarse ante la miseria ajena es la medida de la fuerza que impulsa hacia lo alto” (*Regla pastoral* II, 5). En esta enseñanza, siempre actual, se inspiraron los padres del concilio Vaticano II para delinear la imagen del pastor de nuestros tiempos. Oremos a la Virgen María para que los pastores de la Iglesia y también los responsables de las instituciones civiles sigan el ejemplo y la enseñanza de san Gregorio Magno.

### *Palacio Pontificio de Castelgandolfo. Domingo 17 de septiembre de 2006*

#### *Queridos hermanos y hermanas:*

El viaje apostólico a Baviera, que realicé en los días pasados, fue una fuerte experiencia espiritual, en la que se entrelazaron recuerdos personales, relacionados con lugares muy familiares para mí, y perspectivas pastorales para un anuncio eficaz del Evangelio en nuestro tiempo. Doy gracias a Dios por las consolaciones interiores que me permitió vivir y, al mismo tiempo, expreso mi agradecimiento a todos los que trabajaron activamente para el éxito de esta visita pastoral. De ella, como ya es costumbre, hablaré más extensamente durante la audiencia general del próximo miércoles.

En este momento sólo deseo añadir que estoy vivamente afligido por las reacciones suscitadas por un breve pasaje de mi discurso en la Universidad de Ratisbona, considerado ofensivo para la sensibilidad de los creyentes musulmanes, mientras que se trataba de una cita de un texto medieval, que de ningún modo expresa mi pensamiento personal. A este propósito, ayer el señor cardenal secretario de Estado hizo pública una declaración en la que explicó el sentido auténtico de mis palabras.

Espero que esto sirva para calmar los ánimos y aclarar el verdadero significado de mi discurso, que en su totalidad era y es una invitación al diálogo franco y sincero, con gran respeto recíproco. Este es el sentido del discurso.

Ahora, antes de la oración mariana, deseo referirme a dos recientes e importantes conmemoraciones litúrgicas: la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, celebrada el 14 de septiembre, y la memoria de la Virgen de los Dolores, celebrada al día siguiente. Estas dos celebraciones litúrgicas se pueden resumir visiblemente en la tradicional imagen de la crucifixión, que representa a la Virgen María al pie de la cruz, según la descripción del evangelista san Juan, el único de los Apóstoles que permaneció junto a Jesús moribundo. Pero ¿qué sentido tiene exaltar la cruz? ¿Acaso no es escandaloso venerar un patíbulo infamante? Dice el apóstol san Pablo: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles” (1 Co 1, 23). Pero los cristianos no exaltan una cruz cualquiera, sino *la* cruz que Jesús santificó con su sacrificio, fruto y testimonio de inmenso amor. Cristo en la cruz derramó toda su sangre para librar a la humanidad de la esclavitud del pecado y de la muerte. Por tanto, de signo de maldición la cruz se ha transformado en signo de bendición, de símbolo de muerte en símbolo por excelencia del Amor que vence el odio y la violencia y engendra la vida inmortal. “*O Crux, ave spes unica!*”, “¡Oh cruz, única esperanza!”. Así canta la liturgia.

Narra el evangelista: junto a la cruz estaba María (cf. Jn 19, 25-27). Su dolor forma un todo con el de su Hijo. Es un dolor lleno de fe y de amor. La Virgen en el Calvario participa en la fuerza salvífica del dolor de Cristo, uniendo su “*fiat*”, su “*sí*”, al de su Hijo.

Queridos hermanos y hermanas, unidos espiritualmente a la Virgen de los Dolores, renovemos también nosotros nuestro “*sí*” al Dios que eligió el camino de la cruz para salvarnos. Se trata de un gran misterio que aún se está realizando, hasta el fin del mundo, y que requiere también nuestra colaboración. Que María nos ayude a tomar cada día nuestra cruz y a seguir fielmente a Jesús por el camino de la obediencia, del sacrificio y del amor.

Gracias a todos vosotros; me animáis

*Domingo 24 de septiembre de 2006**Queridos hermanos y hermanas:*

En el evangelio de este domingo, Jesús anuncia por segunda vez a los discípulos su pasión, muerte y resurrección (cf. *Mc* 9, 30-31). El evangelista san Marcos pone de relieve el fuerte contraste entre su mentalidad y la de los doce Apóstoles, que no sólo no comprenden las palabras del Maestro y rechazan claramente la idea de que vaya al encuentro de la muerte (cf. *Mc* 8, 32), sino que discuten sobre quién de ellos se debe considerar «el más importante» (cf. *Mc* 9, 34). Jesús les explica con paciencia su lógica, la lógica del amor que se hace servicio hasta la entrega de sí: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (*Mc* 9, 35).

Esta es la lógica del cristianismo, que responde a la verdad del hombre creado a imagen de Dios, pero, al mismo tiempo, contrasta con su egoísmo, consecuencia del pecado original. Toda persona humana es atraída por el amor —que en último término es Dios mismo—, pero a menudo se equivoca en los modos concretos de amar, y así, de una tendencia positiva en su origen pero contaminada por el pecado, pueden derivarse intenciones y acciones malas. Lo recuerda, en la liturgia de hoy, también la carta de Santiago: «Donde existen envidias y espíritu de contienda, hay desconcierto y toda clase de maldad. En cambio la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pura, además pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía». Y el Apóstol concluye: «Frutos de justicia se siembran en la paz para los que procuran la paz» (*St* 3, 16-18).

Estas palabras nos hacen pensar en el testimonio de tantos cristianos que, con humildad y en silencio, entregan su vida al servicio de los demás a causa del Señor Jesús, trabajando concretamente como servidores del amor y, por eso, como «artífices» de paz. A algunos se les pide a veces el testimonio supremo de la sangre, como sucedió hace pocos días también a la religiosa italiana sor Leonella Sgorbati, que cayó víctima de la violencia. Esta religiosa, que desde hacía muchos años servía a los pobres y a los pequeños en Somalia, murió pronunciando la palabra «perdón»: he aquí el testimonio cristiano más auténtico, signo pacífico de contradicción que demuestra la victoria del amor sobre el odio y sobre el mal.

No cabe duda de que seguir a Cristo es difícil, pero —como él dice— sólo quien pierde la vida por causa suya y del Evangelio, la salvará (cf. *Mc* 8, 35), dando pleno sentido a su existencia. No existe otro camino para ser discípulos suyos; no hay otro camino para testimoniar su amor y tender a la perfección evangélica.

Que María, a quien hoy invocamos como Nuestra Señora de la Merced, nos ayude a abrir cada vez más nuestro corazón al amor de Dios, misterio de alegría y de santidad.



## AUDIENCIAS GENERALES

*Miércoles 6 de septiembre de 2006*

*Felipe*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Prosiguiendo la presentación de las figuras de los Apóstoles, como hacemos desde hace unas semanas, hoy hablaremos de Felipe. En las listas de los Doce siempre aparece en el quinto lugar (cf. *Mt* 10, 3; *Mc* 3, 18; *Lc* 6, 14; *Hch* 1, 13); por tanto, fundamentalmente entre los primeros.

unque Felipe era de origen judío, su nombre es griego, como el de Andrés, lo cual constituye un pequeño signo de apertura cultural que tiene su importancia. Las noticias que tenemos de él nos las proporciona el evangelio según san Juan. Era del mismo lugar de donde procedían san Pedro y san Andrés, es decir, de Betsaida (cf. *Jn* 1, 44), una pequeña localidad que pertenecía a la tetraarquía de uno de los hijos de Herodes el Grande, el cual también se llamaba Felipe (cf. *Lc* 3, 1).

El cuarto Evangelio cuenta que, después de haber sido llamado por Jesús, Felipe se encuentra con Natanael y le dice: “Hemos encontrado a aquél de quien escribió Moisés en la Ley, y también los profetas: Jesús el hijo de José, de Nazaret” (*Jn* 1, 45). Ante la respuesta más bien escéptica de Natanael —“¿De Nazaret puede salir algo bueno?”—, Felipe no se rinde y replica con decisión: “Ven y lo verás” (*Jn* 1, 46). Con esta respuesta, escueta pero clara, Felipe muestra las características del auténtico testigo: no se contenta con presentar el anuncio como una teoría, sino que interpela directamente al interlocutor, sugiriéndole que él mismo haga una experiencia personal de lo anunciado. Jesús utiliza esos dos mismos verbos cuando dos discípulos de Juan Bautista se acercan a él para preguntarle dónde vive. Jesús respondió: “Venid y lo veréis” (cf. *Jn* 1, 38-39).

Podemos pensar que Felipe nos interpela también a nosotros con esos dos verbos, que suponen una implicación personal. También a nosotros nos dice lo que le dijo a Natanael: “Ven y lo verás”. El Apóstol nos invita a conocer a Jesús de cerca. En efecto, la amistad, conocer de verdad al otro, requiere cercanía, más aún, en parte vive de ella.

Por lo demás, no conviene olvidar que, como escribe san Marcos, Jesús escogió a los Doce con la finalidad principal de que “estuvieran con él” (*Mc* 3, 14), es decir, de que compartieran su vida y aprendieran directamente de él no sólo el estilo de su comportamiento, sino sobre todo quién era él realmente, pues sólo así, participando en su vida, podían conocerlo y luego anunciarlo.

Más tarde, en su carta a los Efesios, san Pablo dirá que lo importante es “aprender a Cristo” (cf. *Ef* 4, 20), por consiguiente, lo importante no es sólo ni sobre todo escuchar sus enseñanzas, sus palabras, sino conocerlo a él personalmente, es decir, su humanidad y divinidad, su misterio, su belleza. Él no es sólo un Maestro, sino un Amigo; más aún, un Hermano. ¿Cómo podríamos conocerlo a fondo si permanece-



mos alejados de él? La intimidad, la familiaridad, la cercanía nos hacen descubrir la verdadera identidad de Jesucristo. Esto es precisamente lo que nos recuerda el apóstol Felipe. Por eso, nos invita a “venir” y “ver”, es decir, a entrar en un contacto de escucha, de respuesta y de comunión de vida con Jesús, día tras día.

Con ocasión de la multiplicación de los panes, Jesús hizo a Felipe una pregunta precisa, algo sorprendente: dónde se podía comprar el pan necesario para dar de comer a toda la gente que lo seguía (cf. *Jn* 6, 5). Felipe respondió con mucho realismo: “Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco” (*Jn* 6, 7). Aquí se puede constatar el realismo y el sentido práctico del Apóstol, que sabe juzgar las implicaciones de una situación. Sabemos lo que sucedió después: Jesús tomó los panes, y, después de orar, los distribuyó. Así realizó la multiplicación de los panes. Pero es interesante constatar que Jesús se dirigió precisamente a Felipe para obtener una primera sugerencia sobre cómo resolver el problema: signo evidente de que formaba parte del grupo restringido que lo rodeaba.

En otro momento, muy importante para la historia futura, antes de la Pasión, algunos griegos que se encontraban en Jerusalén con motivo de la Pascua “se dirigieron a Felipe y le rogaron: “Señor, queremos ver a Jesús”. Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús” (*Jn* 12, 20-22). Una vez más nos encontramos ante el indicio de su prestigio particular dentro del Colegio apostólico. En este caso, de modo especial, actúa como intermediario entre la petición de algunos griegos y Jesús —probablemente hablaba griego y pudo hacer de intérprete—; aunque se une a Andrés, el otro Apóstol que tenía nombre griego, es a él a quien se dirigen los extranjeros. Esto nos enseña a estar también nosotros dispuestos a acoger las peticiones y súplicas, vengan de donde vengan, y a orientarlas hacia el Señor, pues sólo él puede satisfacerlas plenamente. En efecto, es importante saber que no somos nosotros los destinatarios últimos de las peticiones de quienes se nos acercan, sino el Señor: tenemos que orientar hacia él a quienes se encuentran en dificultades. Cada uno de nosotros debe ser un camino abierto hacia él.

Hay otra ocasión muy particular en la que interviene Felipe. Durante la última Cena, después de afirmar Jesús que conocerlo a él significa también conocer al Padre (cf. *Jn* 14, 7), Felipe, casi ingenuamente, le pide: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta” (*Jn* 14, 8). Jesús le responde con un tono de benévolo reproche: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? (...) Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (*Jn* 14, 9-11). Son unas de las palabras más sublimes del evangelio según san Juan. Contienen una auténtica revelación.

Al final del Prólogo de su evangelio, san Juan afirma: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado” (*Jn* 1, 18). Pues bien, Jesús mismo repite y confirma esa declaración, que es del evangelista. Pero con un nuevo matiz: mientras que el Prólogo del evangelio de san Juan habla de una intervención explicativa de Jesús a través de las palabras de su enseñanza, en la

respuesta a Felipe Jesús hace referencia a su propia persona como tal, dando a entender que no sólo se le puede comprender a través de lo que dice, sino sobre todo a través de lo que él es. Para explicarlo desde la perspectiva de la paradoja de la Encarnación, podemos decir que Dios asumió un rostro humano, el de Jesús, y por consiguiente de ahora en adelante, si queremos conocer realmente el rostro de Dios, nos basta contemplar el rostro de Jesús. En su rostro vemos realmente quién es Dios y cómo es Dios.

El evangelista no nos dice si Felipe comprendió plenamente la frase de Jesús. Lo cierto es que le entregó totalmente su vida. Según algunas narraciones posteriores (“Hechos de Felipe” y otras), habría evangelizado primero Grecia y después Frigia, donde habría afrontado la muerte, en Hierópolis, con un suplicio que, según algunos, fue crucifixión y según otros, lapidación.

Queremos concluir nuestra reflexión recordando el objetivo hacia el que debe orientarse nuestra vida: encontrar a Jesús, como lo encontró Felipe, tratando de ver en él a Dios mismo, al Padre celestial. Si no actuamos así, nos encontraremos sólo a nosotros mismos, como en un espejo, y cada vez estaremos más solos. En cambio, Felipe nos enseña a dejarnos conquistar por Jesús, a estar con él y a invitar también a otros a compartir esta compañía indispensable; y, viendo, encontrando a Dios, a encontrar la verdadera vida.

### *Miércoles 27 de septiembre de 2006*

*Tomás*

#### *Queridos hermanos y hermanas:*

Prosiguiendo nuestros encuentros con los doce Apóstoles elegidos directamente por Jesús, hoy dedicamos nuestra atención a Tomás. Siempre presente en las cuatro listas del Nuevo Testamento, es presentado en los tres primeros evangelios junto a Mateo (cf. *Mt* 10, 3; *Mc* 3, 18; *Lc* 6, 15), mientras que en los Hechos de los Apóstoles aparece junto a Felipe (cf. *Hch* 1, 13). Su nombre deriva de una raíz hebrea, «ta'am», que significa «mellizo». De hecho, el evangelio de san Juan lo llama a veces con el apodo de «Dídimo» (cf. *Jn* 11, 16; 20, 24; 21, 2), que en griego quiere decir precisamente «mellizo». No se conoce el motivo de este apelativo.

El cuarto evangelio, sobre todo, nos ofrece algunos rasgos significativos de su personalidad. El primero es la exhortación que hizo a los demás apóstoles cuando Jesús, en un momento crítico de su vida, decidió ir a Betania para resucitar a Lázaro, acercándose así de manera peligrosa a Jerusalén (cf. *Mc* 10, 32). En esa ocasión Tomás dijo a sus condiscípulos: «Vayamos también nosotros a morir con él» (*Jn* 11,

16). Esta determinación para seguir al Maestro es verdaderamente ejemplar y nos da una lección valiosa: revela la total disponibilidad a seguir a Jesús hasta identificar su propia suerte con la de él y querer compartir con él la prueba suprema de la muerte.

En efecto, lo más importante es no alejarse nunca de Jesús. Por otra parte, cuando los evangelios utilizan el verbo «seguir», quieren dar a entender que adonde se dirige él tiene que ir también su discípulo. De este modo, la vida cristiana se define como una vida con Jesucristo, una vida que hay que pasar juntamente con él. San Pablo escribe algo parecido cuando tranquiliza a los cristianos de Corinto con estas palabras: «En vida y muerte estáis unidos en mi corazón» (2 Co 7, 3).

Obviamente, la relación que existe entre el Apóstol y sus cristianos es la misma que tiene que existir entre los cristianos y Jesús: morir juntos, vivir juntos, estar en su corazón como él está en el nuestro.

Una segunda intervención de Tomás se registra en la última Cena. En aquella ocasión, Jesús, prediciendo su muerte inminente, anuncia que irá a preparar un lugar para los discípulos a fin de que también ellos estén donde él se encuentre; y especifica: «Y adonde yo voy sabéis el camino» (Jn 14, 4). Entonces Tomás interviene diciendo: «Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?» (Jn 14, 5). En realidad, al decir esto se sitúa en un nivel de comprensión más bien bajo; pero esas palabras ofrecen a Jesús la ocasión para pronunciar la célebre definición: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6).

Por tanto, es en primer lugar a Tomás a quien se hace esta revelación, pero vale para todos nosotros y para todos los tiempos. Cada vez que escuchamos o leemos estas palabras, podemos ponernos con el pensamiento junto a Tomás e imaginar que el Señor también habla con nosotros como habló con él. Al mismo tiempo, su pregunta también nos da el derecho, por decirlo así, de pedir aclaraciones a Jesús. Con frecuencia no lo comprendemos. Debemos tener el valor de decirle: no te entiendo, Señor, escúchame, ayúdame a comprender. De este modo, con esta sinceridad, que es el modo auténtico de orar, de hablar con Jesús, manifestamos nuestra escasa capacidad para comprender, pero al mismo tiempo asumimos la actitud de confianza de quien espera luz y fuerza de quien puede darlas.

Luego, es muy conocida, incluso es proverbial, la escena de la incredulidad de Tomás, que tuvo lugar ocho días después de la Pascua. En un primer momento, no había creído que Jesús se había aparecido en su ausencia, y había dicho: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré» (Jn 20, 25). En el fondo, estas palabras ponen de manifiesto la convicción de que a Jesús ya no se le debe reconocer por el rostro, sino más bien por las llagas. Tomás considera que los signos distintivos de la identidad de Jesús son ahora sobre todo las llagas, en las que se revela hasta qué punto nos ha amado. En esto el apóstol no se equivoca.

Como sabemos, ocho días después, Jesús vuelve a aparecerse a sus discípulos y en esta ocasión Tomás está presente. Y Jesús lo interpela: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente»

(*Jn* 20, 27). Tomás reacciona con la profesión de fe más espléndida del Nuevo Testamento: «Señor mío y Dios mío» (*Jn* 20, 28). A este respecto, san Agustín comenta: Tomás «veía y tocaba al hombre, pero confesaba su fe en Dios, a quien ni veía ni tocaba. Pero lo que veía y tocaba lo llevaba a creer en lo que hasta entonces había dudado» (*In Iohann.* 121, 5). El evangelista prosigue con una última frase de Jesús dirigida a Tomás: «Porque me has visto has creído. Bienaventurados los que crean sin haber visto» (*Jn* 20, 29).

Esta frase puede ponerse también en presente: «Bienaventurados los que no ven y creen». En todo caso, Jesús enuncia aquí un principio fundamental para los cristianos que vendrán después de Tomás, es decir, para todos nosotros. Es interesante observar cómo otro Tomás, el gran teólogo medieval de Aquino, une esta bienaventuranza con otra referida por san Lucas que parece opuesta: «Bienaventurados los ojos que ven lo que veis» (*Lc* 10, 23). Pero el Aquinate comenta: «Tiene mucho más mérito quien cree sin ver que quien cree viendo» (*In Iohann.* XX, *lectio* VI, § 2566).

En efecto, la carta a los Hebreos, recordando toda la serie de los antiguos patriarcas bíblicos, que creyeron en Dios sin ver el cumplimiento de sus promesas, define la fe como «garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven» (*Hb* 11, 1). El caso del apóstol Tomás es importante para nosotros al menos por tres motivos: primero, porque nos conforta en nuestras inseguridades; en segundo lugar, porque nos demuestra que toda duda puede tener un final luminoso más allá de toda incertidumbre; y, por último, porque las palabras que le dirigió Jesús nos recuerdan el auténtico sentido de la fe madura y nos alientan a continuar, a pesar de las dificultades, por el camino de fidelidad a él.

El cuarto evangelio nos ha conservado una última referencia a Tomás, al presentarlo como testigo del Resucitado en el momento sucesivo de la pesca milagrosa en el lago de Tiberíades (cf. *Jn* 21, 2). En esa ocasión, es mencionado incluso inmediatamente después de Simón Pedro: signo evidente de la notable importancia de que gozaba en el ámbito de las primeras comunidades cristianas. De hecho, en su nombre fueron escritos después los *Hechos* y el *Evangelio de Tomás*, ambos apócrifos, pero en cualquier caso importantes para el estudio de los orígenes cristianos.

Recordemos, por último, que según una antigua tradición Tomás evangelizó primero Siria y Persia (así lo dice ya Orígenes, según refiere Eusebio de Cesarea, *Hist. eccl.* 3, 1), y luego se dirigió hasta el oeste de la India (cf. *Hechos de Tomás* 1-2 y 17 ss), desde donde después el cristianismo llegó también al sur de la India. Con esta perspectiva misionera terminamos nuestra reflexión, deseando que el ejemplo de Tomás confirme cada vez más nuestra fe en Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Dios.

**CARTAS****MENSAJE DEL SANTO PADRE, BENEDICTO XVI, CON OCASIÓN DEL XX ANIVERSARIO DEL ENCUENTRO INTERRELIGIOSO DE ORACIÓN POR LA PAZ**

*Al venerado hermano*

*Monseñor DOMENICO SORRENTINO*

Obispo de Asís-Nocera Umbra-Gualdo Tadino

Este año se celebra el vigésimo aniversario del *Encuentro interreligioso de oración por la paz*, convocado por mi venerado predecesor, Juan Pablo II, y que tuvo lugar el 27 de octubre de 1986 en esa ciudad de Asís. Como es sabido, no sólo invitó a aquel encuentro a los cristianos de las diversas confesiones, sino también a exponentes de las diferentes religiones. La iniciativa tuvo amplio eco en la opinión pública: fue un mensaje vibrante en favor de la paz y se convirtió en un acontecimiento que dejó huella en la historia de nuestro tiempo.

Por tanto, se comprende que el recuerdo de lo que entonces sucedió continúe suscitando iniciativas de reflexión y compromiso. Algunas se han programado precisamente en Asís, con motivo del vigésimo aniversario de aquel acontecimiento. Pienso en la celebración organizada, en colaboración con esa diócesis, por la Comunidad de San Egidio, siguiendo la línea de encuentros análogos realizados anualmente por la misma. En los días del aniversario tendrá lugar, además, un Congreso organizado por el Instituto teológico de Asís, en el que las Iglesias particulares de esa región se reunirán en torno a la Eucaristía concelebrada por los obispos de Umbría en la basílica de San Francisco. Por último, el Consejo pontificio para el diálogo interreligioso organizará un encuentro de diálogo, oración y formación en la paz para jóvenes católicos y de otras confesiones y religiones.

Estas iniciativas, cada una con su carácter específico, subrayan el valor de la intuición que tuvo Juan Pablo II y muestran su actualidad a la luz de los acontecimientos acaecidos en estos veinte años y de la situación por la que atraviesa en estos momentos la humanidad. El suceso más significativo en este espacio de tiempo ha sido, sin duda, la caída, en el este de Europa, de los regímenes de inspiración comunista. Con ella terminó la “guerra fría”, que había generado una especie de repartición del mundo en esferas de influencia contrapuestas, suscitando la creación de aterradores arsenales de armas y de ejércitos preparados para una guerra total.

Fue un momento de esperanza general de paz, que llevó a muchos a soñar en un mundo diferente, en el que las relaciones entre los pueblos se desarrollarían sin la pesadilla de la guerra, y el proceso de “globalización” se realizaría en un contexto de confrontación pacífica entre pueblos y culturas, en el marco del derecho internacional compartido, inspirado en el respeto de las exigencias de la verdad, la justicia y la solidaridad.

Por desgracia, este sueño de paz no se ha hecho realidad. Más aún, el tercer milenio comenzó con escenarios de terrorismo y violencia que no dan signos de desaparecer. Además, el hecho de que los conflictos armados se desarrollen sobre todo con el telón de fondo de tensiones geopolíticas existentes en muchas regiones puede dar la impresión de que no sólo las diferencias culturales sino también las diferencias religiosas son motivo de inestabilidad o amenaza para las perspectivas de paz.

Precisamente desde este punto de vista, la iniciativa impulsada hace veinte años por Juan Pablo II resulta una profecía. Su invitación a los líderes de las religiones mundiales a dar un testimonio conjunto de paz sirvió para aclarar, sin posibilidad de equívocos, que *la religión sólo puede ser promotora de paz*. Como enseñó el concilio Vaticano II en la declaración *Nostra aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, “no podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a comportarnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios” (n. 5).

A pesar de las diferencias que caracterizan a los diversos caminos religiosos, el reconocimiento de la existencia de Dios, al que los hombres pueden llegar incluso sólo a partir de la experiencia de la creación (cf. *Rm* 1, 20), no puede por menos de disponer a los creyentes a considerar a los demás seres humanos como hermanos. Por tanto, a nadie le es lícito servirse de la diferencia religiosa como presupuesto o pretexto para una actitud beligerante hacia los demás seres humanos.

Se podría objetar que la historia registra el triste fenómeno de las *guerras de religión*. Sin embargo, sabemos que esas manifestaciones de violencia no pueden atribuirse a la religión en cuanto tal, sino a los límites culturales con que se vive y se desarrolla en el tiempo. Ahora bien, cuando el sentido religioso alcanza su madurez, genera en el creyente la percepción de que *la fe en Dios, Creador del universo y Padre de todos, no puede por menos de fomentar relaciones de fraternidad universal entre los hombres*. De hecho, en todas las grandes tradiciones religiosas se registran testimonios del íntimo vínculo que existe entre la relación con Dios y la ética del amor.

Los cristianos nos sentimos confirmados en esto y ulteriormente iluminados por la palabra de Dios. Ya el Antiguo Testamento manifiesta el amor de Dios a todos los pueblos, que él, en la alianza establecida con Noé, reúne en un gran abrazo, simbolizado por el “arco en las nubes” (*Gn* 9, 13. 14. 16) y que, en definitiva, según las palabras de los profetas, pretende congregarse en una sola familia universal (cf. *Is* 2, 2 ss; 42, 6; 66, 18-21; *Jr* 4, 2; *Sal* 47). Después, en el Nuevo Testamento, la revelación de este designio universal de amor culmina en el misterio pascual, en el que el Hijo de Dios encarnado, con un conmovedor acto de solidaridad salvífica, en la cruz se ofrece en sacrificio por toda la humanidad.

*Así Dios muestra que su naturaleza es el Amor*. Es lo que quise subrayar en mi primera encíclica, que comienza precisamente con las palabras “*Deus caritas est*” (*I Jn* 4, 8). Esta afirmación de la Escritura no sólo ilumina el misterio de Dios, sino



también las relaciones entre los hombres, todos llamados a vivir según el mandamiento del amor.

El encuentro promovido en Asís por el siervo de Dios Juan Pablo II subrayó *el valor de la oración en la construcción de la paz*. En efecto, somos conscientes de que el camino hacia este bien fundamental resulta difícil y a veces humanamente casi imposible. La paz es un valor en el que confluyen muchos componentes. Ciertamente, para construirla son importantes los caminos de ámbito cultural, político, económico. Ahora bien, en primer lugar, *la paz se debe construir en los corazones*. Ahí es donde se desarrollan los sentimientos que pueden alimentarla o, por el contrario, amenazarla, debilitarla y ahogarla. Por lo demás, el corazón del hombre es el lugar donde actúa Dios.

Por tanto, junto a la dimensión “horizontal” de las relaciones con los demás hombres, es de importancia fundamental la dimensión “vertical” de la relación de cada uno con Dios, en quien todo tiene su fundamento. Esto es precisamente lo que quiso recordar con fuerza al mundo el Papa Juan Pablo II con la iniciativa de 1986. Pidió una oración auténtica, que comprometiera toda la existencia. Por este motivo, quiso que estuviera acompañada por el ayuno y que se expresara con la peregrinación, símbolo del camino hacia el encuentro con Dios. Y explicó: “La oración supone de parte nuestra la conversión del corazón” (*Saludo a las delegaciones en la basílica de Santa María de los Ángeles de Asís*, n. 4: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 2 de noviembre de 1986, p. 2).

Entre los aspectos más característicos del encuentro de 1986, conviene subrayar que este valor de la oración en la construcción de la paz *fue testimoniado por representantes de diferentes tradiciones religiosas*, y esto no sucedió a distancia, sino *en el marco de un encuentro*. De este modo, los orantes de las diferentes religiones pudieron mostrar, con el lenguaje del testimonio, que la oración no divide sino que une, y que constituye un elemento determinante para una eficaz pedagogía de la paz, basada en la amistad, en la acogida recíproca, en el diálogo entre hombres de diferentes culturas y religiones. Esta pedagogía es hoy más necesaria que nunca, especialmente teniendo presentes a las nuevas generaciones. Muchos jóvenes, en las zonas del mundo marcadas por conflictos, son educados en sentimientos de odio y venganza, en contextos ideológicos en los que se cultivan las semillas de antiguos rencores y se preparan los corazones para futuras violencias.

Es necesario abatir estas barreras y favorecer el encuentro. Por tanto, me alegra que las iniciativas programadas en este año en Asís vayan en esta dirección y que el Consejo pontificio para el diálogo interreligioso haya pensando en hacer una aplicación particular para los jóvenes.

Para que no haya equívocos con respecto al sentido de lo que Juan Pablo II quiso realizar en 1986, y que se ha calificado con una expresión suya como “espíritu de Asís”, es importante no olvidar el cuidado que se puso entonces para que el encuentro interreligioso de oración *no se prestara a interpretaciones sincretistas*, fundadas en una concepción relativista. Precisamente por este motivo, desde el primer momento,

Juan Pablo II declaró: “El hecho de que hayamos venido aquí no implica intención alguna de buscar entre nosotros un consenso religioso o de entablar una negociación sobre nuestras convicciones de fe. Tampoco significa que las religiones puedan reconciliarse a nivel de un compromiso unitario en el marco de un proyecto terreno que las superaría a todas. Ni es tampoco una concesión al relativismo de las creencias religiosas” (*ib.*, n. 2).

Deseo reafirmar este principio, que constituye el presupuesto del diálogo entre las religiones que recomendó hace cuarenta años el concilio Vaticano II en la *Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas* (cf. *Nostra aetate*, 2).

Aprovecho de buen grado la ocasión para saludar a los exponentes de las demás religiones que participan en algunas de las conmemoraciones de Asís. Al igual que nosotros, los cristianos, también ellos saben que en la oración se puede hacer una experiencia especial de Dios y encontrar estímulos eficaces para trabajar por la causa de la paz. En este aspecto también es preciso evitar confusiones inoportunas. Por eso, también cuando nos reunimos para orar por la paz es necesario que la oración se desarrolle según los distintos caminos que son propios de las diversas religiones.

Esta fue la opción que se hizo en 1986, y sigue siendo válida también hoy. La convergencia de personas diversas no debe dar la impresión de que se cae en el relativismo que niega el sentido mismo de la verdad y la posibilidad de alcanzarla.

Juan Pablo II escogió para su iniciativa audaz y profética el sugestivo escenario de esa ciudad de Asís, universalmente conocida *por la figura de san Francisco*. En efecto, el *Poverello* encarnó de modo ejemplar la bienaventuranza proclamada por Jesús en el evangelio: “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (*Mt 5, 9*). El testimonio que dio en su época lo convierte en punto de referencia natural para quienes cultivan también hoy el ideal de la paz, del respeto de la naturaleza, del diálogo entre las personas, entre las religiones y las culturas.

Ahora bien, si no se quiere traicionar su mensaje, es importante recordar que *la elección radical de Cristo fue la que le ofreció la clave para comprender la fraternidad* a la que están llamados todos los hombres y en la que de algún modo participan también las criaturas inanimadas, desde el “hermano sol” hasta la “hermana luna”.

Quiero recordar, por tanto, que en este vigésimo aniversario de la iniciativa de oración por la paz de Juan Pablo II se celebra también *el octavo centenario de la conversión de san Francisco*.

Las dos conmemoraciones se iluminan recíprocamente. En las palabras que le dirigió el Crucifijo de San Damián —“ve, Francisco, y reconstruye mi casa”—, en su elección de una pobreza radical, en el beso al leproso con el que expresó su nueva capacidad de ver y de amar a Cristo en los hermanos que sufren, comenzó la aventura humana y cristiana que sigue fascinando a tantos hombres de nuestro tiempo y hace que esa ciudad sea meta de innumerables peregrinos.



Le confío a usted, venerado hermano, pastor de esa Iglesia de Asís-Nocera Umbra-Gualdo Tadino, la misión de dar a conocer estas reflexiones a los participantes en las diferentes celebraciones previstas para conmemorar el vigésimo aniversario de aquel acontecimiento histórico, que fue el *Encuentro interreligioso* del 27 de octubre de 1986. Le ruego que transmita a todos también mi afectuoso saludo, participándoles mi bendición, que acompañe con el deseo y la oración del *Poverello* de Asís: "El Señor os conceda la paz".

*Castelgandolfo, 2 de septiembre de 2006*

## **CARTA DE SU SANTIDAD, BENEDICTO XVI, AL CARDENAL ÁNGELO SODANO CON OCASIÓN DE LA CEREMONIA DE DES- PEDIDA DEL CARGO DE SECRETARIO DE ESTADO**

*Al venerado hermano*

*Señor cardenal*

*ANGELO SODANO*

*Decano del Colegio cardenalicio*

En el mes de septiembre de 2002, al acercarse la fecha de su 75° cumpleaños, venerado y querido hermano, mi amado predecesor el siervo de Dios Juan Pablo II le pidió que continuara en el cargo de primer colaborador suyo, al que lo había llamado al inicio como pro-secretario de Estado, el 1 de diciembre de 1990, y sucesivamente, el 29 de junio de 1991, como secretario de Estado.

Cuando el Señor quiso que me tocara a mí asumir el mandato de Pastor supremo del pueblo de Dios, consideré conveniente pedirle, señor cardenal, que siguiera prestándome su ayuda como mi colaborador directo, compartiendo las solicitudes diarias del gobierno de la Iglesia universal; por eso, lo confirmé en el cargo de secretario de Estado, tarea que ha realizado hasta hoy con entrega generosa y competencia. Como anticipé el pasado 22 de junio, hoy, 15 de septiembre, le sucede en ese cargo el eminentísimo señor cardenal Tarcisio Bertone, arzobispo emérito de Génova.

En esta circunstancia tan significativa siento en mi interior la necesidad de renovarle mi más viva gratitud por la fidelidad, la iluminada competencia, la entrega y el amor con que ha trabajado por el bien de la Iglesia al lado de varios Sucesores del apóstol san Pedro. Pienso en las diversas etapas del largo e intenso servicio que ha prestado a la Sede apostólica desde el año 1961, bajo el pontificado del beato Juan XXIII: primero en las representaciones pontificias en Ecuador, Uruguay y Chile, y luego en el Consejo para los Asuntos públicos de la Iglesia. Nombrado, seguidamente, nuncio apostólico en Chile, después de años de no fácil pero prudente y valiente acción diplomática y pastoral en esa querida nación, fue llamado al Vaticano como secretario del Consejo para los Asuntos públicos de la Iglesia, que mientras tanto tomó el nombre de Sección para las Relaciones con los Estados de la Secretaría de Estado.

A finales de 1990, al ser elevado al cargo más alto de la Secretaría de Estado, su colaboración al lado de mi inolvidable predecesor se hizo más estrecha y comprometida, y prosiguió a lo largo de tres lustros, hasta que el amado Juan Pablo II falleció, el 2 de abril del año pasado.

Sucesivamente, en estos primeros meses de mi pontificado, también yo he podido apreciar personalmente las dotes de su corazón de pastor totalmente dedicado al servicio de la Sede apostólica. Le agradezco en particular la entrega con que ha seguido el trabajo diario de la Secretaría de Estado y de las representaciones

pontificias en los diversos países del mundo, así como la solicitud que ha manifestado hacia todo su personal.

En el momento en que deja en manos de su sucesor esa responsabilidad, además de expresarle mi gratitud, también me hago intérprete de la de todos los que a lo largo de los años lo han conocido y han admirado la sensatez, la prudente sabiduría y el celo incansable con que, sin escatimar energías, ha cumplido su misión, buscando únicamente el bien supremo de la Iglesia.

La Santa Sede seguirá beneficiándose de su aportación también en el futuro, y también por esto le doy las gracias, pues usted actuará con el mismo entusiasmo y la misma generosidad en el importante oficio de decano del Colegio cardenalicio y como miembro de varios dicasterios de la Curia romana y de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano.

Que el Señor, a quien encomiendo hoy todos los anhelos de su corazón sacerdotal, lo fortalezca y sostenga en los próximos años, dándole salud física e infundiendo en su alma alegría y serenidad.

Que vele sobre usted de modo muy especial la santísima Virgen María, Madre de la Iglesia y Reina de los ángeles.

Que lo acompañe también la constante seguridad de mi estima y mi afecto, a la vez que, como prenda de abundantes recompensas divinas y de mi cercanía fraterna, le imparto de corazón la bendición apostólica, que de buen grado extiendo a todo el personal de la Secretaría de Estado, así como a sus demás seres queridos.

*Castelgandolfo, 15 de septiembre de 2006, segundo año de mi pontificado*

## **CARTA DEL SANTO PADRE, BENEDICTO XVI, AL CARDENAL EDMUND CASIMIR SZOKA**

*Al venerado hermano*

*Señor cardenal EDMUND CASIMIR SZOKA*

*Arzobispo emérito de Detroit, Presidente de la Comisión pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano y Presidente de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano*

En septiembre de 2002, al acercarse la fecha de su 75° cumpleaños, mi venerado predecesor el siervo de Dios Juan Pablo II le pidió que continuara en los cargos de presidente de la Comisión pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano y de presidente de la Gobernación del mismo Estado de la Ciudad del Vaticano.

Cuando yo fui llamado, por voluntad del Señor, a asumir la responsabilidad de guiar a todo el pueblo de Dios como sucesor del apóstol san Pedro, no creí oportuno privarme de su apreciada colaboración; por eso, lo confirmé en esos cargos, que usted ha desempeñado hasta hoy con entrega generosa.

Hoy, 15 de septiembre, como ya le había comunicado, venerado hermano, el pasado 22 de junio, le sucede en esas mismas funciones monseñor Giovanni Lajolo, arzobispo titular de Cesariana, hasta hoy secretario de la Secretaría de Estado para las Relaciones con los Estados.

En este momento tan significativo para usted, deseo expresarle mi más viva gratitud por la fidelidad y la competencia con que usted, señor cardenal, ha llevado a cabo las sucesivas misiones pastorales que le han sido encomendadas por mis venerados predecesores en Estados Unidos y al servicio de la Iglesia universal.

En particular, me complace recordar el ministerio que usted desempeñó con celo apostólico como obispo de Gaylord en Michigan y, sucesivamente, como arzobispo de Detroit. En enero de 1990, el amado Pontífice Juan Pablo II lo llamó a Roma para que asumiera la responsabilidad de presidente de la Prefectura para los asuntos económicos de la Santa Sede y luego, en octubre de 1997, la de presidente de la Comisión pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano, a la que, en febrero de 2001, se añadió la presidencia de la Gobernación del mismo Estado de la Ciudad del Vaticano. En estos diferentes campos de ministerio pastoral usted actuó con pasión y sin escatimar energías ni tiempo. Estoy seguro de que con igual disponibilidad seguirá trabajando, también en el futuro, por la Iglesia y por la Santa Sede. Por eso le expreso mi gratitud, a la vez que le confirmo mi estima y mi afecto, para que le sostengan e infundan en su alma alegría y serenidad.

Encomiendo su persona a la protección especial de la Virgen María, Madre de la Iglesia, y asegurándole un recuerdo especial en mi oración, le imparto de corazón, como prenda de abundantes recompensas divinas y de mi cercanía fraterna, la bendición apostólica, que de buen grado extiendo a todo el personal de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano y a sus seres queridos.

*Castelgandolfo, 15 de septiembre de 2006, segundo año de mi pontificado*

**DISCURSO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI***Viernes 1 de septiembre de 2006*

*Antes de entrar en el santuario el Santo Padre saludó a la multitud de fieles reunidos fuera.*

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias por esta bienvenida tan cordial. Veo que la Iglesia es una gran familia. Donde está el Papa, la familia se reúne con gran alegría. Para mí es signo de la fe viva, de la alegría que nos da la fe, de la comunión, de la paz que crea la fe. Y os agradezco mucho esta bienvenida. En vuestros rostros veo toda la belleza de esta región de Italia.

Saludo en particular a los enfermos. Sabemos que el Señor está muy cerca de vosotros, os ayuda, os acompaña en vuestros sufrimientos. Os tenemos presentes en nuestras oraciones. También vosotros orad por nosotros.

Un saludo en especial a los jóvenes y a los niños de primera Comunión. Gracias por vuestro entusiasmo, por vuestra fe. Todos nosotros, como dicen los Salmos, “buscamos el rostro del Señor”. También este es el sentido de mi visita. Juntos tratemos de conocer cada vez mejor el rostro del Señor y de encontrar en el rostro del Señor la fuerza de amor y de paz que nos muestra también el camino de nuestra vida.

Gracias y felicidades a todos vosotros.

\* \* \*

Excelencia;  
venerados hermanos en el episcopado;  
*queridos hermanos y hermanas:*

Ante todo quiero manifestar una vez más mi gratitud por esta acogida; por sus palabras, excelencia, tan profundas y cordiales; por la expresión de su amistad, de vuestra amistad; y por los dones tan significativos: la faz de Cristo, aquí venerada, para mí, para mi casa, y luego estos dones de vuestra tierra, que expresan la belleza y la bondad de la tierra, de los hombres que viven y trabajan aquí, y la belleza y la bondad del Creador mismo.

Quisiera sencillamente dar gracias a Dios por este encuentro cordial y familiar, en un lugar donde podemos meditar en el misterio del amor divino contemplando el icono de la Santa Faz. A todos vosotros, aquí presentes, va mi agradecimiento más sincero por vuestra afectuosa acogida y por el compromiso y la discreción con que habéis favorecido esta peregrinación privada, que, sin embargo, como peregrinación eclesial, no puede ser del todo privada.

Saludo y doy las gracias en particular a vuestro arzobispo, amigo mío desde hace muchos años. Hemos colaborado en la Comisión teológica. En muchas conversacio-

nes he aprendido siempre de su sabiduría y también de sus libros. Gracias por los dones que me habéis ofrecido y que aprecio mucho por tratarse de “signos”, como los ha llamado mons. Forte. En efecto, son signos de la comunión afectiva y efectiva que une al pueblo de esta querida tierra de los Abruzos con el Sucesor de Pedro.

Os saludo en especial a vosotros, sacerdotes, religiosos y religiosas, y seminaristas aquí reunidos. Me alegra en particular ver un gran número de seminaristas, por consiguiente el futuro de la Iglesia presente entre nosotros. Dado que no me es posible encontrarme con toda la comunidad diocesana -tal vez será posible en otra ocasión-, me complace que la representéis vosotros, personas ya dedicadas al ministerio presbiteral y a la vida consagrada, o encaminadas hacia el sacerdocio; personas que me alegra considerar enamoradas de Cristo, atraídas por él y comprometidas a hacer de su vida una continua búsqueda de su santo rostro.

Por último, saludo cordialmente a la comunidad de los padres capuchinos, que nos acogen, y que desde hace siglos atienden este santuario, meta de tantos peregrinos.

Cuando, hace poco, me encontraba orando, pensaba en los dos primeros Apóstoles, los cuales, impulsados por Juan Bautista, siguieron a Jesús junto al río Jordán, como leemos en el evangelio de san Juan (cf. *Jn* 1, 35-37). El evangelista narra que Jesús se volvió hacia ellos y les preguntó: “¿Qué buscáis?”. Ellos respondieron: “Rabbí, ¿dónde vives?”. Y él a su vez les dijo: “Venid y lo veréis” (*Jn* 1, 38-39).

Ese mismo día los dos que lo siguieron hicieron una experiencia inolvidable, que los impulsó a decir: “Hemos encontrado al Mesías” (*Jn* 1, 41). Aquel a quien pocas horas antes consideraban un simple “rabbí”, había adquirido una identidad muy precisa, la del Cristo esperado desde hacía siglos. Pero, en realidad, ¡cuán largo camino tenían aún por delante esos discípulos! No podían ni siquiera imaginar cuán profundo podía ser el misterio de Jesús de Nazaret; cuán insondable e inescrutable sería su “rostro”; hasta el punto de que, después de haber convivido con él durante tres años, Felipe, uno de ellos, escucharía de labios de Jesús estas palabras durante la última Cena: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe?”, y luego las palabras que expresan toda la novedad de la revelación de Jesús: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (*Jn* 14, 9).

Sólo después de su pasión, cuando se encontraron con él resucitado, cuando el Espíritu iluminó su mente y su corazón, los Apóstoles comprendieron el significado de las palabras que Jesús les había dicho y lo reconocieron como el Hijo de Dios, el Mesías prometido para la redención del mundo.

Entonces se convirtieron en sus mensajeros incansables, en sus testigos valientes hasta el martirio.

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. Sí, queridos hermanos y hermanas, para “ver a Dios” es preciso conocer a Cristo y dejarse modelar por su Espíritu, que guía a los creyentes “hasta la verdad completa” (*Jn* 16, 13). El que encuentra a Jesús, el que se deja atraer por él y está dispuesto a seguirlo hasta el sacrificio de la vida, experimenta personalmente, como hizo él en la cruz, que sólo el “grano de trigo” que cae en tierra y muere da “mucho fruto” (cf. *Jn* 12, 24).

Este es el camino de Cristo, el camino del amor total, que vence a la muerte: el que lo recorre y “el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna” (Jn 12, 25). Es decir, vive en Dios ya en esta tierra, atraído y transformado por el resplandor de su rostro.

Esta es la experiencia de los verdaderos amigos de Dios, los santos, que han reconocido y amado en los hermanos, especialmente en los más pobres y necesitados, el rostro de aquel Dios largamente contemplado con amor en la oración. Ellos son para nosotros ejemplos estimulantes, dignos de imitar; nos aseguran que si recorremos con fidelidad ese camino, el camino del amor, también nosotros, como canta el salmista, nos saciaremos de gozo en la presencia de Dios (cf. *Sal* 16, 15).

“*Jesu... quam bonus te quaerentibus*”, “Jesús, qué bondadoso eres con los que te buscan”. Así hemos cantado hace poco, entonando el antiguo canto “*Jesu, dulcis memoria*”, que algunos atribuyen a san Bernardo. Es un himno que adquiere un significado especial en este santuario dedicado a la Santa Faz y que nos trae a la mente el salmo 23: “Esta es la generación de los que lo buscan, los que buscan tu rostro, oh Dios de Jacob” (v. 6). Pero, ¿cuál es la “generación” que busca el rostro de Dios?, ¿cuál es la generación digna de “subir al monte del Señor”, de “estar en el recinto sacro”? Explica el salmista: son los que tienen “manos inocentes y puro corazón”, los que no dicen mentiras ni juran contra el prójimo en falso (cf. vv. 3-4).

Así pues, para entrar en comunión con Cristo y contemplar su rostro, para reconocer el rostro del Señor en el de los hermanos y en las vicisitudes de todos los días, es preciso tener “manos inocentes y puro corazón”. “Manos inocentes” quiere decir existencias iluminadas por la verdad del amor, que vence a la indiferencia, la duda, la mentira y el egoísmo. Además, hay que tener un corazón puro, un corazón arrebatado por la belleza divina, como dice santa Teresa de Lisieux en su oración a la Santa Faz; un corazón que lleve impresa la faz de Cristo.

Queridos sacerdotes, si queda impresa en vosotros, pastores de la grey de Cristo, la santidad de su rostro, no tengáis miedo: también los fieles encomendados a vuestra solicitud pastoral se contagiarán y transformarán. Y vosotros, seminaristas, que os preparáis para ser guías responsables del pueblo cristiano, no os dejéis atraer por nada que no sea Jesús y el deseo de servir a su Iglesia.

Lo mismo os digo a vosotros, religiosos y religiosas, para que todas vuestras actividades sean reflejo visible de la bondad y de la misericordia divina.

“Busco tu rostro, Señor”. Buscar el rostro de Jesús debe ser el anhelo de todos los cristianos, pues nosotros somos “la generación” que en este tiempo busca su rostro, el rostro del “Dios de Jacob”. Si perseveramos en la búsqueda del rostro del Señor, al final de nuestra peregrinación terrena será él, Jesús, nuestro gozo eterno, nuestra recompensa y gloria para siempre: “*Sis Jesu nostrum gaudium, qui es futurus praemium: sit nostra in te gloria, per cuncta semper saecula*”.

Esta es la certeza que ha impulsado a los santos de vuestra región, entre los cuales me complace citar en particular a Gabriel de la Dolorosa y Camilo de Lelis; a ellos

va nuestro recuerdo reverente y nuestra oración. Pero ahora queremos dirigir un pensamiento de especial devoción a la “Reina de todos los santos”, la Virgen María, a la que veneráis en diversos santuarios y capillas esparcidas por los valles y los montes de los Abruzos.

Que la Virgen, en cuyo rostro, más que en cualquier otra criatura, se ven los rasgos del Verbo encarnado, vele sobre las familias y las parroquias, sobre las ciudades y las naciones del mundo entero. Que la Madre del Creador nos ayude a respetar también la naturaleza, gran don de Dios que aquí podemos admirar contemplando las estupendas montañas que nos rodean. Este don, sin embargo, siempre corre un serio peligro de degradación ambiental y por tanto es preciso defenderlo y protegerlo. Se trata de una urgencia que, como decía mons. Forte, pone muy bien de relieve la Jornada de reflexión y oración para la salvaguardia de la creación, que celebra precisamente hoy la Iglesia en Italia.

Queridos hermanos y hermanas, a la vez que os doy nuevamente las gracias por vuestra presencia y por vuestros dones, invoco sobre todos vosotros y sobre vuestros seres queridos la bendición de Dios con la antigua fórmula bíblica: “El Señor os bendiga y os guarde; ilumine su rostro sobre vosotros y os sea propicio; el Señor os muestre su rostro y os conceda la paz” (cf. *Nm* 6, 24-26).

Amén.



**ENCUENTRO DEL PAPA, BENEDICTO XVI, CON SU SECRETARÍA DE ESTADO CON OCASIÓN DE LA CEREMONIA DE DESPEDIDA DEL CARGO DE SECRETARIO DEL CARDENAL ÁNGELO SODANO, Y DEL NOMBRAMIENTO COMO SECRETARIO DE ESTADO DEL CARDENAL TARCISIO BERTONE, S. D. B**

**PALABRAS DEL SANTO PADRE AL FINAL DEL ENCUENTRO**

*Sala de los Suizos, Palacio apostólico de Castelgandolfo.  
Viernes 15 de septiembre de 2006*

*Eminencias, excelencias,  
queridos colaboradores y colaboradoras:*

No puedo terminar este encuentro sin añadir, una vez más, unas palabras que en este momento me brotan del corazón. En cierto sentido, es un momento de tristeza; pero sobre todo es un momento de profunda gratitud. Usted, eminencia, ha trabajado con varios Papas, y al final conmigo, en calidad de secretario de Estado, con la entrega, la competencia y la voluntad de servicio de las que ya he hablado. Asociándome a su discurso, quisiera extender mi agradecimiento a todos los colaboradores y colaboradoras, así como a las representaciones pontificias del mundo.

Cada vez comprendo mejor que sólo esta red de colaboración hace posible responder al mandato del Señor: “*Confirma fratres tuos in fide*”. Sólo en virtud de la suma de todas estas competencias, sólo en virtud de la humildad de un compromiso laborioso y muy experto de tantas personas, el Papa puede “confirmar a sus hermanos”, obedeciendo así al Señor. Gracias a esta amplia colaboración el Papa puede cumplir adecuadamente su misión.

Solamente en estos últimos años, siendo prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, he comprendido cada vez más cuánta competencia hay aquí, cuánta entrega, cuánta humildad y cuánta voluntad de servir realmente al Señor en su Iglesia. En realidad, este trabajo curial es un trabajo pastoral en sentido eminente, porque ayuda de verdad a guiar al pueblo de Dios a las verdes praderas —como dice el Salmo— donde la palabra de Dios está presente y nos alimenta toda nuestra vida.

Eminencia, en las última semanas he reflexionado en qué signo de mi gratitud podría darle en este momento. He tenido la alegría de que usted me acompañara en mi viaje a Baviera. Hemos visitado sedes episcopales importantes —Munich, Ratisbona y la antigua sede de Freising— y hemos visitado Altötting, nuestro santuario nacional, por decirlo así, que desde hace siglos ha sido llamado “corazón” de Baviera. Es realmente el “corazón” del país, porque allí, al encontrarnos con la Madre, nos encontramos con el Señor. Allí, en todas las vicisitudes de la historia, y también en todas las dificultades del presente, hallamos nuevamente, junto con la protección de la Madre, también la alegría de la fe. Allí se renueva nuestro pueblo.

Usted, señor cardenal, ha sido testigo de que el obispo de Passau me entregó como recuerdo perenne una copia de la imagen de la Virgen, del siglo XV, que atrae continuamente a los peregrinos que desean experimentar el amor de la Madre de todos nosotros. He podido obtener una copia fiel —hay copias menos valiosas— de la Virgen de Altötting. Y creo que esta Virgen de Altötting no sólo puede ser el signo de mi perenne gratitud, sino también el signo de nuestra unión en la oración. Que la Virgen lo acompañe siempre; que lo proteja siempre, y lo guíe. Esta es la expresión de mi sincera gratitud.

## **PALABRAS DEL SANTO PADRE, BENEDICTO XVI, DURANTE LA AUDIENCIA CONCEDIDA AL CARDENAL TARCISIO BERTONE, S.D.B., SECRETARIO DE ESTADO, JUNTAMENTE CON SUS FAMILIARES**

*Lunes 18 de septiembre de 2006*

*Eminencia; queridos amigos:*

Me alegra saludar aquí una vez más públicamente al nuevo secretario de Estado y a toda su familia. Nos conocimos cuando su eminencia era consultor de la Congregación para la doctrina de la fe. Me ayudó muchísimo en algunos difíciles coloquios que tuvimos en 1988.

Después, cuando el querido mons. Bovone pasó a la Congregación para las causas de los santos, resultó necesario buscar un nuevo secretario para la Congregación para la doctrina de la fe. Y no tuve que reflexionar mucho tiempo, porque los recuerdos de aquel trabajo común eran tan vivos que comprendí que el Señor ya me había indicado el sucesor.

Siguieron años muy hermosos de colaboración en la Congregación para la doctrina de la fe. Siempre ha estado presente san Eusebio de Vercelli; no sé si también hoy esta presencia sigue custodiando la fe. Hicimos todo lo que pudimos. Tuve la posibilidad de ver Vercelli y de conocer esa hermosa archidiócesis. En ese tiempo, al venir a la Congregación, el cardenal Bertone había «perdido» la púrpura que había tenido en Vercelli. Luego, al ir a Génova, volvió la púrpura y tuvo ocasión de ver también las bellezas de Génova.

Más adelante llegó el tiempo en que algunos cardenales de la Curia, que nacieron en 1927, presentaron la dimisión. Así me acordé nuevamente de los años en que trabajamos juntos y el Señor me concedió esta gracia del «sí» de su eminencia.

Con valentía comenzamos juntos nuestro camino. Me alegra ver que cuenta con el apoyo de una familia fuerte. A todos os expreso mis mejores deseos.

## DISCURSO DEL PAPA, BENEDICTO XVI, A LOS OBISPOS NOMBRADOS EN LOS ÚLTIMOS DOCE MESES

*Jueves 21 de septiembre de 2006*

*Queridos hermanos en el episcopado:*

Os saludo cordialmente a cada uno de vosotros. Mi saludo se dirige ante todo al señor cardenal Giovanni Battista Re, que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos, y lo extiendo con afecto a cuantos han organizado y coordinado vuestro encuentro. Durante estos días habéis escuchado la experiencia de algunos jefes de dicasterio de la Curia romana y de obispos, que os han ayudado a reflexionar sobre algunos aspectos del ministerio episcopal de gran importancia para nuestro tiempo.

Hoy es el Papa quien os acoge con alegría, y se siente feliz de compartir con vosotros los sentimientos y las expectativas que vivís durante estos primeros meses de vuestro ministerio episcopal. Ciertamente ya habréis experimentado cómo Jesús, el buen Pastor, obra en las almas con su gracia. «Te basta mi gracia» (2 Co 12, 9), fue la respuesta que escuchó el apóstol san Pablo cuando pidió al Señor que le ahorrara los sufrimientos. Que esta misma certeza alimente siempre vuestra fe y estimule en vosotros la búsqueda de caminos para llegar al corazón de todos con el sano optimismo que debéis irradiar siempre en torno a vosotros.

En la encíclica *Deus caritas est* reafirmé que los obispos tienen la primera responsabilidad de edificar la Iglesia como familia de Dios y como lugar de ayuda recíproca y de disponibilidad (cf. n. 32). Para poder cumplir esta misión habéis recibido, con la consagración episcopal, tres oficios peculiares: el *munus docendi*, el *munus sanctificandi* y el *munus regendi*, que en conjunto constituyen el *munus pascendi*. En particular, el *munus regendi* tiene como finalidad el crecimiento en la comunión eclesial, es decir, la construcción de una comunidad concorde en la escucha de la enseñanza de los Apóstoles, en la fracción del pan, en la oración y en la unión fraterna (cf. *Hch* 2, 42).

Íntimamente unido a los oficios de enseñar y santificar, el de gobernar —es decir, el *munus regendi*— constituye para el obispo un auténtico acto de amor a Dios y al prójimo, que se manifiesta en la caridad pastoral. Lo indicó autorizadamente el concilio Vaticano II en la constitución *Lumen gentium*, presentando a los obispos como modelo a Cristo, buen Pastor, que no vino para ser servido sino para servir (cf. n. 27). En esta línea, la carta apostólica postsinodal *Pastores gregis* invita al obispo a inspirarse constantemente en la imagen evangélica del lavatorio de los pies (cf. n. 42). Sólo Cristo, que es el amor de Dios encarnado (cf. *Deus caritas est*, 12), puede indicarnos de modo autorizado cómo amar y servir a la Iglesia.

Queridos hermanos, cada uno de vosotros, siguiendo el ejemplo de Cristo, en la atención diaria a la grey, ha de hacerse «todo a todos» (cf. *1 Co* 9, 22), proponiendo la verdad de la fe, celebrando los sacramentos de nuestra santificación y testimoniando la caridad del Señor.

Acoged con corazón abierto a los que llaman a vuestra puerta: aconsejadlos, consoladlos y sostenedlos en el camino de Dios, tratando de llevarlos a todos a la unidad en la fe y en el amor, cuyo principio y fundamento visible, por voluntad del Señor, debéis ser vosotros en vuestras diócesis (cf. *Lumen gentium*, 23). Tened en primer lugar esta solicitud con respecto a los sacerdotes. Actuad siempre con ellos como padres y hermanos mayores que saben escuchar, acoger, consolar y, cuando sea necesario, también corregir; buscad su colaboración y estad cerca de ellos, especialmente en los momentos significativos de su ministerio y de su vida. Tened la misma solicitud por los jóvenes que se preparan para la vida sacerdotal y religiosa.

En virtud del oficio de gobernar (cf. *Lumen gentium*, 27), el obispo está llamado también a juzgar y regular con leyes, indicaciones y sugerencias, la vida del pueblo de Dios encomendado a su cuidado pastoral, según lo previsto por la disciplina universal de la Iglesia. Este derecho y deber del obispo es muy importante para que la comunidad diocesana esté internamente unida y avance con profunda comunión de fe, de amor y de disciplina con el Obispo de Roma y con toda la Iglesia.

Por tanto, os exhorto, queridos hermanos en el episcopado, a ser custodios atentos de esta comunión eclesial y a promoverla y defenderla vigilando constantemente sobre la grey de la que habéis sido constituidos pastores. Se trata de un acto de amor que requiere discernimiento, valentía apostólica y bondad paciente al tratar de convencer e implicar, para que vuestras indicaciones sean acogidas de buen grado y aplicadas con convicción y prontitud. Con la dócil obediencia al obispo, cada fiel contribuye responsablemente a la edificación de la Iglesia. Esto será posible si, conscientes de vuestra misión y de vuestras responsabilidades, sabéis alimentar en cada uno de ellos el sentido de pertenencia a la Iglesia y la alegría de la comunión fraterna, implicando a los organismos específicos previstos por la disciplina eclesial. Construir la comunión eclesial ha de ser vuestro compromiso diario.

La carta apostólica *Pastores gregis* y el Directorio para el ministerio pastoral de los obispos insisten en indicar a cada pastor que su autoridad objetiva debe ser sostenida por una vida ejemplar. La serenidad en las relaciones, la delicadeza en el trato y la sencillez de vida son dotes que sin duda enriquecen la personalidad humana del obispo.

En la «Regla pastoral», san Gregorio Magno escribe que «el gobierno de las almas es el arte de las artes» (n. 1). Este arte requiere el crecimiento constante de las virtudes, entre las cuales deseo recordar la prudencia, que san Bernardo define «madre de la fortaleza». La prudencia os hará pacientes con vosotros mismos y con los demás, valientes y firmes en las decisiones, misericordiosos y justos, preocupados únicamente por vuestra salvación y por la de vuestros hermanos «con temor y temblor» (*Flp* 2, 12).

La entrega total de vosotros mismos, que exige el cuidado de la grey del Señor, necesita el apoyo de una intensa vida espiritual, alimentada por una asidua oración personal y comunitaria. Por tanto, un contacto constante con Dios debe caracterizar vuestras jornadas y acompañar todas vuestras actividades. Vivir en íntima unión con

Cristo os ayudará a alcanzar el necesario equilibrio entre el recogimiento interior y el esfuerzo necesario requerido por las múltiples ocupaciones de la vida, evitando caer en un activismo exagerado.

El día de vuestra consagración episcopal habéis hecho la promesa de orar de forma incansable por vuestro pueblo. Queridos hermanos, permaneced siempre fieles a este compromiso, que os capacitará para ejercer de modo irreprochable vuestro ministerio pastoral. Mediante la oración, las puertas de vuestro corazón se abren al proyecto de Dios, que es proyecto de amor, al que él os ha llamado uniéndoos más íntimamente a Cristo con la gracia del episcopado. Siguiéndolo a él, el Pastor y Obispo de vuestras almas (cf. *1 P 2, 25*), seréis impulsados a tender siempre a la santidad, que es el objetivo fundamental de la existencia de todo cristiano.

Queridos hermanos, a la vez que os agradezco vuestra grata visita, quiero aseguraros mi recuerdo diario ante el Señor por vuestro servicio eclesial, que encomiendo a la Virgen *Mater Ecclesiae*. Invoco su protección sobre vosotros, sobre vuestras diócesis y sobre vuestro ministerio. Con estos sentimientos, os imparto a vosotros y a vuestros seres queridos una especial bendición apostólica.

## **DISCURSO DEL SANTO PADRE, BENEDICTO XVI, A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA PLENARIA DEL CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS**

*Viernes 22 de septiembre de 2006*

*Señores cardenales;  
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;  
queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra encontrarme hoy por primera vez con vosotros, queridos miembros y consultores del Consejo pontificio para los laicos, reunidos con ocasión de la asamblea plenaria. Vuestro Consejo pontificio tiene la peculiaridad de contar entre sus miembros y consultores, además de cardenales, obispos, sacerdotes y religiosos, con una mayoría de fieles laicos, provenientes de diversos continentes y países, y de las más variadas experiencias apostólicas. Os saludo a todos con afecto y os doy las gracias por el servicio que prestáis a la Sede de Pedro y a la Iglesia extendida por todas las partes del mundo. Mi saludo se dirige de manera especial al presidente, el arzobispo Stanisław Rybicki, a quien agradezco sus amables y devotas palabras, al secretario, el obispo Josef Clemens, y a cuantos trabajan a diario en vuestro dicasterio.

Durante los años de mi servicio a la Curia romana ya pude darme cuenta de la creciente importancia que ha asumido en la Iglesia el Consejo pontificio para los laicos; importancia que constato aún más desde que el Señor me llamó a suceder al siervo de Dios, Juan Pablo II, en la guía de todo el pueblo cristiano, pues tengo la posibilidad de ver más de cerca el trabajo que realizáis. En efecto, he presidido dos encuentros de indudable importancia eclesial organizados por vuestro dicasterio: la Jornada mundial de la juventud, que tuvo lugar en Colonia en el mes de agosto del año pasado, y el encuentro celebrado en la plaza de San Pedro, en la Vigilia de Pentecostés de este año, con la presencia de más de cien movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Pienso, además, en el primer congreso latinoamericano de movimientos y nuevas comunidades eclesiales, que vuestro Consejo pontificio organizó en colaboración con el Celam, en Bogotá, del 9 al 12 de marzo de 2006, con vistas a la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano.

Después de examinar, en la anterior asamblea plenaria, la naturaleza teológica y pastoral de la comunidad parroquial, ahora estáis afrontando la cuestión desde un punto de vista operativo, buscando elementos útiles para fomentar una auténtica renovación parroquial. En efecto, el tema de vuestro encuentro es: «La parroquia redescubierta. Caminos de renovación». De hecho, el aspecto teológico pastoral y el práctico no pueden separarse, si se quiere acceder al misterio de comunión del que la parroquia está llamada a ser cada vez más signo e instrumento de actuación.

En los Hechos de los Apóstoles, el evangelista san Lucas indica los criterios esenciales para una adecuada comprensión de la naturaleza de la comunidad cristiana y, por tanto, también de toda parroquia, cuando describe la primera comunidad de Jerusalén que perseveraba en la escucha de la enseñanza de los Apóstoles, en la unión fraterna, «en la fracción del pan y en la oración», una comunidad acogedora y solidaria hasta el punto de que todo lo ponía en común (cf. *Hch* 2, 42; 4, 32-35).

La parroquia puede revivir esta experiencia y crecer en el entendimiento y en la cohesión fraterna si ora incesantemente, si permanece a la escucha de la palabra de Dios y, sobre todo, si participa con fe en la celebración de la Eucaristía presidida por el sacerdote. En este sentido escribía el amado Juan Pablo II en su última encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: «La parroquia es una comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad principalmente por la celebración del sacrificio eucarístico» (n. 32).

Por tanto, la anhelada renovación de la parroquia no puede ser resultado sólo de oportunas iniciativas pastorales, por más útiles que sean, ni de programas elaborados en despachos. Inspirándose en el modelo apostólico, tal y como aparece en los Hechos de los Apóstoles, la parroquia se redescubre en el encuentro con Cristo, especialmente en la Eucaristía. Alimentada con el pan eucarístico, crece en la comunión católica, camina en plena fidelidad al Magisterio y siempre está atenta a acoger y discernir los diferentes carismas que el Señor suscita en el pueblo de Dios. De la unión constante con Cristo la parroquia saca vigor para comprometerse sin cesar al servicio de los hermanos, especialmente de los pobres, para quienes representa de hecho el primer punto de referencia.

Queridos hermanos y hermanas, mientras os expreso gran aprecio por la actividad de animación y de servicio que desempeñáis, deseo de corazón que los trabajos de la asamblea plenaria contribuyan a hacer que los fieles laicos sean cada vez más conscientes de su misión en la Iglesia, en particular dentro de la comunidad parroquial, que es una «familia» de familias cristianas. Por esta intención aseguro un constante recuerdo en la oración e, invocando sobre cada uno la maternal protección de María, de buen grado os imparto mi bendición a todos vosotros, a vuestros familiares y a las comunidades a las que pertenecéis.



## DISCURSO DEL PAPA, BENEDICTO XVI, A UN GRUPO DE OBISPOS QUE PARTICIPABAN EN UN CURSO DE ACTUALIZACIÓN

*Sábado 23 de septiembre de 2006*

*Señor cardenal;  
queridos hermanos en el episcopado:*

Me alegra poderme encontrar con vosotros con ocasión del seminario de actualización organizado por la Congregación para la evangelización de los pueblos, y a cada uno de vosotros le doy mi más cordial bienvenida. Saludo en primer lugar al señor cardenal Ivan Dias, prefecto del dicasterio misionero desde hace sólo unos meses, y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido también en vuestro nombre.

Saludo también y doy las gracias a quienes han prestado su colaboración para el éxito de este curso de formación. Extiendo mi afectuoso saludo a vuestras comunidades diocesanas, jóvenes y llenas de entusiasmo, donde la evangelización muestra signos prometedores de desarrollo, aunque, a veces, el contexto sea duro y difícil. Ciertamente, estos días de convivencia fraterna os son útiles para la misión pastoral que, a su servicio, el Señor os ha encomendado desde hace poco tiempo.

Estáis llamados a ser pastores en medio de poblaciones que, en buena parte, no conocen aún a Jesucristo. Por tanto, como primeros responsables del anuncio evangélico, debéis hacer notables esfuerzos para que todos tengan la posibilidad de acogerlo. Sentís cada vez más la exigencia de inculturar el Evangelio, de evangelizar las culturas y alimentar un diálogo sincero y abierto con todos, para construir juntos una humanidad más fraterna y solidaria. Sólo impulsados por el amor a Cristo es posible realizar este compromiso apostólico, que requiere el celo intrépido de quien por el Señor no teme ni la persecución ni la muerte.

¿Cómo no recordar a los numerosos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que, en los siglos pasados y también en nuestro tiempo, han sellado con su sangre su fidelidad a Cristo y a la Iglesia en los territorios de misión? Durante los días pasados, al número de estos heroicos testigos del Evangelio se ha sumado el sacrificio, de sor Leonella Sgorbati, Misionera de la Consolota, asesinada bárbaramente en Mogadiscio, Somalia. Este martirologio adorna, hoy como ayer, la historia de la Iglesia y, aunque con sufrimiento y aprensión, mantiene viva en nuestra alma la confianza en un glorioso florecimiento de fe cristiana, pues, como afirma Tertuliano, «la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos».

Vosotros, pastores de la grey de Dios, habéis recibido el mandato de custodiar y transmitir la fe en Cristo, que ha llegado a nosotros a través de la tradición viva de la Iglesia y por la que tantos han dado su vida. Para cumplir esa misión, es esencial que en primer lugar vosotros seáis «ejemplo de buenas obras, con pureza de doctrina, dignidad, palabra sana, intachable» (*Tt* 2, 7-8). «El hombre contemporáneo —

escribió mi predecesor de venerada memoria el siervo de Dios Pablo VI— escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos» (*Evangelii nuntiandi*, 41). Por eso es preciso que deis la máxima importancia en vuestro ministerio episcopal a la oración y a la búsqueda incesante de la santidad.

Es importante que os preocupéis por una seria formación de los seminaristas y por una actualización permanente de los sacerdotes y los catequistas. Mantener la unidad de la fe en la variedad de sus expresiones culturales es otro valioso servicio que se os pide, queridos hermanos en el episcopado. Esto exige que estéis unidos a la grey, a ejemplo de Cristo, buen Pastor, y que la grey camine siempre unida a vosotros. Como centinelas del pueblo de Dios, evitad con firmeza y valentía las divisiones, especialmente cuando se deben a motivos étnicos y socioculturales, pues atentan contra la unidad de la fe y debilitan el anuncio y el testimonio del Evangelio de Cristo, que vino al mundo para hacer de toda la humanidad un pueblo santo y una sola familia donde Dios es Padre de todos.

Es motivo de alegría y de consuelo constatar que en muchas de vuestras Iglesias se está produciendo un constante florecimiento de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, don maravilloso de Dios que es preciso acoger y promover con gratitud y celo. Preocupaos por dotar a los seminarios de un número suficiente de formadores, selectos y preparados con esmero, que sean ante todo ejemplos y modelos para los seminaristas. Como sabéis bien, el seminario es el corazón de la diócesis, y precisamente por eso el obispo lo sigue personalmente. De la preparación de los futuros sacerdotes y de todos los demás agentes de pastoral, en particular de los catequistas, depende el futuro de vuestras comunidades y el de la Iglesia universal.

Venerados y queridos hermanos, dentro de algunos días volveréis a vuestras diócesis, enriquecidos por esta estancia formativa en Roma. Yo seguiré sintiéndome espiritualmente unido a vosotros, y os pido que aseguréis mi afecto y mi cercanía en la oración también a vuestras comunidades, sobre las que invoco la protección maternal de María santísima, Estrella de la evangelización, y la intercesión de san Pío de Pietrelcina, cuya memoria litúrgica se celebra hoy.

Con estos sentimientos, os imparto mi bendición apostólica a todos vosotros, extendiéndola de buen grado a cuantos están encomendados a vuestra solicitud de pastores, especialmente a los niños, a los jóvenes y a los ancianos, a los enfermos, a los pobres y a los que sufren.

## DISCURSO DEL SANTO PADRE, BENEDICTO XVI, A LOS DIPLOMÁTICOS DE LOS PAÍSES DE MAYORÍA MUSULMANA Y A EXPOSITORES DE LAS COMUNIDADES MUSULMANAS EN ITALIA

*Sala de los Suizos del palacio apostólico de Castelgandolfo  
Lunes 25 de septiembre de 2006*

*Señor cardenal; señoras y señores embajadores;  
queridos amigos musulmanes:*

Me alegra daros la bienvenida en este encuentro que he deseado para consolidar los vínculos de amistad y solidaridad entre la Santa Sede y las comunidades musulmanas del mundo. Doy las gracias al señor cardenal Paul Poupard, presidente del Consejo pontificio para el diálogo interreligioso, por las palabras que me acaba de dirigir, así como a todos vosotros por haber aceptado mi invitación.

Las circunstancias que han motivado nuestro encuentro son bien conocidas. Ya he hablado de ellas durante la semana pasada. En este contexto particular, quisiera hoy volver a expresar toda la estima y el profundo respeto que albergo por los creyentes musulmanes, recordando lo que afirma al respecto el concilio Vaticano II y que para la Iglesia católica constituye la *carta magna* del diálogo islámico-cristiano: «La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes, que adoran al único Dios vivo y subsistente, misericordioso y omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse por entero, como se sometió a Dios Abraham, a quien la fe islámica se refiere de buen grado» (*Nostra aetate*, 3).

Situándome decididamente en esta perspectiva, desde el inicio de mi pontificado he manifestado mi deseo de seguir estableciendo puentes de amistad con los seguidores de todas las religiones, expresando particularmente mi aprecio por el crecimiento del diálogo entre musulmanes y cristianos (cf. *Discurso a los representantes de las Iglesias y comunidades cristianas y de otras tradiciones religiosas*, 25 de abril de 2005: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de abril de 2005, p. 2).

Como subrayé en Colonia, el año pasado, «el diálogo interreligioso e intercultural entre cristianos y musulmanes no puede reducirse a una opción temporal. En efecto, es una necesidad vital, de la cual depende en gran parte nuestro futuro» (*Discurso a los representantes de algunas comunidades musulmanas*, 20 de agosto de 2005: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 26 de agosto de 2005, p. 9).

En un mundo caracterizado por el relativismo, y que, con demasiada frecuencia, excluye la trascendencia de la universalidad de la razón, necesitamos con urgencia

un auténtico diálogo entre las religiones y entre las culturas, que pueda ayudarnos a superar juntos todas las tensiones con espíritu de colaboración fecunda.

Así pues, continuando la obra emprendida por mi predecesor, el Papa Juan Pablo II, deseo vivamente que las relaciones inspiradas en la confianza, que se han entablado entre cristianos y musulmanes desde hace muchos años, no sólo continúen, sino que se desarrollen con espíritu de diálogo sincero y respetuoso, fundado en un conocimiento recíproco cada vez más auténtico que, con alegría, reconozca los valores religiosos comunes y, con lealtad, respete las diferencias.

El diálogo interreligioso e intercultural es una necesidad para construir juntos el mundo de paz y fraternidad que anhelan ardientemente todos los hombres de buena voluntad. En este ámbito, nuestros contemporáneos esperan de nosotros un testimonio elocuente para mostrar a todos el valor de la dimensión religiosa de la existencia.

Por consiguiente, fieles a las enseñanzas de sus respectivas tradiciones religiosas, cristianos y musulmanes deben aprender a trabajar juntos, como ya sucede en diversas experiencias comunes, para evitar toda forma de intolerancia y oponerse a toda manifestación de violencia; y nosotros, autoridades religiosas y responsables políticos, debemos guiarles y animarles a actuar así.

En efecto, «si bien en el transcurso de los siglos han surgido no pocas disensiones y enemistades entre cristianos y musulmanes, el sagrado Concilio exhorta a todos a que, olvidando lo pasado, ejerzan sinceramente la comprensión mutua, defiendan y promuevan juntos la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad para todos los hombres» (*Nostra aetate*, 3).

Por tanto, las lecciones del pasado deben ayudarnos a buscar caminos de reconciliación para que, respetando la identidad y la libertad de cada uno, practiquemos una colaboración fecunda al servicio de toda la humanidad. Como afirmó el Papa, Juan Pablo II, en su memorable discurso a los jóvenes en Casablanca (Marruecos), «el respeto y el diálogo requieren la reciprocidad en todos los terrenos, sobre todo en lo que concierne a las libertades fundamentales y en particular a la libertad religiosa. Favorecen la paz y el entendimiento entre los pueblos» (*Discurso* del 19 de agosto de 1985, n. 5: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de septiembre de 1985, p. 14).

Queridos amigos, estoy profundamente convencido de que, en la situación en que se encuentra hoy el mundo, los cristianos y los musulmanes tienen el deber de comprometerse para afrontar juntos los numerosos desafíos que se plantean a la humanidad, especialmente en lo que concierne a la defensa y la promoción de la dignidad del ser humano, así como a los derechos que de ella se derivan. Mientras aumentan las amenazas contra el hombre y contra la paz, los cristianos y los musulmanes, reconociendo el carácter central de la persona y trabajando con perseverancia para que se respete siempre la vida humana, manifiestan su obediencia al Creador, que quiere que todos vivan con la dignidad que les ha otorgado.

Queridos amigos, deseo de todo corazón que Dios misericordioso guíe nuestros pasos por las sendas de una comprensión recíproca cada vez más auténtica. En el momento en el que los musulmanes comienzan el itinerario espiritual del mes de Ramadán, formulo para todos mis votos más cordiales, deseando que el Todopoderoso les conceda una vida serena y tranquila.

Que el Dios de la paz os colme con la abundancia de sus bendiciones a vosotros y a las comunidades que representáis.

*Viaje apostólico a Munich, Altötting y Ratisbona (9-14 de septiembre de 2006)***CEREMONIA DE BIENVENIDA. DISCURSO DEL SANTO PADRE**

*Aeropuerto Internacional Franz Joseph Strauss, Munich  
Sábado 9 de septiembre de 2006*

*Señor presidente de la República;  
señora cancillera y señor ministro presidente;  
señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado;  
ilustres señores; amables señoras; queridos compatriotas:*

Con profunda emoción piso, por primera vez después de mi elevación a la cátedra de Pedro, tierra alemana bávara. Vuelvo a mi patria, a mi gente, con el programa de visitar algunos lugares que han tenido una importancia fundamental en mi vida. Le doy las gracias, señor presidente de la República, por la cordial bienvenida que me ha brindado. En sus palabras he percibido el eco fiel de los sentimientos de todo nuestro pueblo. Agradezco a la señora cancillera, doctora Angela Merkel, y al señor ministro presidente, doctor Edmund Stoiber, la amabilidad con que han querido honrar mi llegada a la tierra alemana y bávara. Mi agradecimiento se extiende, además, a los miembros del Gobierno, a las personalidades eclesíásticas, civiles y militares aquí reunidas, así como a todos los que han querido estar presentes para acogerme en esta visita, tan importante para mí.

En mi espíritu se agolpan en este momento muchos recuerdos de los años pasados en Munich y en Ratisbona: son recuerdos de personas y vicisitudes que han dejado en mí una huella profunda. Consciente de lo que he recibido, he venido aquí ante todo para expresar la profunda gratitud que siento hacia todos los que han contribuido a formar mi personalidad en las décadas de mi vida. Pero estoy aquí también como sucesor del apóstol san Pedro para reafirmar y confirmar los profundos vínculos que existen entre la Sede de Roma y la Iglesia en nuestra patria.

Son vínculos que tienen una historia de siglos, alimentada por la firme adhesión a los valores de la fe cristiana, una adhesión de la que pueden enorgullecerse en especial las regiones bávaras. Lo testimonian monumentos famosos, majestuosas catedrales, estatuas y cuadros de gran valor artístico, obras literarias, iniciativas culturales y sobre todo muchas vicisitudes de personas y comunidades en las que se reflejan las convicciones cristianas de las generaciones que se han sucedido en esta tierra, que yo tanto quiero.

Las relaciones de Baviera con la Santa Sede, aunque ha habido momentos de tensión, siempre se han caracterizado por una respetuosa cordialidad. Además, en las horas decisivas de su historia, el pueblo bávaro siempre ha confirmado su profunda devoción a la Cátedra de Pedro y la firme adhesión a la fe católica. La Columna de María -*Mariensäule*-, que se eleva en la plaza central de nuestra capital, Munich, es un testimonio elocuente de esa devoción.

El contexto social actual, en muchos aspectos, es diferente del pasado. Sin embargo, creo que todos estamos unidos por la esperanza de que las nuevas generaciones permanezcan fieles al patrimonio espiritual que ha resistido a través de todas las crisis de la historia. Mi visita a la tierra que me vio nacer quiere ser también un aliento en este sentido: Baviera es una parte de Alemania, ha pertenecido a la historia de Alemania con sus altibajos, y tiene razones para estar orgullosa de las tradiciones que ha heredado del pasado.

Deseo que todos mis compatriotas de Baviera y de toda Alemania participen activamente en la transmisión a los ciudadanos del mañana de los valores fundamentales de la fe cristiana, que nos sostiene a todos y que no divide, sino que abre y acerca a las personas pertenecientes a pueblos, culturas y religiones diferentes.

De buen grado habría ampliado mi visita también a otras partes de Alemania para llegar a todas las Iglesias locales, en particular a aquellas a las que me unen recuerdos personales. En este inicio de pontificado y en el transcurso de todos estos años son muchos los signos de afecto que he recibido de todas partes y especialmente de las diócesis bávaras. Esto me da fuerza día tras día.

Por eso, deseo aprovechar esta ocasión para expresaros a todos mi profunda gratitud. También he podido leer y seguir lo que se ha hecho en estas semanas y en estos meses: numerosas personas han contribuido con todas sus fuerzas para que esta visita sea hermosa. Y ahora agradecemos al Señor que nos da también un hermoso cielo bávaro, pues esto nosotros no lo podíamos ordenar. ¡Gracias! Que Dios os recompense por todo lo que se ha hecho en las diversas partes -tendré oportunidad de repetirlo en otras ocasiones- para garantizar un desarrollo sereno de esta visita y de estos días.

Además de saludaros a vosotros, queridos compatriotas —veo aquí ante mí las etapas de mi camino, desde Markt y Tittmoning hasta Aschau, Traunstein, Ratisbona y Munich—, quiero saludar con gran afecto a los habitantes de Baviera y de toda Alemania: no sólo pienso en los fieles católicos, a quienes se dirige en primer lugar mi visita, sino también a los miembros de otras Iglesias y comunidades eclesiales, en particular a los cristianos evangélicos y ortodoxos. Usted, querido señor presidente de la República, con sus palabras, ha interpretado los pensamientos de mi corazón: aunque quinientos años no se pueden eliminar simplemente con intervenciones burocráticas o con discursos inteligentes, nos comprometemos con el corazón y con la razón a converger los unos hacia los otros.

Saludo, por último, a los seguidores de otras religiones y a todas las personas de buena voluntad que se interesan por la paz y la tranquilidad del país y del mundo. Que el Señor bendiga los esfuerzos de todos por la edificación de un futuro de auténtico bienestar y basado en la justicia que crea la paz. Encomiendo estos deseos a la Virgen María, venerada en nuestra tierra con el título de *Patrona Bavariae*. Lo hago con las palabras clásicas de Jakob Balde, escritas a los pies de la *Mariensäule*: “*Rem regem regimen regionem religionem conserva Bavaris, Virgo Patrona, tuis!*”, “Conserva a tus bávaros, Virgen patrona, los bienes, la autoridad política, la tierra y la religión”.

A todos los presentes un cordial “¡Que Dios os bendiga!”.



**SALUDO DEL SANTO PADRE ANTE LA MARIENSÄULE - COLUMNA DE MARÍA***Marienplatz, Munich**Sábado 9 de septiembre de 2006*

*Señora cancillera y señor ministro presidente;  
queridos señores cardenales;  
queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;  
ilustres señores; amables señoras;  
queridos hermanos y hermanas:*

Para mí es motivo de particular emoción encontrarme de nuevo en esta bellísima plaza a los pies de la *Mariensäule*, lugar que, como se ha dicho, en otras dos ocasiones ya ha sido testigo de cambios decisivos en mi vida. Aquí, como se ha mencionado, hace treinta años los fieles me acogieron con gran cordialidad y yo puse en manos de la Virgen el camino que debía recorrer, pues el paso de la cátedra universitaria al servicio de arzobispo de Munich y Freising era un salto enorme, y sólo con esa protección y con el amor perceptible de los habitantes de Munich y de Baviera podía atreverme a asumir ese ministerio sucediendo al cardenal Döpfner.

Después, en 1982, de nuevo me despedí aquí; estuvo presente en esa ocasión el arzobispo de la Congregación para la doctrina de la fe, Hamer, que después sería cardenal, y dijo: “Los habitantes de Munich son como los napolitanos, quieren tocar al arzobispo y lo aman”. Le sorprendió ver aquí, en Munich, tanta cordialidad; pudo conocer el corazón bávaro en este lugar, en el que yo, una vez más, me encomendé a la Virgen.

Le agradezco, ilustre y querido señor ministro presidente, las cordiales palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre del Gobierno y del pueblo bávaro. También doy gracias de todo corazón al señor cardenal Friedrich Wetter, mi querido sucesor como pastor de la archidiócesis de Munich y Freising, por las afectuosas palabras con las que me ha saludado. Saludo a la señora cancillera, doctora Angela Merkel, y a todas las personalidades políticas, civiles y militares que han querido participar en este encuentro de bienvenida y oración.

Deseo dirigir un saludo particular a los sacerdotes, en especial a aquéllos con los que, como sacerdote y como obispo, pude colaborar en mi diócesis de origen, Munich y Freising. Y quiero saludaros con gran cordialidad y gratitud a todos vosotros, queridos compatriotas reunidos en esta plaza. Os agradezco vuestra cordial acogida bávara y, como ya hice en el aeropuerto, doy las gracias a todos los que han colaborado en la preparación de la visita y que ahora se esmeran para que todo se desarrolle tan bien.

Permitidme evocar en esta ocasión un pensamiento que, en mis breves memorias, desarrollé en el contexto de mi nombramiento como arzobispo de Munich y Freising. Tenía que llegar a ser sucesor de san Corbiniano y así fue. Desde mi infancia me ha fascinado su leyenda, según la cual un oso habría despedazado al caballo del santo

durante su viaje por los Alpes. Corbiniano lo reprendió duramente y, como castigo, lo cargó con todo su equipaje para que lo llevase hasta Roma. Así, el oso, cargado con el fardo del santo, tuvo que caminar hasta Roma y sólo allí Corbiniano lo dejó en libertad.

Cuando, en 1977, me encontré ante la difícil opción de aceptar o rechazar el nombramiento de arzobispo de Munich y Freising, que me sacaría de mi acostumbrada actividad universitaria llevándome hacia nuevas tareas y nuevas responsabilidades, reflexioné mucho. Entonces me acordé de este oso y de la interpretación de los versículos 22 y 23 del salmo 73 que desarrolló san Agustín, en una situación muy parecida a la mía, en el contexto de su ordenación sacerdotal y episcopal, y que después expresaría en sus sermones sobre los Salmos.

En este salmo, el salmista se pregunta por qué con frecuencia les va bien a los impíos de este mundo y por qué, en cambio, les va tan mal a muchas personas buenas. Entonces, el salmista dice: era un tonto cuando pensaba así; estaba ante ti como un asno, pero después entré en el santuario y comprendí que precisamente en mis dificultades estaba muy cerca de ti y que tú estabas siempre conmigo.

San Agustín, con amor, retomó con frecuencia este Salmo y, viendo en la expresión “estaba ante ti como un asno” (*iumentum* en latín) una referencia al animal de tiro que entonces se utilizaba en el norte de África para arar la tierra, se reconoció a sí mismo en este “*iumentum*” como animal de tiro de Dios, se vio como alguien que está bajo el peso de su cargo, la “*sarcina episcopalis*”. Había escogido la vida del hombre dedicado al estudio y, como dice después, Dios lo había llamado a ser un “animal de tiro”, un buen buey que tira del arado en el campo de Dios, que realiza el trabajo duro que se le encomienda. Pero luego reconoce: del mismo modo que el animal de tiro está muy cerca del campesino, al trabajar bajo su guía, así también yo estoy muy cerca de Dios, pues de este modo le sirvo directamente para la edificación de su reino, para la construcción de la Iglesia.

Con el telón de fondo de este pensamiento del obispo de Hipona, el oso de san Corbiniano me sigue estimulando siempre a realizar mi servicio con alegría y confianza —hace treinta años y también ahora en mi nuevo encargo—, pronunciando día tras día mi “sí” a Dios: Me he convertido para ti como en un animal de tiro, pero así “yo estoy siempre contigo” (*Sal 73, 23*). El oso de san Corbiniano, en Roma, quedó en libertad. En mi caso, el “Amo” ha dispuesto de otro modo. Por tanto, me encuentro de nuevo al pie de la *Mariensäule* para implorar la intercesión y la bendición de la Madre de Dios, no sólo para la ciudad de Munich y para la amada Baviera, sino para la Iglesia universal y para todos los hombres de buena voluntad.

## ORACIÓN DEL PAPA AL RENOVAR EL ACTO DE CONSAGRACIÓN DE BAVIERA A LA VIRGEN MARÍA

*Marienplatz, Munich  
Sábado 9 de septiembre de 2006*

Santa Madre del Señor,  
nuestros antepasados,  
en un tiempo de tribulación,  
erigieron tu imagen aquí,  
en el centro de la ciudad de Munich,  
para encomendarte la ciudad y el país.  
Querían encontrarse continuamente contigo  
en su vida diaria,  
y aprender de ti  
cómo vivir correctamente su existencia humana;  
aprender de ti cómo encontrar a Dios  
y así hallar el acuerdo entre ellos.

Te regalaron la corona y el cetro,  
que entonces eran los símbolos  
del dominio sobre el país,  
porque sabían que así el poder y el dominio  
estarían en las mejores manos,  
en las manos de la Madre.

Tu Hijo,  
poco antes de llegar la hora de la despedida  
dijo a sus discípulos:  
“El que quiera llegar a ser grande entre vosotros  
será vuestro servidor,  
y el que quiera ser el primero entre vosotros  
será esclavo de todos” (Mc 10, 43).

Tú, en la hora decisiva de tu vida,  
dijiste: “He aquí la esclava del Señor” (Lc 1, 38)  
y viviste toda tu existencia como servicio.  
Y lo sigues haciendo  
a lo largo de los siglos de la historia.

Como en cierta ocasión, en Caná,  
intercediste silenciosamente y con discreción  
en favor de los esposos,  
así lo haces siempre:  
cargas con todas las preocupaciones de los hombres  
y las llevas ante el Señor,  
ante tu Hijo.

Tu poder es la bondad.  
Tu poder es el servicio.  
Enséñanos a nosotros,  
grandes y pequeños,  
dominadores y servidores,  
a vivir así nuestra responsabilidad.

Ayúdanos a encontrar la fuerza  
para la reconciliación y el perdón.  
Ayúdanos a ser pacientes y humildes,  
pero también libres y valientes,  
como lo fuiste tú en la hora de la cruz.

Tú llevas en tus brazos a Jesús,  
el Niño que bendice,  
el Niño que es el Señor del mundo.  
De este modo,  
llevando a Aquel que bendice,  
te has convertido tú misma en una bendición.

Bendícenos;  
bendice a esta ciudad y a este país.  
Muéstranos a Jesús,  
el fruto bendito de tu vientre.

*Ruega por nosotros, pecadores,  
ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.*

## HOMILÍA DEL SANTO PADRE

*Explanada de la Nueva Feria de Munich  
Domingo 10 de septiembre de 2006*

*Queridos hermanos y hermanas*

Ante todo quisiera saludaros una vez más a todos con afecto: como ya he dicho, me alegra poder encontrarme de nuevo entre vosotros y celebrar juntamente con vosotros la santa misa. Me alegra poder visitar una vez más los lugares que me son familiares y que han ejercido un influjo decisivo en mi vida, formando mi pensamiento y mis sentimientos, los lugares en los que aprendí a creer y a vivir. Es una ocasión para expresar mi gratitud a todas las personas —vivas y muertas— que me han guiado y acompañado. Doy gracias a Dios por esta hermosa patria y por las personas que me la han hecho patria.

Acabamos de escuchar las tres lecturas bíblicas que la liturgia de la Iglesia ha elegido para este domingo. Todas ellas desarrollan un tema doble, que en el fondo es un único tema, acentuando un aspecto u otro según las circunstancias. Las tres lecturas hablan de Dios como centro de la realidad y centro de nuestra vida personal. “Mirad a vuestro Dios”, dice el profeta Isaías en la primera lectura (*Is 35, 4*). La *carta de Santiago* y el pasaje del Evangelio dicen a su modo lo mismo. Quieren guiarnos hacia Dios, llevándonos por el camino recto de la vida.

Sin embargo, al tema de Dios va unido el tema social: nuestra responsabilidad recíproca, nuestra responsabilidad para que reine la justicia y el amor en el mundo. Esto se expresa de modo dramático en la segunda lectura, en la que nos habla Santiago, un pariente cercano de Jesús. Se dirige a una comunidad en la que algunos comienzan a ser soberbios, porque en ella se encuentran también personas acomodadas y distinguidas, mientras existe el peligro de que disminuya la preocupación por el derecho de los pobres.

Santiago, en sus palabras, deja intuir la imagen de Jesús, del Dios que se hizo hombre y, a pesar de ser descendiente de David, es decir, de linaje real, se hizo un hombre como los demás; no se sentó en un trono, sino que al final murió en la pobreza extrema de la cruz. El amor al prójimo, que es en primer lugar preocupación por la justicia, es el metro para medir la fe y el amor a Dios. Santiago lo llama “ley regia” (*St 2, 8*), dejando vislumbrar la palabra preferida de Jesús: la realeza de Dios, la soberanía de Dios.

Esto no indica un reino cualquiera, que llegará más tarde o más temprano; significa que Dios debe llegar a ser ahora la fuerza decisiva para nuestra vida y nuestro obrar. Esto es lo que pedimos cuando oramos: “Venga a nosotros tu reino”. No pedimos algo lejano, que en el fondo nosotros mismos ni siquiera deseamos experimentar. Por el contrario, pedimos que la voluntad de Dios determine ahora nuestra voluntad y así Dios reine en el mundo; pedimos, por consiguiente, que la justicia y el amor se transformen en las fuerzas decisivas en el orden del mundo.

Esa oración, como es natural, se dirige en primer lugar a Dios, pero también toca nuestro corazón. En el fondo, ¿lo deseamos de verdad? ¿Estamos orientando nuestra vida en esa dirección? A la “ley regia”, la ley de la realeza de Dios, Santiago la llama también “ley de la libertad”: si todos pensamos y vivimos según Dios, entonces somos todos iguales, somos libres, y así nace la verdadera fraternidad. Isaías, en la primera lectura, al hablar de Dios —“Mirad a vuestro Dios”— habla al mismo tiempo de la salvación para los que sufren, y Santiago, hablando del orden social como expresión irrenunciable de nuestra fe, lógicamente también habla de Dios, del que somos hijos.

Pero ahora vamos a centrar nuestra atención en el evangelio, que narra la curación de un sordomudo por obra de Jesús. También aquí encontramos de nuevo dos aspectos del único tema. Jesús se dedica a los que sufren, a los marginados de la sociedad. Los cura y, abriéndoles así la posibilidad de vivir y decidir juntamente con los demás, los introduce en la igualdad y en la fraternidad.

Esto, como es obvio, nos atañe también a todos nosotros: Jesús nos señala a todos la dirección de nuestro obrar, nos dice cómo debemos actuar. Sin embargo, todo el episodio presenta también otra dimensión, que los Padres de la Iglesia pusieron de relieve con insistencia y que también nos concierne de modo especial a nosotros hoy. Los Padres hablan de los hombres y para los hombres de su tiempo. Pero lo que dicen nos atañe de modo nuevo también a los hombres modernos.

No sólo existe la sordera física, que en gran medida aparta al hombre de la vida social. Existe un defecto de oído con respecto a Dios, y lo sufrimos especialmente en nuestro tiempo. Nosotros, simplemente, ya no logramos escucharlo; son demasiadas las frecuencias diversas que ocupan nuestros oídos. Lo que se dice de él nos parece pre-científico, ya no parece adecuado a nuestro tiempo. Con el defecto de oído, o incluso la sordera, con respecto a Dios, naturalmente perdemos también nuestra capacidad de hablar con él o a él. Sin embargo, de este modo nos falta una percepción decisiva. Nuestros sentidos interiores corren el peligro de atrofiarse. Al faltar esa percepción, queda limitado, de un modo drástico y peligroso, el radio de nuestra relación con la realidad en general. El horizonte de nuestra vida se reduce de modo preocupante.

El evangelio nos narra que Jesús metió sus dedos en los oídos del sordomudo, puso un poco de su saliva en la lengua del enfermo y dijo: “*Effetá*”, “*Ábrete*”. El evangelista nos conservó la palabra aramea original que pronunció Jesús en esa ocasión, remontándonos así directamente a ese momento. Lo que allí se nos relata es algo excepcional y, sin embargo, no pertenece a un pasado lejano: eso mismo lo realiza Jesús a menudo, de modo nuevo, también hoy.

En nuestro bautismo él realizó sobre nosotros ese gesto de tocar y dijo: “*Effetá*”, “*Ábrete*”, para hacernos capaces de escuchar a Dios y para devolvernos la posibilidad de hablarle a él. Pero este acontecimiento, el sacramento del bautismo, no tiene nada de mágico. El bautismo abre un camino. Nos introduce en la comunidad de los que son capaces de escuchar y de hablar; nos introduce en la comunión con Jesús mismo,

el único que ha visto a Dios y que, por consiguiente, ha podido hablar de él (cf. *Jn* 1, 18): mediante la fe, Jesús quiere compartir con nosotros su ver a Dios, su escuchar al Padre y hablar con él. El camino de los bautizados debe ser un proceso de desarrollo progresivo, en el que crecemos en la vida de comunión con Dios, adquiriendo así también una mirada diversa sobre el hombre y sobre la creación.

El evangelio nos invita a caer en la cuenta de que tenemos un defecto en nuestra capacidad de percepción, una carencia que, al principio, no reconocemos como tal, porque precisamente todo lo demás se nos impone con su urgencia y racionalidad; porque, aunque ya no tengamos oídos para escuchar a Dios ni ojos para verlo, aunque vivamos sin él, aparentemente todo se desarrolla de un modo normal. Pero, ¿es verdad que todo se desarrolla de un modo normal cuando Dios falta en nuestra vida y en nuestro mundo?

Antes de plantear más preguntas, quisiera referir algunas de mis experiencias en los encuentros con los obispos de todo el mundo. La Iglesia católica en Alemania es excelente en sus actividades sociales, en su disponibilidad a ayudar en todos los lugares donde existan necesidades. Durante sus visitas *ad limina*, los obispos, recientemente los de África, me hablan siempre con gratitud de la generosidad de los católicos alemanes y me piden que me haga intérprete de esta gratitud; y es lo que quisiera hacer ahora públicamente.

También los obispos de los países bálticos, que vinieron antes de las vacaciones, me explicaron que los católicos alemanes les han ayudado con gran generosidad para la reconstrucción de sus iglesias, muy deterioradas a causa de las décadas de dominio comunista. De vez en cuando, sin embargo, algún obispo africano me decía: “Si presento a Alemania proyectos sociales, encuentro inmediatamente las puertas abiertas. Pero si voy con un proyecto de evangelización, más bien encuentro reservas”.

Como es obvio, algunos piensan que los proyectos sociales se han de promover con la máxima urgencia, mientras que las cosas que conciernen a Dios, o incluso la fe católica, son más bien particulares y menos prioritarias. Sin embargo, la experiencia de esos obispos es precisamente que la evangelización debe tener la precedencia; que es necesario hacer que se conozca, se ame y se crea en el Dios de Jesucristo; que hay que convertir los corazones, para que exista también progreso en el campo social, para que se inicie la reconciliación, para que se pueda combatir, por ejemplo, el sida afrontando de verdad sus causas profundas y curando a los enfermos con la debida atención y con amor.

La cuestión social y el Evangelio son realmente inseparables. Si damos a los hombres sólo conocimientos, habilidades, capacidades técnicas e instrumentos, les damos demasiado poco. En ese caso, sobrevienen pronto los mecanismos de la violencia, y prevalece la capacidad de destruir y matar, el afán de conseguir el poder, un poder que debería llevar más tarde o más temprano al establecimiento del derecho, pero que en realidad nunca será capaz de lograrlo.

De este modo se aleja cada vez más la posibilidad de la reconciliación, del

compromiso común en favor de la justicia y del amor. Entonces se pierden los criterios según los cuales la técnica se pone al servicio del derecho y del amor. Pero precisamente todo depende de estos criterios, que no son sólo teorías, sino que iluminan el corazón, haciendo así que la razón y la acción avancen por el camino recto.

Las poblaciones de África y de Asia ciertamente admiran las realizaciones técnicas de Occidente y nuestra ciencia, pero se asustan ante un tipo de razón que excluye totalmente a Dios de la visión del hombre, considerando que esta es la forma más sublime de la razón, la que conviene enseñar también a sus culturas. La verdadera amenaza para su identidad no la ven en la fe cristiana, sino en el desprecio de Dios y en el cinismo que considera la mofa de lo sagrado un derecho de la libertad y eleva la utilidad a criterio supremo para los futuros éxitos de la investigación.

Queridos amigos, este cinismo no es el tipo de tolerancia y apertura cultural que los pueblos esperan y que todos deseamos. La tolerancia que necesitamos con urgencia incluye el temor de Dios, el respeto de lo que es sagrado para el otro. Pero este respeto de lo que los demás consideran sagrado exige que nosotros mismos aprendamos de nuevo el temor de Dios. Este sentido de respeto sólo puede renovarse en el mundo occidental si crece de nuevo la fe en Dios, si Dios está de nuevo presente para nosotros y en nosotros.

Nuestra fe no la imponemos a nadie. Este tipo de proselitismo es contrario al cristianismo. La fe sólo puede desarrollarse en la libertad. Pero a la libertad de los hombres pedimos que se abra a Dios, que lo busque, que lo escuche. Nosotros, aquí reunidos, pedimos al Señor con todo nuestro corazón que pronuncie de nuevo su “*Effetá*”, que cure nuestro defecto de oído con respecto a Dios, a su acción y a su palabra, y que nos haga capaces de ver y de escuchar. Le pedimos que nos ayude a volver a encontrar la palabra de la oración, a la que nos invita en la liturgia y cuya fórmula esencial nos enseñó en el padrenuestro.

El mundo necesita a Dios. Nosotros necesitamos a Dios. ¿Qué Dios necesitamos? En la primera lectura, el profeta se dirige a un pueblo oprimido, diciendo: “Llegará la venganza de Dios” (*Is 35, 4*). Nosotros podemos fácilmente intuir cómo se imaginaba la gente esa venganza. Pero el profeta mismo revela luego en qué consiste: en la bondad de Dios, que vendrá a sanarlos. Y la explicación definitiva de las palabras del profeta la encontramos en Aquél que murió por nosotros en la cruz: en Jesús, el Hijo de Dios encarnado, que aquí nos contempla con tanta insistencia. Su “venganza” es la cruz: el “no” a la violencia, el “amor hasta el extremo”.

Este es el Dios que necesitamos. No faltamos al respeto a las demás religiones y culturas, no faltamos al respeto a su fe, si confesamos en voz alta y sin medios términos a aquel Dios que opuso su sufrimiento a la violencia, que ante el mal y su poder eleva su misericordia como límite y superación. A él dirigimos nuestra súplica, para que esté en medio de nosotros y nos ayude a ser sus testigos creíbles. Amén.



## ÁNGELUS

*Explanada de la Nueva Feria de Munich  
Domingo 10 de septiembre de 2006*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Antes de concluir con la bendición solemne esta celebración eucarística, recojámonos para rezar el Ángelus. Reflexionando en las lecturas de la misa, nos hemos dado cuenta de cuán necesario es, tanto para la vida de cada persona como para la convivencia serena y pacífica de todos, ver a Dios como centro de la realidad y como centro de nuestra vida personal. El ejemplo por excelencia de esa actitud es María, la Madre del Señor. Ella, durante toda su vida terrena, fue la Mujer de la escucha, la Virgen con el corazón abierto a Dios y a los hombres. Los fieles lo comprendieron desde los primeros siglos del cristianismo; por eso, en todas sus necesidades y tribulaciones se dirigieron a ella con confianza, invocando su ayuda y su intercesión ante Dios.

Lo testimonian aquí, en nuestra tierra bávara, centenares de iglesias y santuarios dedicados a ella. Son lugares en los que confluyen todo el año innumerables peregrinos para encomendarse al amor maternal y solícito de María. Aquí, en Munich, en el centro de la ciudad, se eleva la *Mariensäule*, ante la cual Baviera fue puesta solemnemente bajo la protección de la Madre de Dios hace precisamente 390 años, y donde también yo imploré ayer nuevamente la bendición de la *Patrona Bavariae* para la ciudad y el país.

Y ¡cómo no pensar de modo especial en el santuario de Altötting, adonde iré mañana en peregrinación! Allí tendré la alegría de inaugurar la nueva capilla de la Adoración, que precisamente en ese lugar es un signo elocuente del papel de María: ella es y sigue siendo la esclava del Señor, que nunca se pone en el centro, sino que quiere guiarnos hacia Dios, quiere enseñarnos un estilo de vida en el que se reconoce a Dios como centro de la realidad y de nuestra vida personal. A ella dirigimos ahora la plegaria del Ángelus.

## CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS

### HOMILÍA DEL SANTO PADRE

*Catedral de Munich  
Domingo 10 de septiembre de 2006*

*Queridos niños de primera Comunión;  
queridos padres y educadores;  
queridos hermanos y hermanas:*

La lectura que acabamos de escuchar es un pasaje del último libro de los escritos del Nuevo Testamento, el llamado *Apocalipsis*. Al vidente se le concede una mirada hacia lo alto, al cielo, y hacia adelante, al futuro. Pero, precisamente, así habla también de la tierra y del presente, de nuestra vida. En efecto, durante nuestra vida todos estamos en camino, avanzando hacia el futuro. Y queremos encontrar el camino recto: descubrir la vida verdadera, no acabar en un callejón sin salida o en el desierto. No queremos vernos obligados a decir al final: tomé un camino equivocado, mi vida ha sido un fracaso, me salió mal. Queremos gozar de la vida. Como dijo Jesús en cierta ocasión, queremos “tener vida en abundancia”.

Pero escuchemos ahora al vidente del *Apocalipsis*. ¿Qué nos ha dicho en el pasaje que se acaba de leer? Habla de un mundo reconciliado, de un mundo en el que se encuentran reunidos con alegría hombres “de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas” (*Ap* 7, 9). Entonces nos preguntamos: “¿Cómo puede suceder esto? ¿Cuál es el camino que lleva a esto?”.

Pues bien, lo primero, lo más importante, es: esas personas viven con Dios; como dice nuestra lectura, Dios ha extendido “su tienda sobre ellos” (*Ap* 7, 15). Entonces nos preguntamos: “¿Cuál es esta “tienda de Dios”? ¿Dónde se encuentra? ¿Cómo podemos llegar a ella?”. El vidente, tal vez, alude al primer capítulo del *evangelio según san Juan*, donde se lee: “Y el Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros” (*Jn* 1, 14).

Dios no está lejos de nosotros, en algún lugar muy distante del universo, a donde nadie puede llegar. Él ha puesto su tienda entre nosotros: en Jesús se ha hecho uno de nosotros, con carne y sangre como nosotros. Esta es su tienda. Y en la Ascensión no se fue a algún lugar lejos de nosotros. Su tienda, él mismo con su cuerpo, permanece entre nosotros como uno de nosotros. Podemos hablarle de tú y dialogar con él. Él nos escucha y, si estamos atentos, percibiremos también que nos responde.

Repito: en Jesús es Dios quien pone su tienda entre nosotros. Pero también pregunto de nuevo: ¿Dónde acontece eso? A esta pregunta nuestra lectura da dos respuestas. Dice que los hombres reconciliados “han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero” (*Ap* 7, 14). Esto nos suena muy raro a nosotros. En el lenguaje cifrado del vidente eso constituye una alusión al bautismo.

La referencia a “la sangre del Cordero” alude al amor de Jesús que él conservó hasta su muerte cruenta. Este amor divino y a la vez humano es el baño en el que nos sumerge en el bautismo, el baño con el que nos lava, dejándonos así tan limpios que somos aptos para Dios, que podemos vivir en su compañía.

Ahora bien, el acto del bautismo es sólo un inicio. Caminando con Jesús, en la fe y en la vida con él, su amor nos toca para purificarnos y hacernos luminosos. Hemos escuchado que en el baño del amor las vestiduras se han blanqueado. Según la idea del mundo antiguo, el blanco era el color de la luz. Las vestiduras blancas significan que en la fe nos transformamos en luz, abandonamos las tinieblas, la mentira, el engaño, el mal en general, y nos transformamos en personas luminosas, adecuadas para Dios. El vestido bautismal, como el de la primera Comunión que lleváis, nos lo recuerda, diciéndonos: mediante la convivencia con Jesús y con la comunidad de los creyentes, con la Iglesia, tú mismo transfórmate en una persona luminosa, en una persona de verdad y bondad, una persona en la que se refleje el esplendor del bien, de la bondad de Dios mismo.

El vidente nos da, también con lenguaje cifrado, una segunda respuesta a la pregunta “¿Dónde encontramos a Jesús?”. Dice que el Cordero guía a la muchedumbre de personas de toda cultura y nación a las fuentes de agua viva. Sin agua no hay vida. Lo sabían bien esas personas cuya patria confinaba con el desierto. Así el agua de las fuentes se convertía para ellas en el símbolo por excelencia de la vida.

El Cordero, es decir, Jesús guía a los hombres a las fuentes de la vida. De estas fuentes forma parte la sagrada Escritura, en la que Dios nos habla y nos enseña cómo debemos vivir. Pero a estas fuentes pertenece mucho más: en verdad, la auténtica fuente es Jesús mismo, en el que Dios se nos da. Y esto lo hace sobre todo en la sagrada Comunión, en la que, por decirlo así, podemos beber directamente de la fuente de la vida: viene a nosotros y se une a cada uno de nosotros.

Como podemos constatar, mediante la Eucaristía, el sacramento de la Comunión, se forma una comunidad que rebasa todos los confines y abraza todas las lenguas — lo vemos aquí: están presentes obispos de todas las lenguas y de todas las partes del mundo—; mediante la comunión se forma la Iglesia universal, en la que Dios habla y vive con nosotros. De este modo debemos recibir la sagrada Comunión: como encuentro con Jesús, con Dios mismo, que nos guía a las fuentes de la verdadera vida.

Queridos padres, quisiera exhortaros encarecidamente a ayudar a vuestros hijos a creer, a acompañarlos en su camino hacia la primera Comunión, un camino que sigue también después, a acompañarlos en su camino hacia Jesús y con Jesús. Os pido que vayáis con vuestros hijos a la iglesia para participar en la celebración eucarística del domingo. Veréis que no es perder el tiempo; al contrario, es lo que mantiene verdaderamente unida a la familia, dándole su centro. Si participáis juntos en la liturgia dominical, el domingo resulta más hermoso, toda la semana resulta más hermosa.

Y, por favor, rezad juntos también en casa: a la mesa y antes de acostarse. La oración no sólo nos lleva hacia Dios; también nos lleva los unos a los otros. Es una

fuerza de paz y de alegría. Si Dios está presente en ella y se experimenta su cercanía en la oración, la vida en la familia se hace más feliz y adquiere una dimensión mayor.

Queridos profesores de religión y queridos educadores, os pido de corazón que tengáis presente en la escuela la búsqueda de Dios, del Dios que en Jesucristo se nos hizo visible. Sé que en nuestro mundo pluralista es difícil afrontar en la escuela el discurso sobre la fe. Pero no basta que los niños y los jóvenes adquieran en la escuela únicamente conocimientos y habilidades técnicas, sin recibir los criterios que dan orientación y sentido a los conocimientos y a las habilidades. Estimulad a los alumnos a hacer preguntas no sólo sobre esto o aquello —aunque esto sea ciertamente bueno—, sino principalmente sobre “de dónde” viene y “a dónde” va nuestra vida. Ayudadles a darse cuenta de que todas las respuestas que no llegan a Dios son demasiado cortas.

Queridos pastores de almas y todos vosotros que colaboráis en la parroquia, os pido que hagáis todo lo posible para que la parroquia sea una patria interior para la gente, una gran familia, en la que experimenten a la vez esta familia aún más amplia que es la Iglesia universal, aprendiendo mediante la liturgia, mediante la catequesis y mediante todas las manifestaciones de la vida parroquial, a caminar juntos por la senda de la vida verdadera.

Los tres lugares de formación —la familia, la escuela y la parroquia— van juntos y nos ayudan a encontrar el camino hacia las fuentes de la vida y, queridos niños, queridos padres, queridos educadores, todos deseamos de verdad “la vida en abundancia”. Amén.

## HOMILÍA DEL SANTO PADRE

*Plaza del santuario mariano de Altötting  
Lunes 11 de septiembre de 2006*

*Queridos hermanos en el ministerio episcopal y sacerdotal;  
queridos hermanos y hermanas:*

En la primera lectura, en el salmo responsorial y en el pasaje evangélico de hoy, se nos presenta tres veces y en forma siempre diferente a María, la Madre del Señor, como una mujer que ora. En el libro de *los Hechos de los Apóstoles* la encontramos en medio de la comunidad de los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, invocando al Señor, que ascendió al Padre, para que cumpla su promesa: “Seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días” (*Hch* 1, 5). María guía a la Iglesia naciente en la oración; es casi la Iglesia orante en persona. Y así, juntamente con la gran comunidad de los santos y como su centro, está también hoy ante Dios intercediendo por nosotros, pidiendo a su Hijo que envíe su Espíritu una vez más a la Iglesia y al mundo, y que renueve la faz de la tierra.

Hemos respondido a esta lectura cantando con María el gran himno de alabanza que ella entonó cuando Isabel la llamó bienaventurada a causa de su fe. Es una oración de acción de gracias, de alegría en Dios, de bendición por sus grandes hazañas. El tenor de este himno es claro desde sus primeras palabras: “Proclama mi alma la grandeza del Señor”. Proclamar la grandeza del Señor significa darle espacio en el mundo, en nuestra vida, permitirle entrar en nuestro tiempo y en nuestro obrar: esta es la esencia más profunda de la verdadera oración. Donde se proclama la grandeza de Dios, el hombre no queda empujado: allí también el hombre queda engrandecido y el mundo resulta luminoso.

Por último, en el pasaje evangélico, María pide a su Hijo un favor para unos amigos que pasan dificultades. A primera vista, esto puede parecer una conversación enteramente humana entre la Madre y su Hijo; y, en efecto, también es un diálogo lleno de profunda humanidad. Pero María no se dirige a Jesús simplemente como a un hombre, contando con su habilidad y disponibilidad a ayudar. Ella confía una necesidad humana a su poder, a un poder que supera la habilidad y la capacidad humanas.

En este diálogo con Jesús la vemos realmente como Madre que pide, que intercede. Conviene profundizar un poco en este pasaje del evangelio, para entender mejor a Jesús y a María, y también para aprender de María el modo correcto de orar. María propiamente no hace una petición a Jesús; simplemente le dice: “No tienen vino” (*Jn* 2, 3). Las bodas en Tierra Santa se celebraban durante una semana entera; todo el pueblo participaba y, por consiguiente, se consumía mucho vino. Los esposos se encuentran en dificultades y María simplemente se lo dice a Jesús. No le pide nada en particular, y mucho menos, que Jesús utilice su poder, que realice un milagro

produciendo vino. Simplemente informa a Jesús y le deja decidir lo que conviene hacer.

Así pues, en las sencillas palabras de la Madre de Jesús podemos apreciar dos cosas: por una parte, su afectuosa solicitud por los hombres, la atención maternal que la lleva a percibir los problemas de los demás. Vemos su cordial bondad y su disponibilidad a ayudar. Esta es la Madre a la que tantas personas, desde hace muchas generaciones, han venido aquí a Altötting en peregrinación. A ella confiamos nuestras preocupaciones, nuestras necesidades y nuestras dificultades. Aquí aparece, por primera vez en la sagrada Escritura, la bondad y disponibilidad a ayudar de la Madre, en la que confiamos. Pero además de este primer aspecto, que a todos nos resulta muy familiar, hay otro, que podría pasarnos fácilmente desapercibido: María lo deja todo al juicio de Dios. En Nazaret, entregó su voluntad, sumergiéndola en la de Dios: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (*Lc 1, 38*). Esta sigue siendo su actitud fundamental. Así nos enseña a rezar: no querer afirmar ante Dios nuestra voluntad y nuestros deseos, por muy importantes o razonables que nos parezcan, sino presentárselos a él y dejar que él decida lo que quiera hacer. De María aprendemos la bondad y la disposición a ayudar, pero también la humildad y la generosidad para aceptar la voluntad de Dios, confiando en él, convencidos de que su respuesta, sea cual sea, será lo mejor para nosotros.

Podemos comprender muy bien la actitud y las palabras de María, pero nos resulta difícil entender la respuesta de Jesús. Para comenzar, no nos gusta la palabra con que se dirige a ella: “Mujer”. ¿Por qué no le dice “Madre”? En realidad, este título expresa el lugar que ocupa María en la historia de la salvación. Remite al futuro, a la hora de la crucifixión, cuando Jesús le dirá: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, “Hijo, ahí tienes a tu madre” (cf. *Jn 19, 26-27*). Por tanto, indica anticipadamente la hora en que él convertirá a la mujer, a su Madre, en Madre de todos sus discípulos. Por otra parte, ese título evoca el relato de la creación de Eva: Adán, en medio de la creación, con toda su magnificencia, como ser humano se siente solo. Entonces Dios crea a Eva, y en ella Adán encuentra la compañera que buscaba y le da el nombre de “mujer”. Así, en el *evangelio según san Juan*, María representa la mujer nueva, la mujer definitiva, la compañera del Redentor, nuestra Madre: ese título, en apariencia poco afectuoso, expresa realmente la grandeza de su misión perenne.

Nos gusta menos aún lo que Jesús dice luego a María en Caná: “¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora” (*Jn 2, 4*). Quisiéramos objetar: ¡tienes mucho con ella! Fue ella quien te dio la carne y la sangre, tu cuerpo; y no sólo tu cuerpo: con su “sí”, que pronunció desde lo más hondo de su corazón, ella te engendró en su vientre; con amor maternal te dio la vida y te introdujo en la comunidad del pueblo de Israel.

Si así le hablamos a Jesús, ya vamos por buen camino para entender su respuesta. Porque todo esto debe hacernos recordar que en el contexto de la encarnación de Jesús hay dos diálogos que van juntos y se funden, se hacen uno. Está ante todo el diálogo de María con el arcángel Gabriel, en el que ella dice: “Hágase en mí según

tu palabra” (*Lc 1, 38*). Pero existe un texto paralelo a éste, podríamos decir un diálogo dentro de Dios, que se encuentra recogido en la *carta a los Hebreos*, cuando dice que las palabras del salmo 40 son como un diálogo entre el Padre y el Hijo, un diálogo con el que se inicia la Encarnación. El Hijo eterno dice al Padre: “Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. (...) He aquí que vengo (...) para hacer, oh Dios, tu voluntad” (*Hb 10, 5-7*; cf. *Sal 40, 6-8*).

El “sí” del Hijo —“He aquí que vengo para hacer tu voluntad”— y el “sí” de María —“Hágase en mí según tu palabra”— se convierten en un único “sí”. De esta manera el Verbo se hace carne en María. En este doble “sí” la obediencia del Hijo se hace cuerpo, María con su “sí” le da el cuerpo. “¿Qué tengo yo contigo, mujer?”. La relación más profunda que tienen Jesús y María es este doble “sí”, gracias a cuya coincidencia se realizó la encarnación. Con su respuesta, nuestro Señor alude a este punto de su profundísima unidad. A él remite a su Madre. Ahí, en este común “sí” a la voluntad del Padre, se encuentra la solución. También nosotros debemos aprender a encaminarnos hacia este punto; ahí encontraremos la respuesta a nuestras preguntas.

Partiendo de ahí comprendemos ahora también la segunda frase de la respuesta de Jesús: “Todavía no ha llegado mi hora”. Jesús nunca actúa solamente por sí mismo; nunca actúa para agradar a los otros. Actúa siempre partiendo del Padre, y esto es precisamente lo que lo une a María, porque ahí, en esa unidad de voluntad con el Padre, ha querido poner también ella su petición. Por eso, después de la respuesta de Jesús, que parece rechazar la petición, ella sorprendentemente puede decir a los servidores con sencillez: “Haced lo que él os diga” (*Jn 2, 5*).

Jesús no hace un prodigio, no juega con su poder en un asunto que, en el fondo, es totalmente privado. No; él realiza un signo, con el que anuncia su hora, la hora de las bodas, la hora de la unión entre Dios y el hombre. Él no se limita a “producir” vino, sino que transforma las bodas humanas en una imagen de las bodas divinas, a las que el Padre invita mediante el Hijo y en las que da la plenitud del bien, representada por la abundancia del vino. Las bodas se convierten en imagen del momento en que Jesús lleva su amor hasta el extremo, permite que le desgarran el cuerpo, y así se entrega a nosotros para siempre, se hace uno con nosotros: bodas entre Dios y el hombre.

La hora de la cruz, la hora de la que brota el Sacramento, en el que él se nos da realmente en carne y sangre, pone su cuerpo en nuestras manos y en nuestro corazón; esta es la hora de las bodas. Así, de un modo verdaderamente divino, se resuelve la necesidad del momento y se rebasa ampliamente la petición inicial. La hora de Jesús no ha llegado aún, pero en el signo de la conversión del agua en vino, en el signo del don festivo, anticipa su hora ya en este momento.

Su “hora” es la cruz; su hora definitiva será su vuelta al final de los tiempos. Él anticipa continuamente esta hora definitiva precisamente en la Eucaristía, en la cual ya ahora viene siempre. Y lo sigue haciendo siempre por intercesión de su Madre, por intercesión de la Iglesia, que lo invoca en las plegarias eucarísticas: “¡Ven, Señor Jesús!”. En el canon, la Iglesia implora siempre nuevamente esta anticipación de la “hora”, pide que venga ya ahora y se entregue a nosotros.



Así queremos dejarnos guiar por María, por la Madre de las gracias de Altötting, por la Madre de todos los fieles, hacia la “hora” de Jesús. Pidámosle a él el don de reconocerlo y comprenderlo cada vez más. Y no nos limitemos a recibirlo sólo en el momento de la Comunión. Él permanece presente en la Hostia santa y nos espera continuamente. En Altötting la adoración del Señor en la Eucaristía ha encontrado un lugar nuevo en la antigua capilla del tesoro. María y Jesús siempre van juntos. Mediante ella queremos permanecer en diálogo con el Señor, aprendiendo así a recibirlo mejor.

¡Santa Madre de Dios, ruega por nosotros, como rogaste en Caná por los esposos! Guíanos siempre hacia Jesús. Amén.

## VÍSPERAS MARIANAS CON RELIGIOSOS Y SEMINARISTAS

### *HOMILÍA DEL SANTO PADRE*

*Basílica de Santa Ana de Altötting  
Lunes 11 de septiembre de 2006*

*Queridos amigos:*

En Altötting, en este lugar de gracia, nos hemos reunido —seminaristas que se preparan para el sacerdocio, sacerdotes, religiosas y religiosos, y miembros de la Obra pontificia para las vocaciones de especial consagración— en la basílica de Santa Ana, ante el santuario de su hija, la Madre del Señor. Nos hemos reunido aquí para considerar nuestra vocación al servicio de Jesucristo y comprenderla mejor bajo la mirada de santa Ana, en cuyo hogar maduró la vocación más grande de la historia de la salvación. María recibió su vocación a través del anuncio del ángel. El ángel no entra de modo visible en nuestra habitación, pero el Señor tiene un plan para cada uno de nosotros, nos llama por nuestro nombre. Por tanto, a nosotros nos toca escuchar, percibir su llamada, ser valientes y fieles para seguirlo, de modo que, al final, nos considere siervos fieles que han aprovechado bien los dones que se nos han concedido.

Sabemos que el Señor busca obreros para su mies. Él mismo lo ha dicho: “La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (*Mt 9, 37-38*). Por eso nos hemos reunido aquí: para dirigir esta petición al Dueño de la mies. Sí, la mies de Dios es grande y espera obreros: en el llamado

*tercer mundo* —América Latina, África y Asia— la gente espera heraldos que les lleven el Evangelio de la paz, la buena nueva de Dios que se hizo hombre.

Pero también en el llamado Occidente, aquí en Alemania, al igual que en las vastas regiones de Rusia, es verdad que la mies podría ser mucha. Sin embargo, hacen falta personas dispuestas a trabajar en la mies de Dios.

Hoy sucede lo mismo que aconteció cuando el Señor se compadeció de las multitudes que parecían ovejas sin pastor, personas que probablemente sabían muchas cosas, pero no sabían cómo orientar bien su vida. ¡Señor, mira la tribulación de nuestro tiempo, que necesita mensajeros del Evangelio, testigos tuyos, personas que señalen el camino que lleva a la “vida en abundancia”! ¡Mira al mundo y compadécete también ahora! ¡Mira al mundo y envía obreros! Con esta petición llamamos a la puerta de Dios; pero con esta misma petición el Señor llama a la puerta de nuestro corazón.

¿Señor, me quieres? ¿No es tal vez demasiado grande para mí? ¿No soy yo demasiado pequeño para esto? “No temas”, le dijo el ángel a María. “No temas: (...) te he llamado por tu nombre”, nos dice Dios mediante el profeta Isaías (*Is* 43, 1) a nosotros, a cada uno de nosotros.

¿A dónde vamos, si respondemos “sí” a la llamada del Señor? La descripción más concisa de la misión sacerdotal, que vale análogamente también para las religiosas y los religiosos, nos la ha dado el evangelista san Marcos, que, en el relato de la llamada de los Doce, dice: “Instituyó Doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (*Mc* 3, 14). Estar con él y, como enviados, salir al encuentro de la gente: estas dos cosas van juntas y, a la vez, constituyen la esencia de la vocación espiritual, del sacerdocio. Estar con él y ser enviados son dos cosas inseparables. Sólo quienes están “con él” aprenden a conocerlo y pueden anunciarlo de verdad. Y quienes están con él no pueden retener para sí lo que han encontrado, sino que deben comunicarlo. Es lo que sucedió a Andrés, que le dijo a su hermano Simón: “Hemos encontrado al Mesías” (*Jn* 1, 41). “Y lo llevó a Jesús”, añade el evangelista (*Jn* 1, 42).

El Papa san Gregorio Magno, en una de sus homilías, dijo una vez que los ángeles de Dios, independientemente de la distancia que recorran en sus misiones, siempre se mueven en Dios. Siempre permanecen con él. Y al hablar de los ángeles, san Gregorio pensaba también en los obispos y los sacerdotes: a dondequiera que vayan, siempre deberían “estar con él”. La experiencia confirma que cuando los sacerdotes, debido a sus múltiples deberes, dedican cada vez menos tiempo para estar con el Señor, a pesar de su actividad tal vez heroica, acaban por perder la fuerza interior que los sostiene. Su actividad se convierte en un activismo vacío.

¿Cómo se puede realizar el “estar con él”? Lo primero y lo más importante para el sacerdote es la misa diaria, celebrada siempre con una profunda participación interior. Si la celebramos como verdaderos hombres de oración, si unimos nuestras palabras y nuestras acciones a la Palabra que nos precede y al rito de la celebración eucarística, si en la Comunión de verdad nos dejamos abrazar por él y lo acogemos, entonces estamos con él.

La liturgia de las Horas es otra manera fundamental de estar con él. En ella oramos como personas que necesitan hablar con Dios, pero implicando también a todos los demás que no tienen ni el tiempo ni la posibilidad de hacer esa oración. Para que nuestra celebración eucarística y la liturgia de las Horas estén llenas de significado, debemos dedicarnos siempre de nuevo a la lectura espiritual de la sagrada Escritura; no sólo descifrar y explicar palabras del pasado, sino también buscar la palabra de consuelo que el Señor me está diciendo a mí aquí y ahora. El Señor me interpela hoy por medio de esta palabra. Sólo de esta forma seremos capaces de llevar la Palabra sagrada a los hombres de nuestro tiempo como palabra de Dios actual y viva.

La adoración eucarística es un modo esencial de estar con el Señor. Gracias a mons. Schraml, Altötting ha obtenido una nueva “cámara del tesoro”. Donde antes se guardaban tesoros del pasado, objetos preciosos de la historia y de la piedad, se encuentra ahora el lugar para el verdadero tesoro de la Iglesia: la presencia permanente del Señor en el santísimo Sacramento.

En una de sus parábolas el Señor habla del tesoro escondido en el campo. Quien lo encuentra —nos dice— vende todo lo que tiene para poder comprar ese campo, porque el tesoro escondido es más valioso que cualquier otra cosa. El tesoro escondido, el bien superior a cualquier otro bien, es el reino de Dios, es Jesús mismo, el Reino en persona. En la sagrada Hostia está presente él, el verdadero tesoro, siempre accesible para nosotros. Sólo adorando su presencia aprendemos a recibirlo adecuadamente, aprendemos a comulgar, aprendemos desde dentro la celebración de la Eucaristía.

En este contexto, quiero citar unas hermosas palabras de Edith Stein, la santa copatrona de Europa. En una de sus cartas escribe: “El Señor está presente en el sagrario con su divinidad y su humanidad. No está allí por él mismo, sino por nosotros, porque su alegría es estar con los hombres. Y porque sabe que nosotros, tal como somos, necesitamos su cercanía personal. En consecuencia, cualquier persona que tenga pensamientos y sentimientos normales, se sentirá atraída y pasará tiempo con él siempre que le sea posible y todo el tiempo que le sea posible” (*Gesammelte Werke VII*, 136 f).

Busquemos estar con el Señor. Allí podemos hablar de todo con él. Podemos presentarle nuestras peticiones, nuestras preocupaciones, nuestros problemas, nuestras alegrías, nuestra gratitud, nuestras decepciones, nuestras necesidades y nuestras esperanzas. Allí podemos repetirle constantemente: “Señor, envía obreros a tu mies. Ayúdame a ser un buen obrero en tu viña”.

Aquí, en esta basílica, nuestro pensamiento se dirige a María, que vivió su vida completamente “con Jesús” y por consiguiente estuvo y sigue estando totalmente a disposición de los hombres: los exvotos que hay aquí lo demuestran en concreto. Pensamos también en su madre, santa Ana, y con ella en la importancia de las madres y los padres, las abuelas y los abuelos; pensamos en la importancia de la familia como ambiente de vida y oración, en donde se aprende a rezar y donde pueden madurar las vocaciones.

Aquí, en Altötting, pensamos naturalmente, de modo especial, en el hermano Konrad, que renunció a una gran herencia porque quería seguir a Jesucristo sin reservas y estar totalmente con él. Como el Señor recomienda en una de sus parábolas, él escogió el último lugar, el de un humilde fraile portero. En su portería realizó precisamente lo que san Marcos nos dice de los Apóstoles: “estar con él” y “ser enviado” a los hombres. Desde su celda siempre podía mirar hacia el sagrario, “estar con Cristo” siempre. Así, mirando al sagrario, aprendió la bondad ilimitada con la que trataba a la gente, que casi sin cesar llamaba a su puerta, a veces incluso de forma maliciosa, para molestarlo, y a veces de forma impaciente o ruidosa. A todos ellos, por su gran bondad y humanidad, sin grandes palabras, les dio siempre un mensaje más valioso que las mismas palabras. Pidamos al santo hermano Konrad que nos ayude a mantener nuestra mirada fija en el Señor, para llevar el amor de Dios a los hombres. Amén.

## SANTA MISA EN LA EXPLANADA DE ISLING HOMILÍA DEL SANTO PADRE

*Ratisbona, martes 12 de septiembre de 2006*

*Queridos hermanos en el ministerio episcopal y sacerdotal; queridos hermanos y hermanas:*

“El que cree nunca está solo”. Permittedme repetir una vez más el lema de estos días y expresar mi alegría porque podemos verlo realizado aquí: la fe nos reúne y nos regala una fiesta. Nos da la alegría en Dios, la alegría por la creación y por estar juntos. Sé que esta fiesta ha requerido mucho empeño y mucho trabajo previo. Por las noticias de los periódicos he podido conocer un poco cuántas personas han dedicado su tiempo y sus fuerzas para preparar esta explanada de un modo tan digno; gracias a ellos está la cruz aquí, sobre la colina, como signo de Dios para la paz del mundo; los caminos de entrada y de salida están libres; la seguridad y el orden están garantizados; se han preparado alojamientos, etc.

No podía imaginar —e incluso ahora lo sé sólo sucintamente— cuánto trabajo, hasta los mínimos detalles, ha sido necesario para que pudiéramos reunirnos todos hoy aquí. Por todo ello quiero decir sencillamente: “¡Gracias de todo corazón!”. Que el Señor os lo pague todo y que la alegría que ahora podemos experimentar gracias a vuestra preparación vuelva centuplicada a cada uno de vosotros.

Me conmovió conocer cuántas personas, especialmente de las escuelas profesionales de Weiden y Amberg, así como empresas y particulares, hombres y mujeres, han colaborado para embellecer mi casa y mi jardín. Me emociona tanta bondad, y también en este caso quiero decir solamente un humilde “¡gracias!” por este esfuerzo. No habéis hecho todo esto por un hombre, por mi pobre persona; en definitiva, lo habéis hecho por la solidaridad de la fe, impulsados por el amor a Cristo y a la Iglesia. Todo esto es un signo de verdadera humanidad, que brota de haber sido tocados por Jesucristo.

Nos hemos reunido para una fiesta de la fe. Ahora, sin embargo, surge la pregunta: ¿Pero qué es lo que creemos en realidad? ¿Qué significa creer? ¿Puede existir todavía, de hecho, algo así en el mundo moderno? Viendo las grandes “Sumas” de teología redactadas en la Edad Media o pensando en la cantidad de libros escritos cada día a favor o contra la fe, podemos sentir la tentación de desalentarnos y pensar que todo esto es demasiado complicado. Al final, por ver los árboles, ya no se ve el bosque.

Es verdad: la visión de la fe abarca el cielo y la tierra; el pasado, el presente, el futuro, la eternidad; por ello no se puede agotar jamás. Ahora bien, en su núcleo es muy sencilla. El Señor mismo habló de ella con el Padre diciendo: “Has revelado estas cosas a los pequeños, a los que son capaces de ver con el corazón” (cf. *Mt* 11, 25). La Iglesia, por su parte, nos ofrece una pequeña “Suma”, en la cual se expresa

todo lo esencial: es el así llamado “Credo de los Apóstoles”. Se divide normalmente en doce artículos, como el número de los Apóstoles, y habla de Dios, creador y principio de todas las cosas; de Cristo y de su obra de la salvación, hasta la resurrección de los muertos y la vida eterna. Pero en su concepción de fondo, el Credo sólo se compone de tres partes principales y, según su historia, no es sino una amplificación de la fórmula bautismal, que el Señor resucitado entregó a los discípulos para todos los tiempos cuando les dijo: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19).

Esta visión demuestra dos cosas: en primer lugar, que la fe es sencilla. Creemos en Dios, principio y fin de la vida humana. En el Dios que entra en relación con nosotros, los seres humanos; que es nuestro origen y nuestro futuro. Así, la fe es al mismo tiempo esperanza, es la certeza de que tenemos un futuro y de que no caeremos en el vacío. Y la fe es amor, porque el amor de Dios quiere “contagiarnos”. Esto es lo primero: nosotros simplemente creemos en Dios, y esto lleva consigo también la esperanza y el amor.

La segunda constatación es la siguiente: el Credo no es un conjunto de afirmaciones, no es una teoría. Está, precisamente, anclado en el acontecimiento del bautismo, un acontecimiento de encuentro entre Dios y el hombre. Dios, en el misterio del bautismo, se inclina hacia el hombre; sale a nuestro encuentro y así también nos acerca los unos a los otros. Porque el bautismo significa que Jesucristo, por decirlo así, nos adopta como hermanos y hermanas suyos, acogiéndonos así como hijos en la familia de Dios. Por consiguiente, de este modo hace de todos nosotros una gran familia en la comunidad universal de la Iglesia. Sí, el que cree nunca está solo. Dios nos sale al encuentro.

Encaminémonos también nosotros hacia Dios, pues así nos acercaremos los unos a los otros. En la medida de nuestras posibilidades, no dejemos solo a ninguno de los hijos de Dios.

Creemos en Dios. Esta es nuestra opción fundamental. Pero, nos preguntamos de nuevo: ¿es posible esto aún hoy? ¿Es algo razonable? Desde la Ilustración, al menos una parte de la ciencia se dedica con empeño a buscar una explicación del mundo en la que Dios sería superfluo. Y si eso fuera así, Dios sería inútil también para nuestra vida. Pero cada vez que parecía que este intento había tenido éxito, inevitablemente resultaba evidente que las cuentas no cuadran. Las cuentas sobre el hombre, sin Dios, no cuadran; y las cuentas sobre el mundo, sobre todo el universo, sin él no cuadran. En resumidas cuentas, quedan dos alternativas: ¿Qué hay en el origen? La Razón creadora, el Espíritu creador que obra todo y suscita el desarrollo, o la Irracionalidad que, carente de toda razón, produce extrañamente un cosmos ordenado de modo matemático, así como el hombre y su razón. Ésta, sin embargo, no sería más que un resultado casual de la evolución y, por tanto, en el fondo, también algo irracional.

Los cristianos decimos: “Creo en Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra”, creo en el Espíritu Creador. Creemos que en el origen está el Verbo eterno, la Razón

y no la Irracionalidad. Con esta fe no tenemos necesidad de escondernos, no debemos tener miedo de encontrarnos con ella en un callejón sin salida. Nos alegra poder conocer a Dios. Y tratamos de hacer ver también a los demás la racionalidad de la fe, como san Pedro exhortaba explícitamente, en su *primera carta* (cf. *1 P 3, 15*), a los cristianos de su tiempo, y también a nosotros.

Creemos en Dios. Lo afirman las partes principales del Credo y lo subraya sobre todo su primera parte. Pero ahora surge inmediatamente la segunda pregunta: ¿en qué Dios? Pues bien, creemos precisamente en el Dios que es Espíritu Creador, Razón creadora, del que proviene todo y del que provenimos también nosotros.

La segunda parte del Credo nos dice algo más. Esta Razón creadora es Bondad. Es Amor. Tiene un rostro. Dios no nos deja andar a tientas en la oscuridad. Se ha manifestado como hombre. Es tan grande que se puede permitir hacerse muy pequeño. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”, dice Jesús (*Jn 14, 9*). Dios ha asumido un rostro humano. Nos ama hasta el punto de dejarse clavar por nosotros en la cruz, para llevar los sufrimientos de la humanidad hasta el corazón de Dios. Hoy, que conocemos las patologías y las enfermedades mortales de la religión y de la razón, las destrucciones de la imagen de Dios a causa del odio y del fanatismo, es importante decir con claridad en qué Dios creemos y profesar con convicción este rostro humano de Dios. Sólo esto nos impide tener miedo a Dios, un sentimiento que en definitiva es la raíz del ateísmo moderno. Sólo este Dios nos salva del miedo del mundo y de la ansiedad ante el vacío de la propia vida. Sólo mirando a Jesucristo, nuestro gozo en Dios alcanza su plenitud, se hace gozo redimido. Durante esta solemne celebración de la Eucaristía dirijamos nuestra mirada al Señor, que está aquí ante nosotros clavado en la cruz, y pidámosle el gran gozo que él prometió a sus discípulos en el momento de su despedida (cf. *Jn 16, 24*).

La segunda parte del Credo concluye con la perspectiva del Juicio final, y la tercera parte con la de la resurrección de los muertos. Juicio: ¿se nos quiere infundir de nuevo el miedo con esta palabra? Pero, ¿acaso no deseamos todos que un día se haga justicia a todos los condenados injustamente, a cuantos han sufrido a lo largo de la vida y han muerto después de una vida llena de dolor? ¿Acaso no queremos todos que el exceso de injusticia y sufrimiento, que vemos en la historia, al final desaparezca; que todos en definitiva puedan gozar, que todo cobre sentido?

Este triunfo de la justicia, esta unión de tantos fragmentos de historia que parecen carecer de sentido, integrándose en un todo en el que dominen la verdad y el amor, es lo que se entiende con el concepto de Juicio del mundo. La fe no quiere infundirnos miedo; pero quiere llamarnos a la responsabilidad. No debemos desperdiciar nuestra vida, ni abusar de ella; tampoco debemos conservarla sólo para nosotros mismos. Ante la injusticia no debemos permanecer indiferentes, siendo conniventes o incluso cómplices. Debemos percibir nuestra misión en la historia y tratar de corresponder a ella. No se trata de miedo, sino de responsabilidad; se necesita responsabilidad y preocupación por nuestra salvación y por la salvación de todo el mundo. Cada uno debe contribuir a esto. Pero cuando la responsabilidad y la preocupación tiendan a



convertirse en miedo, recordemos las palabras de san Juan: “Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo” (1 Jn 2, 1). “En caso de que nos condene nuestra conciencia, Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo” (1 Jn 3, 20).

Celebramos hoy la fiesta del “Nombre de María”. A quienes llevan este nombre —mi mamá y mi hermana lo llevaban, como ha recordado el Obispo— quisiera expresarles mi más cordial felicitación por su onomástico. María, la Madre del Señor, recibió del pueblo fiel el título de “Abogada”, pues es nuestra abogada ante Dios. Desde las bodas de Caná la conocemos como la mujer benigna, llena de solicitud materna y de amor, la mujer que percibe las necesidades ajenas y, para ayudar, las lleva ante el Señor.

Hoy hemos escuchado en el evangelio cómo el Señor la entrega como Madre al discípulo predilecto y, en él, a todos nosotros. En todas las épocas los cristianos han acogido con gratitud este testamento de Jesús, y junto a la Madre han encontrado siempre la seguridad y la confiada esperanza que nos llenan de gozo en Dios y en nuestra fe en él. Acojamos también nosotros a María como la estrella de nuestra vida, que nos introduce en la gran familia de Dios. Sí, el que cree nunca está solo. Amén.

## ENCUENTRO CON EL MUNDO DE LA CULTURA *DISCURSO DEL SANTO PADRE*

*Universidad de Ratisbona  
Martes 12 de septiembre de 2006*

### *Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*

*Eminencias; rectores magníficos; excelencias;  
ilustres señores; amables señoras:*

Para mí es un momento emocionante encontrarme de nuevo en esta universidad y poder impartir una vez más una lección magistral. A la vez, mi pensamiento vuelve a aquellos años en los que, tras un hermoso período en el Instituto superior de Freising, inicié mi actividad de profesor académico en la universidad de Bonn. Era el año 1959, cuando la antigua universidad todavía tenía profesores ordinarios. Para las cátedras no existían ni asistentes ni dactilógrafos, pero en compensación había un contacto muy directo con los alumnos y sobre todo entre los profesores. Nos reuníamos antes y después de las clases en las salas de los profesores. Los contactos con los historiadores, los filósofos, los filólogos y naturalmente también entre las dos facultades teológicas eran muy estrechos. Una vez cada semestre había un *dies academicus*, en el que los profesores de todas las facultades se presentaban ante los estudiantes de toda la universidad, haciendo así posible una experiencia de *universitas* —algo a lo que hace poco también ha aludido usted, señor rector—; es decir, la experiencia de que nosotros, a pesar de todas las especializaciones, que a veces nos impiden comunicarnos entre nosotros, formamos un todo y trabajamos en el todo de la única razón con sus diferentes dimensiones, colaborando así también en la responsabilidad común por el recto uso de la razón. Se trataba de una experiencia viva.

Sin duda, la universidad también se sentía orgullosa de sus dos facultades teológicas. Estaba claro que también ellas, interrogándose sobre la racionalidad de la fe, realizan un trabajo que necesariamente forma parte del “todo” de la *universitas scientiarum*, aunque no todos podían compartir la fe, por cuya correlación con la razón común se esfuerzan los teólogos. Esta cohesión interior en el cosmos de la razón no se alteró ni siquiera cuando, en cierta ocasión, se supo que uno de los profesores había dicho que en nuestra universidad había algo extraño: dos facultades que se ocupaban de algo que no existía, de Dios. En el conjunto de la universidad existía la convicción, que nadie ponía en discusión, de que incluso frente a un escepticismo tan radical seguía siendo necesario y razonable interrogarse sobre Dios por medio de la razón y que se debía hacer en el contexto de la tradición de la fe cristiana.

Recordé todo esto recientemente cuando leí la parte editada por el profesor Theodore Khoury (Münster) del diálogo que el docto emperador bizantino Manuel II Paleólogo, tal vez en los cuarteles de invierno del año 1391 en Ankara, mantuvo con un persa culto sobre el cristianismo y el islam, y sobre la verdad de ambos. Probablemente fue el mismo emperador quien anotó, durante el asedio de Constantinopla entre 1394 y 1402, ese diálogo. Así se explica que sus razonamientos se recojan mucho más detalladamente que las respuestas de su interlocutor persa. El diálogo se extiende a todo el ámbito de las estructuras de la fe contenidas en la Biblia y en el Corán, y se detiene sobre todo en la imagen de Dios y del hombre, pero necesariamente también en la relación entre las “tres Leyes”, como se decía, o tres “órdenes de vida”: Antiguo Testamento, Nuevo Testamento y Corán. No quiero hablar ahora de eso en este discurso; sólo quisiera aludir a un aspecto —más bien marginal en la estructura de todo el diálogo— que, en el contexto del tema “fe y razón” me ha fascinado y que servirá como punto de partida para mis reflexiones sobre este tema.

En el séptimo coloquio (ἀεὐῆαῖεὸ, controversia) editado por el profesor Khoury, el emperador toca el tema de la “yihad”, la guerra santa. Seguramente el emperador sabía que en la *sura* 2, 256 está escrito: “Ninguna constricción en las cosas de fe”. Según dicen los expertos, es una de las *suras* del período inicial, en el que Mahoma mismo aún no tenía poder y estaba amenazado. Pero, naturalmente, el emperador conocía también las disposiciones, desarrolladas sucesivamente y fijadas en el Corán, acerca de la guerra santa.

Sin detenerse en detalles, como la diferencia de trato entre los que poseen el “Libro” y los “incrédulos”, con una brusquedad que nos sorprende, se dirige a su interlocutor simplemente con la pregunta central sobre la relación entre religión y violencia en general, diciendo: “Muéstrame también lo que Mahoma ha traído de nuevo, y encontrarás solamente cosas malas e inhumanas, como su directriz de difundir por medio de la espada la fe que predicaba”.

El emperador, después de pronunciarse de un modo tan duro, explica luego minuciosamente las razones por las cuales la difusión de la fe mediante la violencia es algo irracional. La violencia está en contraste con la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma. “Dios no se complace con la sangre —dice—; no actuar según la razón (ὁ λόγος) es contrario a la naturaleza de Dios. La fe es fruto del alma, no del cuerpo. Por tanto, quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas. (...) Para convencer a un alma razonable no hay que recurrir al propio brazo ni a instrumentos contundentes ni a ningún otro medio con el que se pueda amenazar de muerte a una persona”.

En esta argumentación contra la conversión mediante la violencia, la afirmación decisiva es: no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios. El editor, Theodore Khoury, comenta: para el emperador, como bizantino educado en la filosofía griega, esta afirmación es evidente. En cambio, para la doctrina musulmana, Dios es absolutamente trascendente. Su voluntad no está vinculada a ninguna de

nuestras categorías, ni siquiera a la de la racionalidad. En este contexto Khoury cita una obra del conocido islamista francés R. Arnaldez, quien observa que Ibn Hazm llega a decir que Dios no estaría vinculado ni siquiera por su misma palabra y que nada le obligaría a revelarnos la verdad. Si fuese su voluntad, el hombre debería practicar incluso la idolatría.

Aquí se abre, en la comprensión de Dios y por tanto en la realización concreta de la religión, un dilema que hoy nos plantea un desafío muy directo. La convicción de que actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios, ¿es solamente un pensamiento griego o vale siempre y por sí mismo? Pienso que en este punto se manifiesta la profunda concordancia entre lo que es griego en el mejor sentido y lo que es fe en Dios según la Biblia.

Modificando el primer versículo del libro del Génesis, el primer versículo de toda la sagrada Escritura, san Juan comenzó el prólogo de su Evangelio con las palabras: “En el principio existía el *ἔως*”. Esta es exactamente la palabra que usa el emperador: Dios actúa *ὁ λόγος*, con *logos*. *Logos* significa tanto razón como palabra, una razón que es creadora y capaz de comunicarse, pero precisamente como razón. Así san Juan nos dio la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, la palabra en la que todos los caminos a menudo arduos y tortuosos de la fe bíblica alcanzan su meta, encuentran su síntesis.

En el principio existía el *logos*, y el *logos* es Dios, nos dice el evangelista. El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no era una simple casualidad. La visión de san Pablo, ante quien se habían cerrado los caminos de Asia y que en sueños vio un macedonio que le suplicaba: “Pasa a Macedonia y ayúdanos” (cf. *Hch* 16, 6-10), puede interpretarse como una “condensación” de la necesidad intrínseca de un acercamiento entre la fe bíblica y la filosofía griega.

En realidad, este acercamiento ya había comenzado desde hacía mucho tiempo. Ya el nombre misterioso de Dios, pronunciado desde la zarza ardiente, que distingue a este Dios del conjunto de las divinidades con múltiples nombres afirmando sólo su “Yo soy”, su ser, en comparación con el mito es una respuesta con la que está en íntima analogía el intento de Sócrates de vencer y superar al mito mismo. El proceso iniciado junto a la zarza alcanza, dentro del Antiguo Testamento, una nueva madurez durante el destierro, donde el Dios de Israel, entonces privado de la tierra y del culto, se anuncia como el Dios del cielo y de la tierra, presentándose con una simple fórmula que prolonga las palabras de la zarza: “Yo soy”.

Juntamente con este nuevo conocimiento de Dios se da una especie de ilustración, que se expresa drásticamente con la burla de las divinidades que no son sino obra de las manos del hombre (cf. *Sal* 115). De este modo, a pesar de toda la dureza del desacuerdo con los soberanos helenísticos, que querían obtener con la fuerza la adecuación al estilo de vida griego y a su culto idolátrico, la fe bíblica, durante la época helenística, salía interiormente al encuentro de lo mejor del pensamiento griego, hasta llegar a un contacto recíproco que después se dio especialmente en la literatura sapiencial tardía.

Hoy sabemos que la traducción griega del Antiguo Testamento, realizada en Alejandría —la Biblia de los “Setenta”—, es algo más que una simple traducción del texto hebreo (sobre la cual habría que dar quizá un juicio poco positivo): en efecto, es un testimonio textual en sí mismo y un importante paso específico de la historia de la Revelación, en el cual se realizó este encuentro de un modo que tuvo un significado decisivo para el nacimiento del cristianismo y su divulgación. En el fondo, se trata del encuentro entre fe y razón, entre auténtica ilustración y religión. Partiendo verdaderamente de la íntima naturaleza de la fe cristiana y, al mismo tiempo, de la naturaleza del pensamiento griego ya fundido con la fe, Manuel II podía decir: No actuar “con el *logos*” es contrario a la naturaleza de Dios.

Por honradez, en este punto es preciso anotar que, en la tardía Edad Media, en la teología se desarrollaron tendencias que rompen esta síntesis entre espíritu griego y espíritu cristiano. En contraposición al así llamado intelectualismo agustiniano y tomista, con Juan Duns Escoto comenzó un planteamiento voluntarista que, tras sucesivos desarrollos, llevó al final a la afirmación de que sólo conoceríamos de Dios la *voluntas ordinata*. Más allá de ésta existiría la libertad de Dios, en virtud de la cual él habría podido crear y hacer también lo contrario de todo lo que efectivamente ha hecho.

Aquí se perfilan posiciones que, sin lugar a dudas, pueden acercarse a las de Ibn Hazm y podrían llevar incluso a la imagen de un Dios arbitrario, que no está vinculado ni siquiera a la verdad y al bien. La trascendencia y la diversidad de Dios se acentúan de una manera tan exagerada, que incluso nuestra razón, nuestro sentido de la verdad y del bien dejan de ser un auténtico espejo de Dios, cuyas posibilidades abismales permanecen para nosotros eternamente inalcanzables y escondidas tras sus decisiones efectivas.

En contraposición a esa visión, la fe de la Iglesia se ha atenido siempre a la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra razón creada, existe una verdadera analogía, en la que ciertamente —como dice el IV concilio de Letrán, en el año 1215— las diferencias son infinitamente más grandes que las semejanzas, pero a pesar de ello no llegan a abolir la analogía y su lenguaje. Dios no se hace más divino por el hecho de que lo alejemos de nosotros con un voluntarismo puro e impenetrable; el Dios verdaderamente divino es el Dios que se ha manifestado como *logos* y ha actuado y actúa como *logos* lleno de amor por nosotros. Ciertamente el amor, como dice san Pablo, “rebas” el conocimiento y por eso es capaz de percibir más que el simple pensamiento (cf. *Ef 3, 19*); sin embargo, sigue siendo el amor del Dios-*Logos*, por lo cual el *ĕāōñãßÁ*, un culto que/culto cristiano, como dice también san Pablo, es *ĕĩãĕĕç* concuerda con el Verbo eterno y con nuestra razón (cf. *Rm 12, 1*).

Este acercamiento interior recíproco, que se ha dado entre la fe bíblica y el planteamiento filosófico del pensamiento griego, es un dato de importancia decisiva no sólo desde el punto de vista de la historia de las religiones, sino también desde el de la historia universal, un dato que se nos impone también hoy. Teniendo en cuenta

este encuentro, no es sorprendente que el cristianismo, a pesar de su origen y de cierto importante desarrollo en Oriente, haya encontrado por fin su huella históricamente decisiva en Europa. Podemos expresarlo también al contrario: este encuentro, al que se une sucesivamente el patrimonio de Roma, creó a Europa y permanece como fundamento de lo que, con razón, se puede llamar Europa.

A la tesis según la cual el patrimonio griego, críticamente purificado, forma parte integrante de la fe cristiana se opone la pretensión de la deshelenización del cristianismo, pretensión que desde el inicio de la época moderna domina cada vez más la investigación teológica. Si se analiza con esmero, se pueden observar tres oleadas en el programa de la deshelenización: aunque están vinculadas entre sí, son claramente distintas la una de la otra en sus motivaciones y en sus objetivos.

La deshelenización surge al inicio en conexión con los postulados de la Reforma del siglo XVI. Considerando la tradición de las escuelas teológicas, los reformadores se veían ante una sistematización de la fe condicionada totalmente por la filosofía, es decir, ante una determinación de la fe desde el exterior en virtud de una manera de pensar que no derivaba de ella. Así la fe ya no aparecía como palabra histórica viva, sino como un elemento insertado en la estructura de un sistema filosófico.

La *sola Scriptura*, en cambio, busca la forma pura primordial de la fe, tal como está presente originariamente en la Palabra bíblica. La metafísica se presenta como un presupuesto que deriva de otra fuente, de la que es preciso liberar la fe para que vuelva a ser totalmente lo que era. Con su afirmación de que había tenido que renunciar a pensar para dejar espacio a la fe, Kant actuó según este programa con un radicalismo que los reformadores no pudieron prever. De este modo, ancló la fe exclusivamente en la razón práctica, negándole el acceso a toda la realidad.

La teología liberal de los siglos XIX y XX aportó una segunda oleada en el programa de la deshelenización; su representante más destacado es Adolf von Harnack. En mis años de estudio y en los primeros años de mi actividad académica, este programa ejercía un gran influjo también en la teología católica. Como punto de partida se utilizaba la distinción que Pascal hizo entre el Dios de los filósofos y el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. En mi discurso inaugural en Bonn, en 1959, traté de afrontar este asunto y no quiero repetir aquí todo lo que dije en aquella ocasión, pero me gustaría tratar de poner de relieve, al menos brevemente, la novedad que caracterizaba esta segunda oleada de deshelenización con respecto a la primera.

La idea central de Harnack era sencillamente volver al hombre Jesús y a su mensaje fundamental, anterior a todas las elucubraciones de la teología y, precisamente, también antes de las helenizaciones: este mensaje fundamental constituiría la verdadera culminación del desarrollo religioso de la humanidad. Jesús habría acabado con el culto sustituyéndolo con la moral. En definitiva, se presentaba a Jesús como padre de un mensaje moral humanitario.

El objetivo de Harnack, en el fondo, era hacer que el cristianismo estuviera en armonía con la razón moderna, precisamente librándolo de elementos aparentemente filosóficos y teológicos, como por ejemplo la fe en la divinidad de Cristo y en la trinidad

de Dios. En este sentido, la exégesis histórico-crítica del Nuevo Testamento, en su visión, volvió a situar la teología en el cosmos de la universidad: para Harnack, la teología es algo esencialmente histórico y, por tanto, estrictamente científico. Lo que investiga sobre Jesús mediante la crítica es, por decirlo así, expresión de la razón práctica y en consecuencia también se puede sostener en el conjunto de la universidad.

En el trasfondo subyace la autolimitación moderna de la razón, expresada de un modo clásico en las “críticas” de Kant, pero mientras tanto radicalizada ulteriormente por el pensamiento de las ciencias naturales. Este concepto moderno de la razón se basa, por decirlo brevemente, en una síntesis entre platonismo (cartesianismo) y empirismo, confirmada por el éxito de la técnica.

Por una parte, se presupone la estructura matemática de la materia, por decirlo así, su racionalidad intrínseca, que hace posible comprenderla y utilizarla en su eficacia práctica: este presupuesto de fondo es, por decirlo así, el elemento platónico en el concepto moderno de la naturaleza. Por otra, se trata de la posibilidad de explotar la naturaleza para nuestros propósitos, y en este caso sólo la posibilidad de controlar la verdad o la falsedad a través de la experimentación puede llevar a la certeza decisiva. El peso entre los dos polos, dependiendo de las circunstancias, puede estar más en uno que en otro. Un pensador tan fuertemente positivista como J. Monod se declaró platónico convencido.

Esto implica dos orientaciones fundamentales para nuestra cuestión. Sólo el tipo de certeza que deriva de la sinergia de matemática y método empírico puede considerarse científica. Lo que pretenda ser ciencia tiene que confrontarse con este criterio. De este modo, también las ciencias referidas al hombre, como la historia, la psicología, la sociología y la filosofía, trataban de acercarse a este canon de valor científico. Por lo demás, para nuestras reflexiones es importante constatar que el método como tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico. Pero así nos encontramos ante una reducción del ámbito de la ciencia y de la razón que es preciso poner en discusión.

Volveré más tarde sobre este asunto. Por el momento basta tener presente que en un intento, a la luz de esta perspectiva, de conservar a la teología el carácter de disciplina “científica”, del cristianismo no quedaría más que un miserable fragmento. Pero debemos decir más: si la ciencia en su conjunto es sólo esto, entonces el hombre mismo sufriría una reducción, pues los interrogantes propiamente humanos, es decir, “de dónde” viene y “a dónde” va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la “ciencia” entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo. El sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera sostenible en el ámbito religioso, y la “conciencia” subjetiva se convierte, en definitiva, en la única instancia ética.

Sin embargo, de este modo la ética y la religión pierden su poder de crear una comunidad y se convierten en un asunto totalmente personal. La situación que se crea es peligrosa para la humanidad, como se puede constatar en las patologías que



amenazan a la religión y la razón, patologías que necesariamente deben explotar cuando la razón se reduce hasta tal punto que las cuestiones de la religión y la ética ya no le interesan. Lo que queda de esos intentos de construir una ética partiendo de las reglas de la evolución, de la psicología o de la sociología, es simplemente insuficiente.

Antes de llegar a las conclusiones a las que lleva todo este razonamiento, quiero referirme brevemente a la tercera oleada de la deshelenización, que se está difundiendo actualmente. Teniendo en cuenta el encuentro entre múltiples culturas, se suele decir hoy que la síntesis con el helenismo, realizada en la Iglesia antigua, fue una primera inculturación, que no debería ser vinculante para las demás culturas. Éstas deberían tener derecho a volver atrás hasta el punto anterior a esa inculturación, para descubrir el mensaje fundamental del Nuevo Testamento e inculturarlo de nuevo en sus ambientes particulares.

Esta tesis no está totalmente equivocada, pero es torpe e imprecisa. En efecto, el Nuevo Testamento fue escrito en griego e implica el contacto con el espíritu griego, un contacto que había madurado en el desarrollo precedente del Antiguo Testamento. Ciertamente, en el proceso de formación de la Iglesia antigua hay elementos que no deben integrarse en todas las culturas. Sin embargo, las decisiones fundamentales que atañen precisamente a la relación de la fe con la búsqueda de la razón humana forman parte de la fe misma y son sus desarrollos, acordes con su naturaleza.

Así llego a la conclusión. Este intento, realizado sólo a grandes rasgos, de crítica de la razón moderna desde su interior, de ninguna manera incluye la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando las convicciones de la época moderna. Se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu: todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado en el campo humano.

Por lo demás, la ética de la investigación científica —como ha aludido usted, rector magnífico—, debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, debe ser expresión de una actitud que forma parte de las decisiones esenciales del espíritu cristiano. Por consiguiente, nuestra intención no es retirarnos o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, mientras nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, también vemos los peligros que emergen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la fe se vuelven a encontrar unidas de un modo nuevo, si superamos la limitación, autodecretada, de la razón a lo que se puede verificar con la experimentación, y le abrimos nuevamente toda su amplitud. En este sentido, la teología, no sólo como disciplina histórica y ciencia humana, sino como teología auténtica, es decir, como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe, debe encontrar espacio en la universidad y en el amplio diálogo de las ciencias.

Sólo así se puede entablar un auténtico diálogo entre las culturas y las religiones, un diálogo que necesitamos con urgencia. En el mundo occidental está muy difundida

la opinión según la cual sólo la razón positivista y las formas de la filosofía derivadas de ella son universales. Pero las culturas profundamente religiosas del mundo consideran que precisamente esta exclusión de lo divino de la universalidad de la razón constituye un ataque a sus convicciones más íntimas. Una razón que sea sorda a lo divino y que relegue la religión al ámbito de las subculturas, es incapaz de entrar en el diálogo de las culturas. Con todo, como he tratado de demostrar, la razón moderna propia de las ciencias naturales, con su elemento platónico intrínseco, conlleva un interrogante que la trasciende, como trasciende las posibilidades de su método.

La razón moderna tiene que aceptar sencillamente la estructura racional de la materia y la correspondencia entre nuestro espíritu y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza como un dato de hecho, en el que se basa su método. Pero de hecho se plantea la pregunta sobre el porqué de este dato, y las ciencias naturales deben dejar que respondan a ella otros niveles y otros modos de pensar, es decir, la filosofía y la teología.

Para la filosofía y, de modo diferente, para la teología, escuchar las grandes experiencias y convicciones de las tradiciones religiosas de la humanidad, especialmente las de la fe cristiana, constituye una fuente de conocimiento; no aceptar esta fuente de conocimiento sería una grave limitación de nuestra escucha y nuestra respuesta.

Aquí me vienen a la mente unas palabras que Sócrates dijo a Fedón. En los diálogos anteriores se habían referido muchas opiniones filosóficas erróneas; y entonces Sócrates dice: “Sería fácilmente comprensible que alguien, a quien le molestaran todas estas opiniones erróneas, desdeñara durante el resto de su vida y se burlara de toda conversación sobre el ser; pero de esta forma renunciaría a la verdad de la existencia y sufriría una gran pérdida”.

Occidente, desde hace mucho, está amenazado por esta aversión contra los interrogantes fundamentales de su razón, y así sólo puede sufrir una gran pérdida. La valentía para abrirse a la amplitud de la razón, y no la negación de su grandeza, es el programa con el que una teología comprometida en la reflexión sobre la fe bíblica entra en el debate de nuestro tiempo. “No actuar según la razón, no actuar con el *logos*, es contrario a la naturaleza de Dios”, dijo Manuel II, partiendo de su imagen cristiana de Dios, respondiendo a su interlocutor persa. En el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a este gran *logos*, a esta amplitud de la razón. Redescubrirla constantemente nosotros mismos es la gran tarea de la universidad.

## CELEBRACIÓN ECUMÉNICA DE LAS VÍSPERAS

### HOMILÍA DEL SANTO PADRE

*Catedral de Ratisbona  
Martes 12 de septiembre de 2006*

*Queridos hermanos y hermanas en Cristo:*

Nos hemos reunido cristianos ortodoxos, católicos y protestantes —y con nosotros hay también amigos judíos— para cantar juntos las alabanzas vespertinas a Dios. En el centro de esta liturgia están los salmos, en los que confluyen la Antigua y la Nueva Alianza, y nuestra oración se une a la del Israel creyente que vive en la esperanza. Esta es una hora de gratitud, porque así podemos rezar juntos los salmos y, dirigiéndonos al Señor, al mismo tiempo también podemos crecer en la unidad entre nosotros.

Entre los que participan en estas Vísperas quisiera saludar cordialmente ante todo a los representantes de la Iglesia ortodoxa. Siempre he considerado un don especial de la Providencia el hecho de que, como profesor en Bonn, pude conocer y amar a la Iglesia ortodoxa personalmente a través de dos jóvenes archimandritas: Stylianos Harkianakis y Damaskinos Papandreou, que después llegaron a ser metropolitanos. En Ratisbona, gracias a la iniciativa de monseñor Graber, se añadieron más encuentros: en los simposios sobre la “Spindlhof” y con los estudiantes becados que estudiaban aquí.

Me alegra volver a ver algunos rostros que me fueron familiares durante largo tiempo y encontrar de nuevo antiguos amigos. Dentro de algunos días, en Belgrado, se reanudará el diálogo teológico sobre el tema fundamental de la *koinonia*, la comunión, en las dos dimensiones que nos indica la primera carta de san Juan al inicio, en el primer capítulo. Nuestra *koinonia* es ante todo comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo; es la comunión con el mismo Dios uno y trino, hecha posible por el Señor mediante su encarnación y la efusión del Espíritu.

Esta comunión con Dios crea a su vez *koinonia* entre los hombres, como participación en la fe de los Apóstoles y así como comunión en la fe, una comunión que en la Eucaristía se hace “corporal”, edificando la única Iglesia, que trasciende todos los confines (cf. *1 Jn* 1, 3). Espero y oro para que estas conversaciones sean fructíferas y para que la comunión con el Dios vivo que nos une, como la comunión entre nosotros en la fe transmitida por los Apóstoles, se profundicen y maduren hasta alcanzar la unidad plena, por la que el mundo pueda reconocer que Jesucristo es verdaderamente el enviado de Dios, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo (cf. *Jn* 17, 21). “Para que el mundo crea”, es necesario que seamos uno: la seriedad de este compromiso debe animar nuestro diálogo.

Saludo cordialmente también a los amigos de las diferentes tradiciones que proceden de la Reforma. En este contexto también me vienen a la mente muchos

recuerdos: recuerdos de los amigos del círculo Jäger-Stählin, que ya han fallecido; y a estos recuerdos se añade la gratitud por los encuentros actuales. Obviamente, pienso en particular en los arduos esfuerzos realizados para alcanzar el consenso sobre la justificación. Recuerdo todas las etapas de ese proceso, hasta la memorable reunión con el —ya difunto— obispo Hanselmann aquí en Ratisbona, reunión que contribuyó decisivamente a alcanzar la conclusión concorde. Me alegra que, mientras tanto, el Consejo mundial de Iglesias Metodistas también se haya adherido a esa Declaración. El acuerdo sobre la justificación sigue siendo para nosotros un gran compromiso, que, en mi opinión, en realidad aún no se ha cumplido totalmente: en teología la justificación es un tema esencial, pero me parece que hoy en la vida de los fieles casi no está presente. Aunque, debido a los dramáticos acontecimientos de nuestro tiempo, el tema del perdón mutuo resulta de nuevo particularmente urgente, sin embargo se tiene poca conciencia de que necesitamos ante todo el perdón de Dios, la justificación por él. La conciencia moderna —y todos, de algún modo, somos “modernos”— por lo general no reconoce el hecho de que somos deudores ante Dios y que el pecado es una realidad que sólo se supera por iniciativa de Dios. Este debilitamiento del tema de la justificación y del perdón de los pecados, en último término, es resultado de un debilitamiento de nuestra relación con Dios. Por eso, nuestra primera tarea consistirá tal vez en redescubrir al Dios vivo en nuestra vida, en nuestro tiempo y en nuestra sociedad.

Con este fin, escuchemos ahora lo que san Juan nos decía hace poco en la lectura bíblica. Quisiera destacar en especial tres afirmaciones de este texto complejo y denso. El tema central de toda la carta se encuentra en el versículo 15: “Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios”. Una vez más san Juan, como hiciera en los versículos 2 y 3 del capítulo 4, pone de relieve la confesión que en el fondo nos distingue como cristianos, es decir, la fe en el hecho de que Jesús es el Hijo de Dios que se encarnó. “A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer”, está escrito al final del prólogo del cuarto evangelio (*Jn* 1, 18).

Sabemos quién es Dios por medio de Jesucristo, por medio del único que *es* Dios. Por medio de él entramos en contacto con Dios. En este tiempo de encuentros interreligiosos se nos presenta fácilmente la tentación de atenuar de alguna forma esa confesión central o incluso de ocultarla. Pero así no prestamos un servicio al encuentro ni al diálogo. Sólo hacemos que Dios sea menos accesible a los demás y a nosotros mismos. Es importante que en el diálogo presentemos de un modo completo, y no sólo fragmentario, nuestra imagen de Dios. Para poderlo hacer debemos acrecentar y profundizar nuestra comunión personal con Cristo y nuestro amor a él. En esta confesión común, y en esta tarea común, no hay ninguna división entre nosotros. Oremos para que este fundamento común se fortalezca cada vez más.

Así llegamos al segundo punto que quería tratar. Se encuentra en el versículo 14, donde leemos: “Y hemos visto y damos testimonio que el Padre envió a su Hijo como Salvador del mundo” (*1 Jn* 4, 14). La palabra central en esta oración es  $\mu\alpha\rho\tau\rho\rho\upsilon\wedge\mu\epsilon\nu$ ,

damos testimonio, somos testigos. La confesión tiene que convertirse en testimonio. La raíz griega μαρτυζ evoca el hecho de que el testigo de Jesucristo debe confirmar su testimonio con toda su existencia, con su vida y con su muerte.

El autor de la carta dice de sí mismo: “Hemos visto” (*1Jn 1, 1*). Porque ha visto puede ser testigo. Pero esto implica que también nosotros —las generaciones posteriores— podemos ver y dar testimonio como personas que han visto. Por tanto, pidamos al Señor que nos haga ver. Ayudémonos los unos a los otros a desarrollar esta capacidad, para que así podamos ayudar a ver también a los hombres de nuestro tiempo, de forma que ellos a su vez, por medio del mundo construido por ellos mismos, logren descubrir a Dios; de forma que, más allá de todas las barreras históricas, puedan ver de nuevo a Jesús, el Hijo enviado por Dios, en quien vemos al Padre.

En el versículo 9 —(*1Jn 4, 9*)— se dice que Dios envió a su Hijo al mundo para que tengamos vida. ¿Acaso no podemos constatar hoy que sólo mediante un encuentro con Jesucristo la vida resulta verdaderamente vida? Ser testigo de Jesucristo significa sobre todo dar testimonio de un determinado estilo de vida. En un mundo lleno de confusión debemos dar nuevamente testimonio de los criterios que hacen que una vida sea verdaderamente vida. Debemos afrontar con gran determinación esta importante tarea, común a todos los creyentes. En este tiempo es responsabilidad de los cristianos hacer visibles los criterios que indican una vida recta y que nosotros los conocemos por Jesucristo. Él resumió en su vida todas las palabras de la Escritura: “Escuchadle” (*Mc 9, 7*).

Así llegamos a la tercera palabra de esta lectura que quiero poner de relieve: *agapé*, amor. Esta es la palabra clave de toda la carta y en especial del pasaje que hemos escuchado. *agapé*, el amor como nos lo enseña san Juan, no es nada sentimental o exaltado; es algo totalmente sobrio y realista. Traté de explicarlo en mi encíclica *Deus caritas est*. El *agapé*, el amor, es verdaderamente la síntesis de la Ley y los Profetas. En el amor está “enrollado” todo; pero este todo debe ser “desarrollado” en la vida de cada día.

En el versículo 16 de nuestro texto se encuentra la maravillosa frase: “Nosotros hemos creído en el amor” (*1 Jn 4, 16*). Sí, el hombre puede creer en el amor. Testimoniemos de tal modo nuestra fe que aparezca como fuerza del amor, “para que el mundo crea” (*Jn 17, 21*). Amén.

## BENDICIÓN DEL NUEVO ÓRGANO DE LA ANTIGUA CAPILLA DISCURSO DEL SANTO PADRE

Ratisbona, miércoles 13 de septiembre de 2006

*Queridos amigos:*

Esta venerable casa de Dios, la basílica de “Nuestra Señora de la Antigua Capilla”, como vemos, ha sido restaurada de modo espléndido, y cuenta ahora con un nuevo órgano que, en este momento, será bendecido y destinado solemnemente a su finalidad: la glorificación de Dios y la edificación de la fe.

Fue un canónigo de esta colegiata, Carl Joseph Proske, quien dio en el siglo XIX un impulso esencial a la renovación de la música sacra. El canto gregoriano y la antigua polifonía vocal clásica se integraron en la composición litúrgica. El cuidado de la música sagrada litúrgica en la “Antigua Capilla” tenía una importancia que se extendía más allá de los confines de la región y hacía de Ratisbona un centro del movimiento de reforma de la música sacra, cuyo influjo llega hasta el presente.

En la constitución sobre la sagrada liturgia del concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, se pone de relieve que “el canto sagrado, unido a las palabras, constituye una parte necesaria o integral de la liturgia solemne” (n. 112). Esto significa que la música y el canto son algo más que un embellecimiento —tal vez superfluo— del culto, pues forman parte de la actuación de la liturgia, más aún, son liturgia. Por tanto, una solemne música sacra con coro, órgano, orquesta y canto del pueblo no es una añadidura que enmarca y hace agradable la liturgia, sino un modo importante de participación activa en el acontecimiento cultural.

El órgano, desde siempre y con razón, se considera el rey de los instrumentos musicales, porque recoge todos los sonidos de la creación y —como se ha dicho hace poco— da resonancia a la plenitud de los sentimientos humanos, desde la alegría a la tristeza, desde la alabanza a la lamentación. Además, trascendiendo la esfera meramente humana, como toda música de calidad, remite a lo divino. La gran variedad de los timbres del órgano, desde el piano hasta el fortísimo impetuoso, lo convierte en un instrumento superior a todos los demás. Es capaz de dar resonancia a todos los ámbitos de la existencia humana. Las múltiples posibilidades del órgano nos recuerdan, de algún modo, la inmensidad y la magnificencia de Dios.

El *salmo* 150, que acabamos de escuchar y de seguir interiormente, habla de trompas y flautas, de arpas y cítaras, de címbalos y tímpanos: todos estos instrumentos musicales están llamados a dar su contribución a la alabanza del Dios trino. En un órgano, los numerosos tubos y los registros deben formar una unidad. Si en alguna parte algo se bloquea, si un tubo está desafinado, tal vez en un primer momento solamente lo perciba un oído ejercitado. Pero si varios tubos no están bien entonados, entonces se produce un desafinamiento, y esto comienza a ser insoportable. También los tubos de este órgano están expuestos a cambios de temperatura y a factores de desgaste.

Ésta es una imagen de nuestra comunidad en la Iglesia. Del mismo modo que en el órgano una mano experta debe hacer continuamente que las desarmonías se transformen en la debida consonancia, así también en la Iglesia, dentro de la variedad de los dones y los carismas, mediante la comunión en la fe debemos encontrar siempre el acorde en la alabanza a Dios y en el amor fraterno. Cuanto más nos dejemos transformar en Cristo a través de la liturgia, tanto más seremos capaces de transformar también el mundo, irradiando la bondad, la misericordia y el amor de Cristo a los hombres.

En definitiva, los grandes compositores, cada uno a su modo, con su música querían glorificar a Dios. Johann Sebastian Bach escribió en el título de muchas de sus partituras las letras S.D.G.: *solí Deo gloria*, solamente para gloria de Dios. También Anton Bruckner ponía al inicio las palabras: “Dedicado a Dios”.

Ojalá que la grandiosidad de la capilla y la liturgia enriquecida por la armonía del nuevo órgano y el canto solemne guíen a todos los que frecuentan esta magnífica basílica a la alegría de la fe. Es mi deseo en el día de la inauguración de este nuevo órgano.

## **ENCUENTRO CON LOS SACERDOTES Y DIÁCONOS PERMANENTES DISCURSO DEL SANTO PADRE**

*Catedral de Santa María y San Corbiniano, Freising  
Jueves 14 de septiembre de 2006*

*Queridos hermanos en el ministerio episcopal y sacerdotal;  
queridos hermanos y hermanas:*

Para mí, éste es un momento de alegría y de viva gratitud por todo lo que he podido experimentar y recibir durante esta visita pastoral. Tanta cordialidad, tanta fe, tanta alegría en Dios, ha sido una experiencia que me ha conmovido profundamente y será para mí fuente de nueva energía. Gratitud en particular porque ahora, al final, he podido volver, una vez más, a la catedral de Freising, viéndola en su nuevo esplendor. Expreso mi agradecimiento al cardenal Wetter, a los otros dos obispos bávaros y a todos los que han colaborado. Doy gracias a la Providencia por haber hecho posible la restauración de la catedral, que se presenta ahora con esta nueva belleza.

Ahora que me encuentro en esta catedral, me vienen a la memoria muchos recuerdos, al ver a antiguos compañeros y a jóvenes sacerdotes que transmiten el mensaje, la antorcha de la fe. Me vienen recuerdos de mi ordenación, a la que ha aludido el cardenal Wetter: cuando estaba yo postrado en tierra y, en cierto modo,



envuelto por las letanías de todos los santos, por la intercesión de todos los santos, caí en la cuenta de que en este camino no estamos solos, sino que el gran ejército de los santos camina con nosotros, y los santos aún vivos, los fieles de hoy y de mañana, nos sostienen y nos acompañan.

Luego vino el momento de la imposición de las manos... y, por último, cuando el cardenal Faulhaber nos dijo: “*Iam non dico vos servos, sed amicos*”, “Ya no os llamo siervos, sino amigos”, experimenté la ordenación sacerdotal como inserción en la comunidad de los amigos de Jesús, llamados a estar con él y a anunciar su mensaje. Luego, el recuerdo de que yo mismo aquí ordené a sacerdotes y diáconos, que ahora trabajan al servicio del Evangelio y durante muchos años —ya son decenios— han transmitido el mensaje y lo siguen haciendo.

Y pienso naturalmente en las procesiones de san Corbiniano. Entonces existía la costumbre de abrir el relicario. Y dado que el obispo tenía su sede detrás de la urna, yo podía mirar directamente el cráneo de san Corbiniano y así me veía en la procesión de los siglos que recorre el itinerario de la fe: podía ver que, en la procesión de los tiempos, también nosotros podemos caminar haciendo que avance hacia el futuro, algo que resultaba claro cuando el cortejo pasaba por el claustro cercano, donde se hallaban reunidos muchos niños, a los que yo bendecía haciéndoles en la frente la señal de la cruz.

En este momento volvemos a hacer esa experiencia: estamos en procesión, en la peregrinación del Evangelio; juntos podemos ser peregrinos y guías de esta peregrinación y, siguiendo a los que han seguido a Cristo, juntamente con ellos lo seguimos a él y así entramos en la luz.

Pasando ya propiamente a la homilía, quisiera tratar sólo dos puntos. El primero está tomado del evangelio que se acaba de proclamar, un pasaje que todos ya hemos escuchado, interpretado y meditado en nuestro corazón muchas veces. “La mies es mucha”, dice el Señor. Y cuando dice “es mucha” no se refiere sólo a aquel momento y a aquellos caminos de Palestina por los que peregrinaba durante su vida terrena; sus palabras valen también para nuestro tiempo. Eso significa: en el corazón de los hombres crece una mies. Eso significa, una vez más: en lo más profundo de su ser esperan a Dios; esperan una orientación que sea luz, que indique el camino. Esperan una palabra que sea más que una simple palabra. Se trata de una esperanza, una espera del amor que, más allá del instante presente, nos sostenga y acoja eternamente. La mies es mucha y necesita obreros en todas las generaciones. Y para todas las generaciones, aunque de modo diferente, valen siempre también las otras palabras: “Los obreros son pocos”.

“Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros”. Eso significa: la mies existe, pero Dios quiere servirse de los hombres, para que la lleven a los graneros. Dios necesita hombres. Necesita personas que digan: “Sí, estoy dispuesto a ser tu obrero en esta mies, estoy dispuesto a ayudar para que esta mies que ya está madurando en el corazón de los hombres pueda entrar realmente en los graneros de la eternidad y se transforme en perenne comunión divina de alegría y amor”.

“Rogad, pues, al Dueño de la mies” quiere decir también: no podemos “producir” vocaciones; deben venir de Dios. No podemos reclutar personas, como sucede tal vez en otras profesiones, por medio de una propaganda bien pensada, por decirlo así, mediante estrategias adecuadas. La llamada, que parte del corazón de Dios, siempre debe encontrar la senda que lleva al corazón del hombre.

Con todo, precisamente para que llegue al corazón de los hombres, también hace falta nuestra colaboración. Ciertamente, pedir eso al Dueño de la mies significa ante todo orar por ello, sacudir su corazón, diciéndole: “Hazlo, por favor. Despierta a los hombres. Enciende en ellos el entusiasmo y la alegría por el Evangelio. Haz que comprendan que este es el tesoro más valioso que cualquier otro, y que quien lo descubre debe transmitirlo”.

Nosotros sacudimos el corazón de Dios. Pero no sólo se ora a Dios mediante las palabras de la oración; también es preciso que las palabras se transformen en acción, a fin de que de nuestro corazón brote luego la chispa de la alegría en Dios, de la alegría por el Evangelio, y suscite en otros corazones la disponibilidad a dar su “sí”. Como personas de oración, llenas de su luz, llegamos a los demás e, implicándolos en nuestra oración, los hacemos entrar en el radio de la presencia de Dios, el cual hará después su parte.

En este sentido queremos seguir orando siempre al Dueño de la mies, sacudir su corazón y, juntamente con Dios, tocar mediante nuestra oración también el corazón de los hombres, para que él, según su voluntad, suscite en ellos el “sí”, la disponibilidad; la constancia, a través de todas las confusiones del tiempo, a través del calor de la jornada y también a través de la oscuridad de la noche, de perseverar fielmente en el servicio, precisamente sacando sin cesar de él la conciencia de que este esfuerzo, aunque sea costoso, es hermoso, es útil, porque lleva a lo esencial, es decir, a lograr que los hombres reciban lo que esperan: la luz de Dios y el amor de Dios.

El segundo punto que quisiera tratar es una cuestión práctica. El número de sacerdotes ha disminuido, aunque en este momento podemos constatar que todavía nos mantenemos, que también hoy hay sacerdotes jóvenes y ancianos, y que hay jóvenes que se encaminan hacia el sacerdocio. Pero las tareas resultan cada vez más pesadas: llevar dos, tres o cuatro parroquias a la vez —y esto con todas las nuevas obligaciones que se han añadido— es algo que puede resultar desalentador. Con frecuencia me plantean la pregunta —y cada sacerdote se la suele plantear a sí mismo y a sus hermanos en el sacerdocio—: ¿Cómo podemos hacerlo? ¿No se trata de una profesión que nos consume, en la que al final no podemos sentir alegría, pues vemos que, por más que hagamos, no es suficiente? Todo esto nos agobia.

¿Qué se puede responder? Naturalmente no puedo dar recetas infalibles; pero quisiera ofrecer algunas indicaciones fundamentales. La primera la tomo de la *carta a los Filipenses* (cf. *Flp* 2, 5-8), donde san Pablo dice a todos —y naturalmente de modo especial a los que trabajan en el campo de Dios— que debemos “tener en nosotros los sentimientos de Jesucristo”. Tenía tales sentimientos ante el destino del hombre que, por decirlo así, no soportó ya su existencia en la gloria, sino que se vio

impulsado a descender y asumir algo increíble: toda la miseria de la vida humana hasta la hora del sufrimiento en la cruz. Este es el sentimiento de Jesucristo: sentirse impulsado a llevar a los hombres la luz del Padre, a ayudarlos para que con ellos y en ellos se forme el reino de Dios.

Y el sentimiento de Jesucristo consiste a la vez en que permanece profundamente arraigado en la comunión con el Padre, inmerso en ella. Lo vemos, por decirlo así, desde fuera en el hecho que los evangelistas nos refieren: con frecuencia se retira al monte, él solo, a orar. Su actividad nace de su inmersión en el Padre. Precisamente por esta inmersión en el Padre se siente impulsado a salir a recorrer todas las aldeas y las ciudades para anunciar el reino de Dios, es decir, su presencia, su “estar” en medio de nosotros; para que el Reino se haga presente en nosotros y, por medio de nosotros, transforme el mundo; para que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo; para que el cielo llegue a la tierra.

Estos dos aspectos forman parte de los sentimientos de Jesucristo. Por una parte, conocer a Dios desde dentro, conocer a Cristo desde dentro, estar con él; sólo si realizamos esto descubriremos de verdad el “tesoro”. Por otra, también debemos ir a los hombres. No podemos guardar el “tesoro” para nosotros mismos; debemos transmitirlo.

Quisiera traducir esta indicación fundamental, con sus dos aspectos, a nuestra realidad concreta: necesitamos a la vez celo y humildad, es decir, reconocer nuestros límites. Por una parte, celo: si realmente nos encontramos continuamente con Cristo, no podemos guardarlo para nosotros mismos. Nos sentiremos impulsados a ir a los pobres, a los ancianos, a los débiles, a los niños, a los jóvenes, a las personas que están en la plenitud de su vida; nos sentiremos impulsados a ser “heraldos”, apóstoles de Cristo.

Pero para que este celo no quede estéril y no nos desgaste, debe ir acompañado de la humildad, de la moderación, de la aceptación de nuestros límites. Yo veo que no soy capaz de hacer todo lo que habría que hacer. Lo que vale para los párrocos —al menos así me lo imagino—, vale también para el Papa, aunque en diferente medida. El Papa debería hacer muchísimas cosas. Y realmente mis fuerzas no bastan. Así debo aprender a hacer lo que me sea posible y dejar el resto a Dios —y a mis colaboradores—, diciéndole: “En definitiva, tú eres quien debes hacerlo, pues la Iglesia es tuya. Y tú me das sólo las fuerzas que tengo. Te las entrego a ti, pues provienen de ti; lo demás, precisamente, te lo dejo a ti”.

Creo que la humildad de aceptar esto —”hasta aquí llegan mis fuerzas; el resto te lo dejo a ti, Señor”— es decisiva. Pero también hay que tener confianza: él me dará también colaboradores que me ayuden y hagan lo que yo no logro hacer.

Más aún, este conjunto de celo y de humildad, “traducido” a un tercer nivel, significa también el conjunto de servicio en todas sus dimensiones y de interioridad. Sólo podemos servir a los demás, sólo podemos dar, si personalmente también recibimos, si nosotros mismos no quedamos vacíos. Por eso la Iglesia nos propone espacios abiertos que, por una parte, son espacios para “respirar de nuevo”; y, por otra, son centro y fuente del servicio.

Ante todo está la celebración diaria de la santa misa. No la celebremos con rutina, como algo que de todos modos “debemos hacer”; celebremosla “desde dentro”. Sumerjémonos en las palabras, en las acciones, en el acontecimiento que allí se realiza. Si celebramos la misa orando; si, al decir “Esto es mi cuerpo”, brota realmente la comunión con Jesucristo que nos impuso las manos y nos autorizó a hablar con su mismo “yo”; si realizamos la Eucaristía con íntima participación en la fe y en la oración, entonces no se reducirá a un deber exterior, entonces el *ars celebrandi* vendrá por sí mismo, pues consiste precisamente en celebrar partiendo del Señor y en comunión con él, y por tanto como es preciso también para los hombres. Entonces nosotros mismos recibimos como fruto un gran enriquecimiento y, a la vez, transmitimos a los hombres más de lo que tenemos, es decir, la presencia del Señor.

El otro espacio abierto que la Iglesia, por decirlo así, nos impone —también nos libera al dárnoslo— es la liturgia de las Horas. Tratemos de rezarla como auténtica oración, como oración en comunión con el Israel de la Antigua y de la Nueva Alianza, como oración en comunión con los orantes de todos los siglos, como oración en comunión con Jesucristo, como oración que brota de lo más profundo de nuestro ser, del contenido más profundo de estas plegarias.

Al orar así, involucramos en esta oración también a los demás hombres, que no tienen tiempo o fuerzas o capacidad para hacer esta oración. Nosotros mismos, como personas orantes, oramos en representación de los demás, realizando así un ministerio pastoral de primer grado. Esto no significa retirarse a realizar una actividad privada, se trata de una prioridad pastoral, una actividad pastoral, en la que nosotros mismos nos hacemos nuevamente sacerdotes, en la que somos colmados nuevamente de Cristo, mediante la cual incluimos a los demás en la comunión de la Iglesia orante y, al mismo tiempo, dejamos que brote la fuerza de la oración, la presencia de Jesucristo, en este mundo.

El lema de estos días ha sido: “El que cree nunca está solo”. Estas palabras son válidas y deben ser válidas precisamente también para los sacerdotes, para cada uno de nosotros. Y son válidas de nuevo en dos aspectos: el que es sacerdote nunca está solo, porque Jesucristo siempre está con él. Cristo está con nosotros; y nosotros también estamos con él.

Pero deben valer también en el otro sentido: el que se hace sacerdote es insertado en un presbiterio, en una comunidad de sacerdotes con el obispo. Es sacerdote estando en comunión con sus hermanos en el sacerdocio. Esforcémonos por lograr que esto no se quede sólo como un precepto teológico o jurídico, sino que se convierta en experiencia concreta para cada uno de nosotros.

Donémonos mutuamente esta comunión; donémosla especialmente a los que sepamos que sufren soledad, a los que se ven agobiados por dificultades y problemas, tal vez por dudas e incertidumbres. Si nos donamos mutuamente esta comunión, estando en comunión con los otros experimentaremos mucho más y de modo más gozoso también la comunión con Jesucristo. Amén.

## **CEREMONIA DE DESPEDIDA**

### ***DISCURSO DEL SANTO PADRE***

*Aeropuerto internacional de Munich  
Jueves 14 de septiembre de 2006*

*Señor ministro presidente;  
ilustres miembros del Gobierno;  
señores cardenales y venerados hermanos en el episcopado;  
ilustres señores; amables señoras:*

En el momento de dejar Baviera para volver a Roma, deseo dirigiros a vosotros, aquí presentes, y a través de vosotros a todos los ciudadanos de mi patria, un cordial saludo y a la vez una palabra de agradecimiento que brota verdaderamente de lo más profundo del corazón. Llevo grabadas indeleblemente en el alma las emociones suscitadas en mí por el entusiasmo y la intensa religiosidad de vastas multitudes de fieles, que se han reunido devotamente para escuchar la palabra de Dios y para orar, y que me han saludado por las calles y en las plazas.

He podido darme cuenta de cuántas personas, en Baviera, también hoy se esfuerzan por caminar por las sendas de Dios en comunión con sus pastores, comprometiéndose a dar testimonio de su fe en el actual mundo secularizado y a hacerla presente en él como fuerza transformadora. Gracias al incansable empeño de los organizadores, todo se ha desarrollado con orden y tranquilidad, en comunión y con alegría. Por tanto, en esta despedida, quiero ante todo expresar mi gratitud a todos los que han colaborado para lograr este resultado. Sólo deseo decir de todo corazón: “Que Dios os lo pague”.

Naturalmente, mi pensamiento va ante todo a usted, señor ministro presidente, al que agradezco las palabras que me ha dirigido, con las que ha dado un gran testimonio en favor de nuestra fe cristiana como fuerza transformadora de nuestra vida pública. ¡Gracias de corazón por esto!

Doy las gracias a las demás personalidades civiles y eclesiásticas aquí reunidas, en particular a las que han contribuido al pleno éxito de esta visita, durante la cual me he podido encontrar por doquier con personas de esta tierra que me testimoniaban su afecto gozoso y a las que también mi corazón permanece siempre profundamente unido. Han sido días intensos, y en el recuerdo he podido revivir muchos acontecimientos del pasado que han marcado mi existencia. En todas partes he recibido una acogida afectuosa y llena de atenciones, más aún, ha sido una acogida caracterizada por la mayor cordialidad. Esto me ha conmovido. Puedo imaginar en cierto modo las dificultades, las preocupaciones, los esfuerzos que la organización de mi visita a Baviera ha implicado: han colaborado muchas personas pertenecientes a los organismos eclesiales y a las estructuras públicas, tanto de la región como del Estado y, sobre todo, también un gran número de voluntarios. A todos digo, desde lo más hondo del

corazón: “Dios os lo pague” y lo acompaño con la seguridad de mi oración por todos vosotros.

He venido a Alemania, a Baviera, para volver a proponer a mis conciudadanos las verdades eternas del Evangelio como verdades y fuerzas actuales, y para confirmar a los creyentes en la adhesión a Cristo, Hijo de Dios hecho hombre por nuestra salvación. En la fe, estoy convencido de que en él, en su palabra, se encuentra el camino no sólo para alcanzar la felicidad eterna, sino también para construir un futuro digno del hombre ya en esta tierra.

La Iglesia, animada por esta conciencia, bajo la guía del Espíritu, ha encontrado siempre en la palabra de Dios las respuestas a los desafíos que han ido surgiendo a lo largo de la historia. Esto ha tratado de hacer, en particular, también con respecto a los problemas que se manifestaron en el contexto de la así llamada “cuestión obrera”, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Lo subrayo en esta circunstancia, porque precisamente hoy, 14 de septiembre, se celebra el 25° aniversario de la publicación de la encíclica *Laborem exercens*, con la que el gran Papa Juan Pablo II indicó que el trabajo es “una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra” (n. 4) y recordó a todos que “el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo” (n. 6). Por tanto, el trabajo —aseguró— es “un bien del hombre”, porque con él “el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a sus propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en cierto sentido se hace más hombre” (n. 9).

Sobre la base de esta intuición de fondo, el Papa indicó en la encíclica algunas orientaciones que siguen siendo actuales. A ese texto, que tiene valor profético, quisiera remitir también a los ciudadanos de mi patria, con la certeza de que de su aplicación concreta podrán derivarse grandes beneficios también para la actual situación social en Alemania.

Y ahora, al despedirme de mi amada patria, encomiendo el presente y el futuro de Baviera y de Alemania a la intercesión de todos los santos que han vivido en territorio alemán sirviendo fielmente a Cristo y experimentando en su existencia la verdad de las palabras que han acompañado como lema las distintas fases de mi visita: “El que cree nunca está solo”. Seguramente también hizo esta experiencia el autor de nuestro himno bávaro. Con sus palabras, con las palabras de nuestro himno, que son también una oración, me complace dejar una vez más un deseo a mi patria: “Dios esté contigo, país de los bávaros, tierra alemana, patria. Sobre tus vastos territorios se derrame su bendición. ¡Que él proteja tus campos y los edificios de tus ciudades, y que te conserve los colores de su cielo blanco y azul!”.

A todos un cordial “Que Dios os bendiga” y “hasta la vista”, si Dios quiere.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE, BENEDICTO XVI, PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES

(Domingo 22 de octubre)

### *“La caridad, alma de la misión”*

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Jornada mundial de las misiones, que celebraremos el domingo 22 de octubre, ofrece la oportunidad de reflexionar este año sobre el tema: “La caridad, alma de la misión”. La misión, si no está orientada por la caridad, es decir, si no brota de un profundo acto de amor divino, corre el riesgo de reducirse a mera actividad filantrópica y social. En efecto, el amor que Dios tiene por cada persona constituye el centro de la experiencia y del anuncio del Evangelio, y los que lo acogen se convierten a su vez en testigos. El amor de Dios que da vida al mundo es el amor que nos ha sido dado en Jesús, Palabra de salvación, imagen perfecta de la misericordia del Padre celestial.

Así pues, el mensaje salvífico podría sintetizarse con las palabras del evangelista san Juan: “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1 Jn 4, 9). Después de su resurrección, Jesús encomendó a los Apóstoles el mandato de difundir el anuncio de este amor; y los Apóstoles, transformados interiormente el día de Pentecostés por la fuerza del Espíritu Santo, comenzaron a dar testimonio del Señor muerto y resucitado. Desde entonces, la Iglesia prosigue esa misma misión, que constituye para todos los creyentes un compromiso irrenunciable y permanente.

2. Por consiguiente, toda comunidad cristiana está llamada a dar a conocer a Dios, que es Amor. Sobre este misterio fundamental de nuestra fe quise reflexionar en la encíclica *Deus caritas est*. Dios penetra con su amor toda la creación y la historia humana. El hombre, en su origen, salió de las manos del Creador como fruto de una iniciativa de amor. El pecado ofuscó después en él la impronta divina. Nuestros primeros padres, Adán y Eva, engañados por el maligno, abandonaron la relación de confianza con su Señor, cediendo a la tentación del maligno, que infundió en ellos la sospecha de que él era un rival y quería limitar su libertad. De este modo, en lugar del amor gratuito divino, se prefirieron a sí mismos, convencidos de que así afirmaban su libre albedrío. Como consecuencia acabaron perdiendo la felicidad original y experimentaron la amargura de la tristeza del pecado y de la muerte.

Dios, sin embargo, no los abandonó y les prometió a ellos y a su descendencia la salvación, anunciando el envío de su Hijo unigénito, Jesús, que en la plenitud de los tiempos revelaría su amor de Padre, un amor capaz de rescatar a toda criatura humana de la esclavitud del mal y de la muerte. Así pues, en Cristo hemos recibido la vida inmortal, la misma vida de la Trinidad. Gracias a Cristo, buen Pastor, que no abandona a la oveja perdida, los hombres de todos los tiempos tienen la posibilidad



de entrar en la comunión con Dios, Padre misericordioso, dispuesto a volver a acoger en su casa al hijo pródigo.

La cruz es signo sorprendente de este amor. En la muerte de Cristo en la cruz — como escribí en la encíclica *Deus caritas est*— “se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical (...). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (n. 12).

3. En la víspera de su pasión, Jesús dejó como testamento a los discípulos, reunidos en el Cenáculo para celebrar la Pascua, el “mandamiento nuevo del amor”, “*mandatum novum*”: “Lo que os mando es que os améis los unos a los otros” (*Jn* 15, 17). El amor fraterno que el Señor pide a sus “amigos” tiene su manantial en el amor paterno de Dios. Dice el apóstol san Juan: “Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios” (*1 Jn* 4, 7). Por tanto, para amar según Dios es necesario vivir en él y de él: Dios es la primera “casa” del hombre y sólo quien habita en él arde con un fuego de caridad divina capaz de “incendiar” al mundo.

¿No es esta la misión de la Iglesia en todos los tiempos? Entonces no es difícil comprender que el auténtico celo misionero, compromiso primario de la comunidad eclesial, va unido a la fidelidad al amor divino, y esto vale para todo cristiano, para toda comunidad local, para las Iglesias particulares y para todo el pueblo de Dios.

Precisamente de la conciencia de esta misión común toma su fuerza la generosa disponibilidad de los discípulos de Cristo para realizar obras de promoción humana y espiritual que testimonian, como escribía el amado Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris missio*, “el alma de toda la actividad misionera: el amor, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también el único criterio según el cual todo debe hacerse o no hacerse, cambiarse o no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno” (n. 60).

Así pues, ser misioneros significa amar a Dios con todo nuestro ser, hasta dar, si es necesario, incluso la vida por él. ¡Cuántos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, también en nuestros días, han dado el supremo testimonio de amor con el martirio! Ser misioneros es atender, como el buen Samaritano, las necesidades de todos, especialmente de los más pobres y necesitados, porque quien ama con el corazón de Cristo no busca su propio interés, sino únicamente la gloria del Padre y el bien del prójimo. Aquí reside el secreto de la fecundidad apostólica de la acción misionera, que supera las fronteras y las culturas, llega a los pueblos y se difunde hasta los extremos confines del mundo.

4. Queridos hermanos y hermanas, la Jornada mundial de las misiones ha de ser una ocasión útil para comprender cada vez mejor que el testimonio del amor, alma de la misión, concierne a todos, pues servir al Evangelio no debe considerarse como una aventura en solitario, sino como un compromiso compartido de toda comunidad. Junto a los que están en primera línea en las fronteras de la evangelización —pienso

aquí con gratitud en los misioneros y las misioneras—, muchos otros, niños, jóvenes y adultos, contribuyen de diversos modos, con la oración y su cooperación, a la difusión del reino de Dios en la tierra.

Es de desear que esta participación aumente cada vez más gracias a la contribución de todos. Aprovecho de buen grado esta ocasión para manifestar mi gratitud a la Congregación para la evangelización de los pueblos y a las Obras misionales pontificias, que con gran empeño coordinan los esfuerzos realizados en todo el mundo para apoyar la acción de los que se encuentran en primera fila en las fronteras de la misión.

La Virgen María, que con su presencia junto a la cruz y con su oración en el Cenáculo colaboró activamente en los inicios de la misión eclesial, sostenga su acción y ayude a los creyentes en Cristo a ser cada vez más capaces de auténtico amor, para que en un mundo espiritualmente sediento se conviertan en manantial de agua viva. Este es el deseo que formulo de corazón, mientras envío a todos mi bendición.

*Vaticano, 29 de abril de 2006*

**SANTA SEDE***Secretaría de Estado***PALABRAS DE SALUDO DEL CARD. TARCISIO BERTONE, S.D.B.  
AL SANTO PADRE, BENEDICTO XVI, CON OCASIÓN DE SU  
NOMBRAMIENTO COMO SECRETARIO DE ESTADO**

*Castel Gandolfo Venerdi, 15 settembre 2006*

*Santísimo Padre:*

El día en que asumo el cargo de secretario de Estado de Su Santidad, mi pensamiento se dirige ante todo a usted, que me ha llamado a suceder al venerado cardenal Angelo Sodano. A usted, Santo Padre, le expreso los sentimientos de mi más filial y fiel adhesión, mientras recibo la “antorcha” que un experto y fecundo ministerio de primer colaborador del Santo Padre ha sabido mantener “encendida”, de generación en generación, al servicio de la Iglesia y del mundo. Hoy llevo conmigo la cruz del cardenal Agostino Casaroli, que un ilustre prelado me ha regalado generosamente.

Emprendo una misión peculiar y diversa con respecto a las que hasta ahora se me han encomendado. Sin embargo, me alegra que su índole innegablemente pastoral dé continuidad a las misiones que ya he desempeñado y que se integre perfectamente en la evidente especificidad de este cargo. Además, confío en que las experiencias que he realizado en el pasado, guiado por la sabia mano de la divina Providencia, contribuyan de modo notable al cumplimiento de la tarea que hoy asumo.

Soy consciente de la pesada responsabilidad que implica, así como de la importancia y la complejidad de las cuestiones que deberé afrontar cada día. La única ambición que albergo es la de realizar el lema de mi servicio episcopal: *fidem custodire, concordiam servare*, y me consuela la convicción de que tendré la oportunidad de contribuir de modo especial a realizar ese ideal.

Asimismo, me alienta mucho la certeza de que puedo contar, ante todo, con la guía sabia e incomparable del Santo Padre, así como con la competencia, la experiencia y la laboriosidad de los superiores de la Secretaría de Estado. Pero también tengo gran confianza en el trabajo insustituible y a menudo oculto que todo el personal de la Secretaría de Estado y de las representaciones pontificias lleva a cabo cada día con espíritu de sincera y admirable abnegación.

La comunión profunda que nos une en el compromiso común al servicio de la Iglesia —y, por tanto, también de la dignidad humana y de la convivencia pacífica entre los pueblos— no podrá por menos de traducirse en leal y fiel colaboración, reforzada en muchos de nosotros por el espíritu sacerdotal y por la caridad pastoral que debe animarnos siempre en nuestras actividades.

Desde los años de mi anterior actividad en Roma elevo cada mañana esta invocación: “Acuérdate, Señor, del Papa con sus colaboradores presentes y futuros”. Y precisamente hoy he escrito una carta a muchos monasterios de vida contemplativa pidiéndoles la ayuda permanente de la oración de intercesión.

Así pues, desde ahora pongo con filial confianza esta colaboración y mi nuevo ministerio en las manos de María, Madre de la Iglesia. Ella nos ayudará a hacer todo lo que el Señor diga, a través de Su Santidad.

## DECLARACIÓN DEL CARDENAL TARCISIO BERTONE S. D. B., SECRETARIO DE ESTADO

*Ante las reacciones al Discurso del Santo, Padre Benedicto XVI, en la Universidad de Ratisbona*

*Sábado 16 de septiembre*

Ante las reacciones de musulmanes por algunos párrafos del discurso que el Santo Padre, Benedicto XVI, pronunció en la Universidad de Ratisbona, además de las aclaraciones y puntualizaciones hechas ya a través del director de la Sala de prensa de la Santa Sede, deseo añadir lo siguiente:

La posición del Papa sobre el islam es la que se expresa, de forma inequívoca, en el documento *Nostra aetate* del concilio Vaticano II: “La Iglesia mira con aprecio a los musulmanes, que adoran al único Dios vivo y subsistente, misericordioso y omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse por entero, como se sometió a Dios Abrahán, a quien la fe islámica se refiere de buen grado. Veneran a Jesús como profeta, aunque no lo reconocen como Dios; honran a María, su madre virginal, y a veces incluso la invocan devotamente. Además, esperan el día del juicio, cuando Dios recompensará a todos los hombres una vez que hayan resucitado. Aprecian, por tanto, la vida moral y veneran a Dios sobre todo con la oración, las limosnas y el ayuno” (n. 3).

La opción del Papa en favor del diálogo interreligioso e intercultural también es inequívoca. En el encuentro con los representantes de algunas comunidades musulmanas en Colonia, el 20 de agosto de 2005, dijo que ese diálogo entre cristianos y musulmanes “no puede reducirse a una opción temporal”, y añadió: “Las lecciones del pasado han de servirnos para evitar caer en los mismos errores. Nosotros queremos buscar las vías de la reconciliación y aprender a vivir respetando cada uno la identidad del otro” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 26 de agosto de 2005, p. 9).

Por lo que atañe al juicio del emperador bizantino Manuel II Paleólogo, citado por él en el discurso de Ratisbona, el Santo Padre no pretendía ni pretende de ningún modo asumirlo como propio; sólo lo utilizó como una referencia para desarrollar, en un ámbito académico y como se deduce de una completa y atenta lectura del texto, algunas reflexiones sobre el tema de la relación entre religión y violencia en general y concluir con un *claro y radical rechazo de la motivación religiosa de la violencia, independientemente de donde proceda*. Vale la pena recordar lo que el mismo Benedicto XVI afirmó recientemente en el mensaje conmemorativo del vigésimo aniversario del Encuentro interreligioso de oración por la paz convocado por su amado predecesor Juan Pablo II y realizado en Asís en octubre de 1986: “Las manifestaciones de violencia no pueden atribuirse a la religión en cuanto tal, sino a los límites culturales con que se vive y se desarrolla en el tiempo. (...) De hecho, en todas las grandes tradiciones religiosas se registran testimonios del íntimo vínculo

que existe entre la relación con Dios y la ética del amor” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de septiembre de 2006, p. 3).

Por tanto, el Santo Padre está profundamente afligido por el hecho de que algunos pasajes de su discurso hayan podido parecer ofensivos para la sensibilidad de los creyentes musulmanes y hayan sido interpretados de una manera que no corresponde en absoluto a sus intenciones. Por otra parte, ante la ferviente religiosidad de los creyentes musulmanes, ha exhortado a la cultura occidental secularizada a evitar “el desprecio de Dios y el cinismo que considera la mofa de lo sagrado como un derecho de la libertad” (*Homilía en la misa en la explanada de la Nueva Feria de Munich, Alemania*, 10 de septiembre de 2006: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de septiembre de 2006, p. 12).

Al reafirmar su respeto y su estima por quienes profesan el islam, el Papa desea que se les ayude a comprender en su correcto sentido sus palabras, para que, superado pronto este momento difícil, se refuerce el testimonio del “único Dios, vivo y subsistente, misericordioso y omnipotente, creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres”, y la colaboración para “defender y promover juntos la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad para todos los hombres” (*Nostra aetate*, 3).

## **MENSAJE DEL CARDENAL TARCISIO BERTONE SECRETARIO DE ESTADO A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO CONTINENTAL DE PASTORAL MARIANA**

### *A los participantes en el Encuentro Continental de Pastoral Mariana*

Con ocasión de la celebración del Congreso Continental de Pastoral Mariana que tiene lugar en la Ciudad de México, me es grato transmitir el cordial saludo de Su Santidad, Benedicto XVI, a cuantos participan en él con el propósito de fomentar la devoción mariana en los países de Latinoamérica y El Caribe, para que ello redunde en una toma de conciencia más profunda de lo que significa ser verdaderos discípulos de Cristo y testigos de su Evangelio.

Esas queridas tierras están sembradas de insignes santuarios y lugares dedicados a la Santísima Virgen María, bajo diversas advocaciones, meta de multitudes que acuden en peregrinación para manifestar su afecto, implorar su ayuda y consuelo en las dificultades de la vida o sentir más de cerca su protección en las vicisitudes personales, familiares y sociales. María está ciertamente muy dentro del corazón de las gentes de cualquier condición y esto es una muestra del profundo sentido religioso, al que la Iglesia está llamada a prestar una especial atención pastoral.

A la devoción mariana se une también el arte con que María ha guiado y continúa guiando a todos sus hijos hacia Jesús, como cuando en las Bodas de Caná dijo a los siervos abatidos que recurrieron ella: «Haced lo que él os diga» (*Jn 2, 5*). Es como una pedagogía de la fe en Cristo impregnada de dulzura, del íntimo conocimiento de Jesús y de la naturaleza humana, así como de la propia y particularísima misión que ella tiene en el plan divino de salvación. Por ello, la Santísima Virgen, la que «ha creído» (cf. *Lc 1, 45*) y ha seguido con total entrega y fidelidad los pasos de su Hijo y de la incipiente Iglesia, ha sido llamada «Estrella de la Nueva Evangelización» por su capacidad de atraer, orientar y animar a cuantos desean conocer a Jesús y ser fieles discípulos suyos en la tarea de hacer crecer el Reino de Dios.

Con estos sentimientos, el Santo Padre se une a la fervorosa invocación a nuestra Madre del cielo para que continúe velando por todos sus hijos en América Latina y El Caribe, e interceda para que ese Encuentro Continental produzca abundantes frutos, a la vez que imparte de corazón a todos los congresistas la Bendición Apostólica.

*Vaticano, 26 de septiembre de 2006.*



## **MENSAJE DEL CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO, EN NOMBRE DE BENEDICTO XVI, PARA EL MEETING POR LA AMISTAD ENTRE LOS PUEBLOS, PROMOVIDO POR COMUNIÓN Y LIBERACIÓN (RÍMINI, 21-8-2006)**

### *La razón, sed de infinito*

Tengo la alegría de transmitirle a usted y a cuantos participan en el Meeting por la Amistad entre los Pueblos el saludo cordial del Santo Padre. También en este año el título del encuentro pone en el centro al hombre y su relación íntima con el Creador: «La razón es exigencia de infinito y culmina en el suspiro y en el presentimiento de que este infinito se manifieste». El hombre «sabe», tiene el confuso y nítido presentimiento de que está hecho para un destino infinito, que por sí solo puede colmar ese «espacio» que experimenta en su interior, un espacio que tiene que ser llenado. Inquietud, insatisfacción, deseo, imposibilidad de contentarse con las metas alcanzadas: éstas son las palabras que definen al hombre y a la ley más auténtica de su racionalidad. Experimenta un ansia de búsqueda continua, que va siempre más allá, más allá de lo alcanzado. El nombre, como la Escritura recuerda tantas veces, especialmente en los Salmos, experimenta nostalgia y suspira: «mis ojos se consumen ansiando tus promesas», afirma el Salmista (Sal 118).

Y sin embargo, esta búsqueda del Infinito parece que está «condenada» a desarrollarse en el límite de lo que es «finito». El hombre, de hecho, al igual que la realidad a la que aplica su fuerza de conocimiento, siempre está condicionado por el tiempo y el espacio, así como por el límite de sus capacidades. Entonces, surge espontáneamente la pregunta: ¿Cómo puede solucionar esta paradoja? ¿Cómo se puede realizar a sí mismo si lo que le permite lograrlo está estructuralmente más allá de su alcance?

Teniendo presente ese desafío del ser humano, el Meeting 2006 pretende volver a presentar con vigor la perenne verdad del cristianismo: Dios, el Infinito, ha asumido nuestro carácter finito para poder ser percibido por nuestros sentidos y, de este modo, el Infinito ha «alcanzado» la búsqueda racional del hombre finito. En esto consiste la «revolución» cristiana: Dios Creador «sale al paso», hoy y permanentemente, de la búsqueda racional del hombre que tiende hacia Él; sale al encuentro de la criatura que suspira por Él. Al hacerse hombre entre los hombres, el Hijo unigénito de Dios afirma: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,16). Palabras que se convierten en una invitación que la Iglesia no deja de dirigir a los hombres de todas las latitudes y culturas. El Meeting por la Amistad entre los Pueblos quiere hacer eco este año a esta invitación, recordando que el infinito se ha hecho «encontrable», que todo hombre puede conocer a Dios y saciar en Él su propia sed.

En Dios, que se reveló en Cristo, es posible, en particular, vivir la experiencia de la paz. En este momento de profundo dolor, el pensamiento del Santo Padre se dirige a tierra Santa y a las regiones de Oriente Medio, que han sido testigos de la historia

de la salvación, culminada en la encarnación, muerte y resurrección de Jesús. Allí viven poblaciones que hoy están atormentadas por la enemistad, por la ausencia de diálogo y de reconciliación, por la violencia que pisotea todo derecho y toda expectativa legítima de las personas de buena voluntad. El Sumo Pontífice aprovecha esta ocasión para exhortar a todos a rezar al Dios de la paz para que toque el corazón de quienes están involucrados en un conflicto que dura desde hace ya demasiado tiempo y que ha registrado innumerables víctimas inocentes. Que Mana, la Madre del Príncipe de la Paz, permita que los pueblos que residen en esas tierras se reconozcan como hermanos y colaboren en la construcción de una paz justa y duradera.

Benedicto XVI acompaña estos deseos con un constante recuerdo en la oración, mientras con afecto le envía su bendición a usted, excelencia reverendísima, y a todos los presentes en esta cita anual promovida por Comunión y Liberación.

## **SALUDO DEL ARZOBISPO CELESTINO MIGLIORE Y MENSAJE DEL PAPA, BENEDICTO XVI, EN LA INAUGURACIÓN DE LA LXI ASAMBLEA GENERAL DE LA ONU (NUEVA YORK, TI-9-2006)**

*Por una renovación de la ONU en pro de un mayor compromiso por la paz*

*Señor secretario general y señora Arman,  
señora presidenta de la asamblea general,  
obispo Gerald Walsh, excelencias,  
queridos amigos:*

Con mucho gusto les doy la bienvenida a todos ustedes en este acto de oración anual con motivo de la inauguración de la sexagésimo primera sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Quisiera expresar mi reconocimiento y mi sincero agradecimiento a Su Eminencia el cardenal Egan, quien se está recuperando de una reciente operación en la rodilla, por habernos enviado a su representante, el obispo Walsh. Gracias al padre Robert Robbins, pastor de esta parroquia, por su cálida hospitalidad y por abrirnos las puertas de esta bella iglesia con motivo de este acto de oración.

Me complace reconocer la presencia de su excelencia, el secretario general, el señor Kofi Annan y de sus esposa, así como de su excelencia la señora Haya Rashed, presidente de la actual sesión de la asamblea general.

Señor secretario general, usted ha participado asiduamente durante su largo y fecundo mandato en este acto anual de oración. Es bello y simbólico unirnos con usted con la oración y reconocer públicamente el privilegio que Dios nos ha confiado de trabajar por el bien de la familia de las naciones.

Embajadora Al Khalifa, en el momento en el que usted asume sus nuevas funciones, rezamos con usted y por usted para que el Todopoderoso le apoye en su compromiso por servir a los miembros de las Naciones Unidas.

Me complace el reconocer en particular la presencia entre nosotros en esta noche de representantes de Estados miembros, así como de comunidades religiosas cristianas y no cristianas.

Aplaudimos todos los esfuerzos realizados para consolidar la capacidad, mecanismos de trabajo, y las instituciones de la ONU y, por encima de todo, su voluntad de estar junto a los pueblos del mundo y de poner sus recursos a su servicio. Ahora bien, para que estos medios e instrumentos sean verdaderamente efectivos se requiere algo más: se requieren mentes y corazones de personas, junto a una firme voluntad política, que los hagan fecundos. Este es el motivo por el que nos recogemos en oración esta noche. La oración se dirige a Dios. En ella, le planteamos cuestiones y, en consecuencia, en la oración también nos planteamos cuestiones a nosotros mismos.

Veo con mucho gusto entre los presentes los rostros de muchos amigos y conocidos, ciudadanos estadounidenses y visitantes que no tienen una relación particular con la ONU. Con algunos de ellos me he encontrado recientemente y me han dicho: «También nosotros queremos venir a rezar, porque creemos en las Naciones Unidas, creemos que es un instrumento para la paz, y queremos que Dios cambie nuestros corazones para que todos nosotros trabajemos apasionadamente por el bien de la humanidad».

Al recogernos juntos en oración esta noche, no podemos dejar de recordar los tristes acontecimientos del 11 de septiembre de hace cinco años. Que las conmemoraciones que tienen lugar hoy a través del país sea un estímulo para pedir a Dios que cambie los corazones.

En este momento, quiero compartir con ustedes el mensaje que Su Santidad Benedicto XVI ha enviado en esta ocasión a través del cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado. Dice así:

Su Santidad el Papa, Benedicto XVI, envía sus cordiales saludos a todos los que se encuentran reunidos con motivo del anual acto de oración en vísperas de la LXI sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Reconociendo el progreso realizado en este último año a favor de una presencia y una actividad más efectiva de la Organización de las Naciones Unidas en las áreas de la salvaguarda de la paz y de la protección de los derechos humanos fundamentales, Su Santidad espera que la revisión emprendida de las estructuras de la organización con motivo del sexagésimo aniversario de su fundación traiga un mayor compromiso práctico para salir al paso de las necesidades y aspiraciones de los pueblos del mundo en vías de desarrollo.

En el programado diálogo sobre migración internacional y desarrollo, y cuando nos encontramos a mitad de camino del proceso de revisión del programa de acción por los países menos desarrollados, Su Santidad ve una oportunidad significativa para dar pasos realistas y responsables que sirvan para afrontar dos de las cuestiones más serias a nivel político y ético que tiene que afrontar la comunidad internacional en estos momentos.

Confiado en que Dios Todopoderoso confiera a todos los asociados al trabajo de la sesión entrante la sabiduría, la perseverancia y la visión moral necesaria para afrontar estas apremiantes cuestiones, el Santo Padre reza para que sean apoyados en sus esfuerzos por construir un futuro de justicia, libertad y paz para toda la familia humana.

**IGLESIA UNIVERSAL.****QUINTO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SAN FRANCISCO JAVIER.**

*Reproducimos por su interés el Artículo del P. Giuseppe de Rosa SJ. en la revista «La Civiltà Cattolica»*

**ABRIR NUEVOS CAMINOS AL EVANGELIO**

En 2006 se celebra el quinto centenario del nacimiento de San Francisco Javier, que tuvo lugar el 7 de abril de 1506 en el castillo de Javier en Navarra. Posiblemente fue el mayor misionero de los tiempos modernos, y encarnó de forma admirable el espíritu misionero que debe animar a la Iglesia. De la labor misionera por él realizada en sólo diez años, pero tan extraordinaria que se antoja superior a las fuerzas humanas, queremos trazar aquí un breve perfil, ya que puede seguir siendo hoy, especialmente para los jóvenes cristianos de nuestro tiempo, un poderoso estímulo a llevar el Evangelio hasta los confines del mundo.

**«¡Heme aquí!»**

En 1525, con 19 años, Javier (o Xavier) viaja a París para graduarse en la Universidad de la Sorbona. Pasa allí once años y obtiene el diploma que lo habilitaría para la enseñanza de las Artes, entre las que se incluía la filosofía aristotélica. Pero su destino no había de ser la enseñanza de la filosofía. El cambio en su vida lo dio su encuentro con un estudiante vasco ya entrado en años, Iñigo (o Ignacio) de Loyola, que había acudido igualmente a París para doctorarse en Artes y en Teología en la Sorbona. Comparten habitación, e Ignacio convence a Javier para que abandone sus ambiciones de éxito y gloria mundanal para consagrarse a Dios y al apostolado. Así, junto con Ignacio y otros cinco estudiantes de aquella universidad, el 15 de agosto de 1534 pronuncia los votos de castidad y de pobreza evangélica.

Los siete amigos deciden seguidamente viajar a Palestina para hacer apostolado entre los turcos; de no poder ir a Palestina irían a Roma y se ofrecerían al Papa para que éste los enviara a donde quisiera por el bien de la Iglesia. Y en efecto así sucede. Se frustra el viaje a Tierra Santa. Ya en Roma, Ignacio y sus compañeros se ofrecen al Papa Paulo III, que inmediatamente los envía en misión. Pero, antes de separarse, fundan la Compañía de Jesús.

Para Javier, la ocasión de salir rumbo a una misión especial surge cuando el rey de Portugal, Juan III, solicita al Papa que envíe como misioneros a la India a dos sacerdotes de la flamante Compañía de Jesús. Fueron escogidos el portugués Simón Rodrigues y el español Nicolás Bobadilla. Pero éste enfermó, e Ignacio pidió a Javier que lo sustituyera. A la propuesta de Ignacio, Javier respondió sencillamente: «¡Pues sus! ¡Heme aquí!». Después se retiró a preparar su equipaje: el breviario, una especie de catecismo, un librito de citas de la Sagrada Escritura, dos calzones viejos y un maltrecho hábito sacerdotal.

### *Salida para la India*

El 15 de marzo de 1540, Javier sale para Lisboa, y el 17 de abril de 1541 zarpa del Tajo rumbo a la India. Lleva consigo un breve de Paulo III que lo nombra nuncio apostólico. Según el capitán de la nao, en virtud de la orden real y para mantener su prestigio y autoridad de nuncio apostólico, Javier debería tomar un criado y no mostrarse lavando la ropa en un rincón de la embarcación y preparándose él mismo las comidas. «Señor conde —le contesta el jesuita—: el adquirir crédito y autoridad por ese medio [...] ha traído a la Iglesia de Dios y a sus preladados al estado de decadencia en que ahora se encuentran; y el medio por donde se ha de adquirir este crédito y autoridad es lavando la ropa y guisando la olla, sin tener necesidad de nadie, procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos» (1)

El viaje a la India constituía una temible aventura, que podía concluir con la muerte del viajero. Javier, escribiendo a Ignacio desde Mozambique el 1 de enero de 1542, así habla de su viaje: «Anduve por la mar mareado dos meses, pasando mucho trabajo cuarenta días en la cuesta de Guinea, así en grandes calmas como en no ayudarnos el tiempo [...]. Luego que llegamos aquí, tomamos cargo de los pobres dolientes que venían en la armada; y así yo me ocupé en confesarlos, comulgarlos y ayudarlos a bien morir [...]. Todos posábamos con los pobres [...]. Los trabajos eran de tal calidad, que yo no me atreviera sólo un día por todo el mundo» (2). Debido al cansancio y a los trabajos del viaje cae gravemente enfermo, por lo que se le somete a nueve sangrías.

En Milinde (Kenia), Francisco tiene su primer impacto con el islam; pero, al entrar en contacto con los musulmanes, muestra por vez primera, condicionado por la cultura católica de la época, una limitación —tal vez la única— que influiría en su ministerio de misionero: la de creer que las religiones no cristianas, como el islam, el hinduismo y el budismo, son religiones demoníacas y que quienes las practican, si no se convierten a la fe cristiana, están condenados al infierno. Tratábase de una actitud común a los cristianos y a los teólogos de su época, pero causa extrañeza el hecho de que Javier, al tiempo que se muestra infinitamente misericordioso con los cristianos pecadores —marineros, esclavos, mercaderes, soldados, funcionarios que se manchaban de los más graves pecados, lo que constituía un gran obstáculo para el anuncio del Evangelio—, se muestre rígido en sus encuentros con personas no cristianas, considerando entre otras cosas que «Dios nuestro Señor, siendo en todas sus cosas fidelísimo, no descansaba con infieles, y menos en sus oraciones» (pág. 88).

### *En Goa y entre los paravas de la costa de la India*

Por fin, el 6 de mayo de 1543, después de 13 meses de viaje, Javier arriba a Goa, capital del imperio portugués que Alfonso de Alburquerque había arrebatado a los musulmanes y convertido en el mayor centro comercial de las especias que desde Oriente llegaban por mar a Europa. La conquista portuguesa habíase limitado a las zonas de la costa de la India, sin penetrar en el interior, y a menudo se había acometido con métodos crueles, con el fin de infundir temor a las poblaciones.

En Goa, Alburquerque había fundado un hospital. En él se instala el nuncio apostólico Javier, haciendo del mismo el centro de su actividad. Los pacientes ingresados son víctimas de travesías, y Javier se hace esclavo de ellos, durmiendo en el propio suelo junto a la cama de un enfermo para ayudarlo ante su más mínima petición. Todas las tardes acude a visitar las tres cárceles, en las que galeotes y esclavos se hacían en salas malolientes, sin que la suciedad y los peligros de contagio lo asusten lo más mínimo.

En una ermita cercana al hospital, abre una escuela de instrucción religiosa. Su método catequético se basa en un librito devoto del historiador Juan de Barros. «Recorría calles y plazas, gritando a niños y adultos que acudieran a escuchar sus instrucciones. En la iglesia empezaba cantando las lecciones, que él mismo ponía en verso y hacía corear a los niños. Después empezaba a explicar cada punto de la doctrina cristiana de la manera más sencilla, empleando sólo las palabras que sus oyentes podían comprender) (3). Todos los domingos, además, acudía al lazareto, en el que celebraba la misa para los leprosos: «Confeselos y comúlguelos todos cuantos en aquella casa había; predíquelos una vez; quedaron muy amigos y devotos míos» (pág. 91).

La estancia de Javier en Goa dura apenas cinco meses. El gobernador Alfonso de Sousa lo envía al Cabo de Comorín a catequizar a los paravas, una pobre tribu indígena de origen no ario que se dedicaba a bucear en el mar en busca de ostras perliíferas. Los paravas hablan el tamil, que Javier logra comprender con la ayuda de tres clérigos paravas que habían estudiado en Goa. Y es que Javier, contrariamente a lo que algunos han afirmado, no tiene «don de lenguas», por lo que sólo logra aprender algunos elementos de las lenguas orientales, debiendo depender siempre, hasta su muerte, de colaboradores que tenían en cambio un conocimiento muy elemental del portugués.

«Los cristianos de estos lugares —escribe a Ignacio—, por no haber quien los enseñe en nuestra fe, no ben más de ella que decir que son cristianos. No tienen quien les diga misa, ni menos quien les enseñe el Credo, Pater noster, Ave María, ni los mandamientos. En estos lugares, cuando llegaba, bautizaba todos los muchachos que no eran bautizados; de manera que bauticé una gran multitud de infantes que no sabían distinguir la mano derecha de la izquierda. Cuando llegaba en los lugares, no me dejaban los muchachos ni rezar mi oficio, ni comer, ni dormir, sino que los enseñase algunas oraciones. Entonces comencé a conocer por qué de los tales es el reino de los cielos» (pág. 103).

Javier pasa dos años entre los paravas en condiciones harto difíciles: está solo, la comida escasea, duerme poco, pasa gran parte de la noche en oración, se desplaza continuamente de un pueblo a otro bajo un sol abrasador o bajo lluvias torrenciales; tiene grandes dificultades con el tamil, pues aunque ha logrado aprender de memoria la traducción a ese idioma de las principales oraciones cristianas, del Credo y de los mandamientos, le resulta difícil hacerse entender por sus oyentes. Sin embargo, el ardor que irradia su persona; el amor de Dios que inflama todo gesto suyo; la



dedicación con la que entre grandes dificultades y peligros realiza su labor apostólica; las atenciones especiales que dedica a los enfermos, a los pobres, a los muchachos, atraen hacia él a muchas almas sencillas que, una vez aprendidos —sin tal vez comprenderlos— los primeros rudimentos de la fe cristiana, se hacen bautizar. Se dirá que se trataba de bautismos en serie, poco preparados y poco comprendidos. Lo cierto es que de las zonas evangelizadas por Javier proceden las mejores comunidades cristianas de la India, incluso en la actualidad.

Con todo, la mayor angustia de Javier estriba en la falta de personas que anuncien el Evangelio: «Muchos cristianos —escribe a sus hermanos de Roma el 15 de enero de 1544— se dejan de hacer en estas partes, por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en la Sorbona a los que tienen más letras que voluntad, para disponerse a fructificar con ellas: ¡cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos! [...]. Cuántos mil millares de gentiles se harían cristianos, si hubiese operarios, para que fuesen solícitos de buscar y favorecer las personas que no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo. Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en esta tierra donde ando, que muchas veces me acaesce tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el Credo y mandamientos en su lengua de ellos y las otras oraciones...» (págs. 110-112).

### *De la India a las Islas Molucas*

Javier se encuentra en Santo Tomé, en el sur de la India, cuando se entera de que los cristianos que se hallan en las Molucas, en la actual Indonesia, carecen de sacerdotes y de todo auxilio espiritual; por otro lado es posible obtener, en aquellas lejanísimas regiones, muchas conversiones al cristianismo mediante la evangelización. Basándose en estas informaciones, se siente interiormente impulsado a viajar a aquellas regiones. Así, el 1 de enero de 1545 se embarca en el Cabo de Comorín rumbo a Malaca, península del Asia suboriental que Alfonso de Albuquerque había conquistado en 1511 y convertido en fortaleza portuguesa, con lo que se había transformado en la más importante vía de tránsito para el comercio de especias desde Oriente hasta Europa.

El viaje hasta Malaca resulta especialmente peligroso debido a las tormentas, los bajíos y los piratas; pero Javier suele afrontar los peores peligros con una confianza total en Dios, por lo que ninguna dificultad logra detenerlo. Malaca, a la sazón uno de los mayores centros comerciales del mundo, es lugar terrible debido al insostenible calor ecuatorial, pero es también ciudad muy disoluta, ya que oficiales y mercaderes portugueses habían constituido numerosos harenes con mujeres malayas.

Recién desembarcado en Malaca, Javier se dedica a predicar, enseñar las oraciones a los niños, visitar enfermos y confesar. Pero encuentra un grave obstáculo en su labor apostólica: su desconocimiento de la lengua malaya. Con todo, su principal

afán estriba en intentar traducir las oraciones y la doctrina cristiana para que puedan entenderse. En realidad, la meta de Javier es la isla de Amboina, a 1.740 millas de Malaca, isla a la que arriba, tras zarpar de Malaca en una embarcación portuguesa, el 14 de febrero de 1546, luego de costear, entre continuos peligros, Sumatra, Java y Célebes. Tras ejercer el ministerio sacerdotal en Amboina durante tres meses, confesando a marineros y soldados, bautizando a niños y predicando los domingos también en malayo, el 17 de mayo del mismo año sale, en una pequeña embarcación denominada /cora/cora, rumbo a las Islas del Moro, donde había una pequeña comunidad cristiana que carecía de sacerdotes. Después de un viaje muy peligroso, desembarca a principios de julio en Témate, una isla diminuta, dominada por un volcán en plena actividad.

Pasa tres meses en las Islas del Moro predicando, confesando y catequizando a los niños. Todos los días tiene que luchar contra la muerte: muchos son, en efecto, los peligros que lo amenazan. Sin embargo, se trata del período de su vida en el que más abundan las consolaciones espirituales: «Nunca me acuerdo -escribe-haber tenido tantas y tan continuas consolaciones espirituales, como en estas islas, con tan poco sentimiento de trabajos corporales; andar continuamente en islas cercadas de enemigos, y pobladas de amigos no muy fijos [...]. Mejor es llamarlas islas de esperar en Dios, que no islas de Moro» (pág. 217).

Después de permanecer más de tres meses en Témate, Javier regresa a Amboina para embarcarse rumbo a Malaca. Debía de estar rendido de cansancio, especialmente por la falta de alimento y de sueño; a pesar de ello, desempeña una gran labor con marineros, soldados y mercaderes. Se queda seis meses en Malaca. Aquí, en diciembre de 1547, oye hablar por vez primera del Japón y conoce a Anjiró, un japonés prófugo de su país por cometer un homicidio no intencionado. Según las informaciones recibidas por Anjiró y por los portugueses que habían estado en el Japón, Javier se convence de que aquel lejano país puede convertirse al cristianismo, y que él u otro miembro de la Compañía deben viajar a él para anunciar el Evangelio. Pero para ello habrá de esperar unos años, pues debe regresar a la India para asignar puestos de trabajo a ocho jesuitas recién llegados, visitar a los cristianos de la Pesquería, intentar la conversión de la isla de Ceilán, informar a los jesuitas de la labor apostólica realizada en Malaca y en las Molucas y pedirle a Ignacio que envíe más jesuitas a la India. Sobre todo ha de informar al rey de Portugal de las malas costumbres de los portugueses, del escándalo que dan a los cristianos convertidos y de las dificultades que plantean a la evangelización al poner en primer lugar no ya el anuncio del Evangelio, sino sus intereses políticos y comerciales.

En realidad, Javier dedica mucho tiempo al cumplimiento de tan gravosos compromisos, especialmente para organizar el Colegio de la Santa Fe en Coa y para formar a los jóvenes jesuitas llegados de Europa y enviarlos a los diferentes lugares en los que se necesitan sacerdotes. En ello se revela harto exigente e incluso duro, hasta el punto de expulsar de la Compañía a personas que no obedecen a sus directrices o incapaces de desempeñar la labor apostólica a las que se las destina.

Exige que los jesuitas sean hombres de Dios, dispuestos a las empresas más arriesgadas con vistas a llevar a los hombres a Dios. En especial, han de vivir en pobreza extrema y dedicarse a los menesteres más humildes, sin recibir jamás nada de nadie; tienen que servir en hospitales y cárceles y confesar a marineros y soldados, recurriendo también a los niños para su apostolado.

### *De la India al Japón*

El viaje rumbo al Japón comienza el 15 de abril de 1549. Desde Coa, ciudad que ya no volverá a ver, Javier leva anclas rumbo a Malaca, adonde llega el 31 de mayo, acompañado por tres japoneses conversos. Allí se embarca en el junco de un marinero chino llamado Ladrao -es decir «Pirata»- que se ofrece a llevarlo al Japón. Es el 24 de junio: Javier empieza una azarosa travesía de unas tres mil millas, confiando únicamente en Dios pero sufriendo mucho por los actos de culto que Ladrao tributa a un ídolo chino. Tras semanas de privaciones y de furiosas tormentas, el 15 de agosto de 1549 el junco arriba a Kagoshima, la ciudad natal de Anjiró. Menos de dos meses después, el pueblo japonés ya lo ha cautivado: «Es la mejor [gente] que hasta ahora está descubierta –escribe en una carta destinada a Goa el 5 de noviembre de 1549–, y me parece que entre gente infiel no se hallará *otra que gane a los japoneses*....) [Huelgan mucho de oír cosas de Dios] pág. 354-355).

En realidad, por el poco conocimiento que de él tenía, se hace muchas ilusiones acerca del Japón y sobre las posibilidades de ganar en él muchas conversiones al cristianismo. En realidad, éstas se revelan escasas y se realizan sobre todo gracias a Anjiró, que puede hablar japonés. Javier, en cambio, pese a todos sus esfuerzos, no logra aprender la lengua, bastante más difícil para él que el malayo. Por otro lado, le pide a su discípulo que traduzca a caracteres japoneses las oraciones cristianas, el Credo y los mandamientos; pero el bueno de Anjiró tiene poco conocimiento del budismo japonés, por lo que para traducir «Dios» emplea el término *Dainichi*, que para los bonzos no es una persona y tiene un sentido panteísta. Así que Javier no comprende lo que dicen los demás, y cuando trata de hablar japonés o no le entienden o provoca la risa de los bonzos.

La aspiración máxima de Javier es viajar a Miyako (4), donde reside el emperador del Japón. Cree él que éste tiene poder sobre todo el país, y que, por lo tanto, si obtuviera de él el permiso de anunciar el Evangelio, todo el Japón podría quedar evangelizado y convertido. No sabe, por desgracia, que el Emperador es una figura puramente simbólica que carece de todo poder real, ya que éste pertenece a los jefes locales, los *daimios* y los *sogunes*. Pero Javier abandona Kagoshima rumbo a Mirado, y desde allí sale para la que sería la aventura más terrible de su vida, llevando consigo a Juan Fernández, que sabe hablar japonés, si bien con dificultad, y al converso nipón Bernardo.

Viajando por mar, los tres corren el peligro de caer en poder de los piratas que infestan la zona. Viajando por tierra -narra Fernández- «nuestras penalidades aumentaban. Llevábamos en dos alforjas todo nuestro equipaje: un roquete, dos o tres

camisas y una vieja cobija que nos servía de abrigo durante la noche, ya que no nos ofrecían en las posadas lecho alguno, sino a lo más una estera pajiza y una almohada de palo. Al caer (a noche, transidos de frío, no encontrábamos *abrigo alguno; no pocas veces, entumecidos* por la nieve, caíamos postrados en los montes. Pobres extranjeros, mal trajeados, nos despreciaban los mesoneros, nos burlaban los chicuelos, nos perseguían a pedradas. Así llegamos a Hakata». Allí donde llegan, Javier y Fernández se ponen a predicar entre la incomprensión de la gente y las risas de los bonzos.

En Yamaguchi, Javier encuentra un terreno estéril. Pronto la abandona para acudir a Miyako, la ciudad del Emperador. Se trata del viaje más agotador de la vida de Javier. «La nieve —narra Fernández— llegaba más arriba de la rodilla, y el agua de los riachuelos de montaña que cruzábamos *alcanzaba* la cintura. Javier caminaba descalzo todo el día, y una noche en una posada le vimos mirarse los pies hinchados y sangrantes, que habían dejado rastros de sangre en la nieve». Pero a Javier nada le importan las penalidades del viaje. Le inunda la alegría, pues se está realizando su sueño: llegar a la capital del Japón, donde reside el *Tenno*, el Hijo del Cielo, que en su profunda sabiduría se sometería al Rey del Cielo y llevaría al pueblo japonés hasta los pies del Crucificado. Pero muy pronto el sueño se trunca: no logra ver al Emperador ni entrar en las que él cree las cinco universidades de Miyako y son en realidad grandes monasterios en los que sólo pueden ingresar los ricos, espléndidamente vestidos.

Pero el fracaso no desanima a Javier. Al enterarse de que quien dominaba en el Japón no es el Emperador, sino Ouchi Yoshinaga (5), decide acudir a él para conseguir el permiso de predicar el Evangelio en el Japón. Eso sí: se presentará ante él vestido de seda, como un noble español, con rango de embajador, acompañado de un séquito: además le obsequiará con valiosos presentes. Yoshinaga recibe a Javier «*com muito amor*» y le permite anunciar el Evangelio. Así puede predicar y debatir con los bonzos, quienes le plantean un grave problema: si el budismo japonés procede de la China, ¿cómo se explica que los sabios chinos ignoren la doctrina que Javier predica?

### ***Del Japón a la China***

Esta objeción inaugura una nueva etapa en la vida de Javier: para convertir al Japón hay que convertir a la China. Desde este instante, su pensamiento está puesto en este país. Al salir del Japón, donde tanto ha sufrido, deja tan sólo unos quinientos cristianos. Pero ha abierto una vía nueva al Evangelio, y esto es lo que realmente le importa. Las desilusiones que sufrirá en su deseo de viajar a la China resultan, con todo, aún más dolorosas que las experimentadas durante su viaje y permanencia en el Japón. Y es que la China está herméticamente cerrada a los europeos, y la única forma de entrar en ella consiste en pagar a un traficante chino para que lo introduzca de noche en su territorio.

Javier quiere probar esta vía. Así, tras superar innumerables trabas que los propios portugueses le ponen, en octubre de 1552 logra arribar a la isla de Sanchón, a diez millas tan sólo de la costa china. Allí un comerciante se ofrece para llevarlo a Cantón por 20 *picos* (6) de pimienta. Javier lo espera día tras día. Pero el mercader no aparece, por lo que Javier empieza a temer que desde Sanchón jamás llegará a entrar en la China. Piensa entonces en viajar a Siam y unirse a la embajada anual que el rey de aquel país envía al Celeste Imperio. Pero también esta posibilidad se frustra. Mientras tanto, de los compañeros que con él salieron de Malaca sólo queda uno, Antonio «el chino», que además ha olvidado casi por completo su idioma materno. El mes de noviembre de ese año es muy frío en Sanchón, y cuando las naos portuguesas levan anclas, Javier se queda solo con Antonio, aterido y sin alimentos, hasta el punto de enviar a éste para que vaya a pedir un poco de comida a los mercaderes portugueses que se han quedado en la isla.

En estas condiciones, no es de extrañar que enferme. El 21 de noviembre pide poder subir al *Santa Cruz*, único navio portugués que permanece fondeado en Sanchón, pero sólo pasa una noche en él debido al balanceo de la embarcación, que le aumenta los sufrimientos. Vuelve a su cabaña llevando bajo el brazo unos calzones que le han dado para que se proteja del frío y un puñado de almendras como remedio para la fiebre. Como ésta aumenta, un mercader portugués le aplica una sangría, que provoca al enfermo una gran náusea que le impide tomar alimento. Empieza a delirar, recordando a los compañeros jesuitas y conversando largamente en voz alta con Jesús, repitiendo: «*jesu, fili David, miserere mei*». El 28 de noviembre pierde el uso de la palabra y permanece en silencio durante tres días, sin reconocer a nadie y sin comer alimento alguno. Al alborar el 3 de diciembre, Antonio comprende que Javier está a punto de morir: enciende una pequeña vela y se la pone en la mano. Javier muere pronunciando el nombre de Jesús.

La suya es una muerte pobre y humilde, sin viático. Lo depositan en un ataúd de madera relleno de cal para acelerar la consumación del cuerpo, y lo entierran en una tumba profunda, sin nadie que rece las oraciones por los difuntos. Sólo se ponen unas piedras para reconocer el lugar donde yace. Ni siquiera una cruz vela sobre su tumba. Es el 4 de diciembre de 1552. Javier tenía 46 años y 8 meses.

### ***Realizar la «misión» encomendada por el Papa***

Cualquiera que reflexione sobre la vicisitud histórica de Javier no puede dejar de sentirse impresionado por la extraordinaria grandeza de la obra por él realizada en el breve plazo de diez u once años, con viajes larguísimos por tierra y por mar, por caminos abrasados por el sol y azotados por la lluvia o a bordo de frágiles embarcaciones, con harta frecuencia a la merced de espantosas tormentas; sufriendo hambre y sed, el calor ecuatorial y el rigor de inviernos gélidos, la tortura de los insectos y los peligros de las serpientes y de las fieras; dedicado siempre a enseñar el catecismo y las oraciones a los niños, a confesar, a debatir con los brahmanes de la India y con los bonzos del Japón, pese a la dificultad de expresarse en idiomas que no dominaba.

En realidad, la de Javier fue una vida llena de sufrimientos físicos y espirituales que en pocos años consumieron su gran vigor, sin que, no obstante, ninguna dificultad, ninguna amenaza y ningún peligro para su salud y su vida pudieran impedirle realizar lo que exigía la «misión» que el Papa le encomendara. No falta quien reproche a Javier su incapacidad de detenerse en un lugar concreto para ahondar en él la labor apostólica de evangelización y sus viajes, tras breves estancias, de un país a otro, dejando a otros la tarea de llevar adelante la labor emprendida. Pero se trata de un reproche discutible, ya que él nunca se olvidó de los pueblos por él evangelizados y siempre puso al frente de ellos a personas de su confianza, capaces de proseguir las obras por él iniciadas. Sentía que su «misión» consistía en «abrir» puertas siempre nuevas al Evangelio en la inmensa zona que el Papa Te había encomendado. En realidad, sabía por experiencia lo difícil que resultaba iniciar la obra de evangelización en un país del que se tenían noticias tan escasas como inciertas y del que no se conocían ni la lengua, ni las condiciones sociales y políticas, ni, por encima de todo, la cultura, la mentalidad y la religión. Abrir al Evangelio a uno de esos países, extremadamente desconfiados con los europeos, podía significar la muerte y la cárcel, y él prefería exponerse personalmente a esos peligros a exponer a uno u otro de los jesuitas que de él dependían.

### *Javier, «hombre de la mayor gloria de Dios»*

Si nos preguntamos qué fue lo que impulsó a Javier a afrontar tan grandes incomodidades y peligros con tal de abrir nuevos caminos al Evangelio, la respuesta la hallamos en la espiritualidad propia de los *Ejercicios Espirituales*, ejercicios que realizó en septiembre de 1535 bajo la dirección de Ignacio de Loyola. Una espiritualidad basada en tres pilares: la búsqueda de la mayor gloria de Dios; ser, trabajar y sufrir con Cristo y por Cristo para conquistar para Dios, para su reino y para su amor el mundo entero; «ayudar» a los hombres a salvarse acogiendo el mensaje de Jesús y convirtiéndose a su Evangelio, único camino de salvación. Es, pues, el deseo de dar a Dios esa mayor gloria que le han arrebatado los pecados de los hombres y la adoración de los ídolos lo que impulsa a Javier a luchar denodadamente contra el pecado de los cristianos y contra las prácticas idolátricas de los paganos.

Pero Javier busca la gloria de Dios sobre todo en sí mismo, tomando conciencia del pecado que «habita» en él y de su incapacidad para hacer el bien, y reconociendo por tanto con humildad que es Dios quien lo hace todo, y que él, Javier, no hace nada: «Rogad a Dios nuestro Señor —le escribe a Simón Rodrigues— que me dé gracia de abrir camino a otros, ya que yo no hago nada» (pág. 412). Por eso pone toda su confianza en Dios solo, y no en sí mismo ni en otras personas, por muy poderosas que éstas sean. Es más: su mayor temor es el de perder la confianza en Dios, lo que para él significa quitarle la gloria a Dios, pues sólo Dios es «grande» y sólo a él han de tributarse honor y gloria (*Soli Deo honor et gloria*), y por consiguiente sólo Dios puede salvar y liberar de los mayores peligros.



Este deseo de dar a Dios la mayor gloria se conjuga, en el ánimo de Javier, con el deseo profundo de amar y seguir a Jesucristo en la lucha contra el mal y conquistar para Dios el mundo entero no ya con el poder y el dinero, sino con la humildad, con el servicio a los enfermos, a los galeotes y a los esclavos, con la pobreza, con el padecimiento del hambre, del calor y del frío —«me muero de frío», confesará una vez—, con las noches pasadas en oración. En realidad, la oración es su fuerza. Es profundamente consciente de sus limitaciones y defectos y del impedimento que éstos suponen para la acción de la gracia salvífica de Dios en las personas a las que anuncia el Evangelio. Por eso busca el auxilio necesario en la oración. Los testimonios de personas de toda extracción que lo conocieron en su vida diaria concuerdan en afirmar que Javier pasaba gran parte de la noche rezando: «El maestro Francisco oraba sobre todo de noche, cuando no lo veían y cuando las ocupaciones del prójimo le dejaban tiempo para ello» (7). Como gran místico, precisamente en los grandes «peligros y trabajos» que hubo de afrontar en las Islas del Moro (Indonesia), saliendo día tras día al encuentro de la muerte, vivió él —como ya hemos recordado— sus más intensas experiencias espirituales: «Nunca me acuerdo haber tenido tantas y tan continuas consolaciones espirituales, como en estas islas, con tan poco sentimiento de trabajos corporales» (pág. 217).

### «*Librar las almas*»

Si el amor de Cristo impulsaba a Javier a afrontar cada día peligros mortales sin apoyo humano alguno, sino sólo con una confianza sin límites en Dios y en las oraciones de Ignacio y de sus hermanos jesuitas, lo movía al mismo tiempo el deseo de salvar de la condena eterna a los hombres redimidos por Cristo mediante su muerte en la cruz. Era convicción común de la teología católica de su tiempo que nadie pudiera salvarse sin recibir el Bautismo y convertirse al cristianismo, y las religiones paganas, como el hinduismo y el budismo, solían considerarse no sólo falsas, sino idolátricas, más aún: diabólicas. Ello explica, por un lado, el afán de Javier por administrar el Bautismo al mayor número de personas posible -adultos y niños— tras una somera instrucción cristiana y una vez obtenido el asentimiento de fe al Credo, que él enseñaba y explicaba con el mayor esmero de que era *capaz*; por otro, da razón de la dureza de sus juicios *acerca* de las religiones paganas, lo que muestra que Javier era «hijo de su tiempo».

Lo que él era realmente en el hondón de su espíritu y lo que lo impulsaba a afrontar sacrificios y peligros terribles, está expresado en una de sus cartas, escrita en Sanchón poco antes de su muerte: «Nos, en estas partes, lo que pretendemos, es traer las gentes al conocimiento de su criador, redentor y salvador Jesucristo nuestro Señor. Vivimos con mucha confianza, esperando en él que nos ha de dar fuerzas, gracia, ayuda y favor para llevar esto adelante [...]. El bien lo sabe, pues le son manifiestos todos nuestros corazones, intenciones y pobres deseos, que son de librar las almas» (págs. 367 y 369) (8). Todo Javier está condensado en esta expresión: «librar las almas» para la mayor gloria de Dios y por amor de Jesucristo, cuyo Evangelio es el único mensaje de salvación. Por eso llevar el Evangelio a los hombres



del propio tiempo es el mayor acto de amor que puede realizarse por ellos, al precio de afrontar las mayores dificultades e incluso de dar la propia vida. Este es el legado que también a los hombres y mujeres de nuestro tiempo les deja Javier al morir en pobreza absoluta y en soledad extremada el 3 de diciembre de 1552 mientras aguardaba en vano entrar en la China.

Pero el 6 de octubre de ese mismo año había nacido en Macerata aquél que un día pondría fin a aquella vana espera entrando en la China treinta años más tarde y llegando hasta la corte imperial de Pekín: Matteo Ricci. Con él se realizaría el último gran sueño de Javier. Reza una carta enviada desde Malaca a los jesuitas de Portugal el 3 de diciembre de 1554: «El grano de trigo, amadísimos hermanos míos, que murió y cayó a las puertas de la China, es nuestro bienaventurado padre maestro Francisco: señal es de que Dios nuestro Señor producirá de él muchas espigas si estamos allí para recogerlas». Hoy, aquel grano de trigo sembrado en tierra china sigue produciendo frutos. Y no es casualidad que la labor misionera en la China constituya actualmente una de las prioridades del compromiso apostólico de la Compañía de Jesús.

## NOTAS

1. MHSJ (Monumenta Historia Societatis Jesu), *Monumenta Xaveriana*, vol. II, págs. 836 s.
2. Cartas y escritos de San Francisco Javier, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1996<sup>4</sup>, págs. 79-80. Las páginas citadas de aquí en adelante en el cuerpo del artículo corresponden a esta obra. Siguiendo precisamente el criterio adoptado en la Introducción de la misma y en otros escritos hagiográficos actuales en español, optamos por referirnos generalmente a San Francisco Javier, por razones de brevedad, como «Javier» en los casos en que el original italiano emplea su nombre de pila auténtico, «Francisco», con el que lógicamente se le conocía y llamaba en vida; mantenemos, como es natural, este último cuando figura en citas de documentos originales (*NdT*).
3. MHSJ, *Monumenta Xaveriana*, vol. II, op. cit., págs. 842-844.
4. La actual Kioto (*NdT*).
5. El texto original italiano pone «Ouchi Yoshitaba», y en otras fuentes españolas el nombre de este «duque de Yamaguchi» aparece bajo la forma «Ouchi Yoshitaka». Nosotros nos ceñimos a la registrada en *Cartas y escritos...*, op. cit., criterio que hemos seguido en la mayoría de los nombres de persona y geográficos contenidos en el presente artículo (*NdT*).
6. Se trata de una medida oriental (*pi-kul*) cuya unidad equivale a 60 kilos (cf. *Cartas y escritos*, op. cit., pág. 512, nota 1) (*NdT*).
7. MHSJ, *Monumenta Xaveriana*, vol. II, cit., pág. 859.
8. En realidad, la carta a la que pertenecen los párrafos citados no la escribió Javier en Sanchón poco antes de morir, sino tres años atrás, precisamente el 5 de noviembre de 1549, y en Kagoshima (*Cartas y escritos...*, op. cit., págs. 347-372) (*NdT*).

## CRÓNICA DIOCESANA

### MES DE SEPTIEMBRE

Durante todo el mes de septiembre la geografía ourensana se ha convertido una vez más en una interminable sucesión de devoción mariana, con la celebración de múltiples fiestas en honor de la Santísima Virgen: “Los Milagros”, “el Portal”, “los Remedios” en Ourense y en Vilamaior do Val (Verín), “Nosa Señora do Carpazal”, “Nosa Señora da Clamadoira”, “Nosa Señora da Saúde”, “Nosa Señora da Saleta”, “Nosa Señora da Armada”, “A Virxe do Cristal”, “A Virxe das Dores”; se demuestra con hechos, el profundo arraigo de la Devoción a la Santísima Virgen en la Diócesis Auriense.

**Días 1-30:** Taller de restauración en el Seminario Mayor. Organizado por la Diócesis y en colaboración con el Centro de Estudios de Arte y Restauración GAIA, de Valencia.

**Días 4-5:** Cursillo para los profesores de religión, en la Casa Diocesana de Ejercicios. El trabajo se desarrolló sobre el tema “motivar para aprender”.

**Día 5:** Reunión del Consejo Episcopal.

**Días 11-13:** “XIV Semana da Formación Permanente dos cregos de Galicia” en el Monasterio e Poio. El lema de este año ha sido “Familias transmisoras de la Fe”.

**Día 19:** Reunión del Consejo Episcopal.

**Día 21-23:** Jornadas de formación organizadas por la delegación diocesana de Manos Unidas.

**Día 23:** Cursillo bíblico en el Seminario Mayor.

**Día 25-28:** Cursillo de formación para nuevos catequistas, organizado por la Delegación Diocesana de Catequesis, se desarrolló en el Salón “Mundo Novo” del Obispado de Ourense.

**NUESTRA PORTADA:**

**Santuario de Nuestra Señora del Cristal.  
Parroquia de San Salvador de Vilanova dos Infantes**

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ  
Redacción y Administración: OBISPADO DE OURENSE  
Teléfono: 988 36 61 41  
Fotocomposición e Impresión: GRUPO SANMARTIN, S. L.  
Depósito Legal: OR-13/1958